
Bianca
aventura, intriga y pasión.
Jake la amaba, pero no quería ser el fantasma de su esposo muerto.
Año 1
22
Frustración
Charlotte Lamb
México
$ 30
Venezuela
Bs. 6
Otros países
Dls. 1.25
o su equivalente
Novelas con corazón

Frustración
Charlotte Lamb

Frustración (1982)
Título Original: Frustration (1980)
Editorial: Harlequin Ibérica
Sello / Colección: Bianca 22
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Jake Lang y Natalie Buchan

Argumento:

Dadas las circunstancias tumultuosas del primer encuentro, no era extraño que Jake despreciara a Natalie Buchan. Pero el trabajo los reunía y no era posible evadirlo. ¿Podría llegar a convencerlo de que él no era solo el sustituto de su marido?

Capítulo 1

En la oficina, durante el descanso para tomar café, Natalie se dio cuenta de que había perdido su anillo de matrimonio. Al estirar el brazo para pasarle la azucarera a Carol, se quedó inmóvil, sin despegar los ojos de su mano izquierda.

—¿Qué te pasa? —Carol se inclinó y tomó la azucarera. Su menudo rostro de facciones bien delineadas mostraba preocupación por las lágrimas incontenibles de su amiga—. ¡Natalie! ¿Qué te sucede?

—Mi anillo —logró balbucear.

—¿Cómo?, ¡qué tristeza! —Colocó su mano sobre la de Natalie y le dio una palmadita de afecto—. No te angusties, ¡piensa! ¿En dónde lo viste por última vez? ¿Te lo quitaste al bañarte esta mañana? ¿Recuerdas haberlo visto entonces?

Natalie no pensaba, su mente estaba en blanco. No podía recordar lo sucedido ese día. Nada de lo acontecido, nada de lo que hizo, porque el recuerdo de Angus borraba todo lo demás. Era su segundo aniversario nupcial, día en que debió estar radiante de alegría, igual que el día de su boda cuando el clima alternó el sol con la lluvia, teniéndola en suspenso hasta el momento en que salió del coche adornado, apoyada en el brazo de su padre. En ese preciso instante el sol había iluminado el cielo nebuloso y brilló en todo su esplendor, como un prometedor augurio.

—Le ordené que brillara para ti —murmuró sonriente su padre, al caminar por el pasillo de la iglesia para reunirse con Angus en el altar.

—Recuerda paso a paso lo que hiciste —sugirió Carol—. Debiste notarlo en algún momento.

Natalie había notado el reflejo del sol sobre su fotografía de bodas cuando tomó un libro del estante. Se estremeció, como si hubiese sentido una corriente helada. Presintió que iba a ser un día difícil.

—Al escribir a máquina, ¿lo viste en algún momento? —insistió su amiga.

Natalie negó con la cabeza. Aunque se hubiese visto los dedos, no lo habría percibido. El rostro de Angus no dejaba de interponerse entre ella y cualquier objeto. Sus ojos alegres se reflejaban en las ventanas, su cabello oscuro delineaba cada sombra en movimiento. No podía creer que llevaba poco más de un año de muerto. El primer aniversario pasó desapercibido porque nadie se lo recordó y

ella estuvo demasiado enferma para darse cuenta de la fecha.

—Debe estar en tu casa, en el baño o en la alcoba… allí es donde uno suele olvidar los anillos. Tal vez te lo quitaste esta mañana al arreglarte.

—Es posible —asintió Natalie, consciente de que preocupaba a su amiga. Trató de sobreponerse y sonrió titubeante mientras se pasaba la mano por el largo cabello oscuro. Hacía meses que no se lo cortaba y le caía en la espalda como una voluminosa cascada. Necesitaba que le dieran forma, pero no tenía ánimos para hacer el esfuerzo de ir al salón de belleza. En la actualidad esas cosas ya carecían de importancia para ella. Su aspecto físico le preocupaba poco.

—¿Qué haces esta noche? —Carol la miró atenta.

—Lo de siempre, regresaré al apartamento —se encogió de hombros. ¿Qué otra cosa hacía? En semanas no había salido. Visitaba a su familia con regularidad. Sus padres vivían en Weymouth en la costa de Dorset, en una casita de donde se dominaba la bahía en forma de media luna. Fue esa vista la que los indujo a comprar la propiedad. Era un trayecto largo en tren y Natalie no poseía coche. No los visitaba con demasiada frecuencia, en cambio les escribía cada semana. De seguro sus cartas eran incoherentes y aburridas, no tenía qué decirles. A menudo se devanaba los sesos para hallar algo interesante que contarles. No podía confesarles que se sentía desgraciada y que deseaba haber muerto con su esposo, porque los inquietaría y no existía nada que pudiesen hacer para ayudarla. Nadie podía hacerlo.

Con menos frecuencia aún visitaba a los padres de Angus. El año anterior fue a Escocia a verlos y fue un verdadero sufrimiento. La madre de Angus se mostró tan serena que empeoró la situación. Natalie sabía cuánto lo quisieron sus padres. Fue el único hijo, lo adoraban y lo necesitaban, hecho que hacía más trágica su muerte.

Solo a su hermana Angela visitaba con frecuencia; era casada y madre de dos niños. Angela era una mujer activa y tenía los pies bien sentados sobre la tierra. Era el gran apoyo moral de su hermana. En casa de ella no la consolaban ni lloraban con ella. Angela la mantenía ocupada y la regañaba.

—Lava los platos mientras le limpio las manos a Colin. ¡Por Dios, muchacha!, ¿es así como pelas papas? ¡Todavía les queda la mitad de la cáscara! —esa actitud ayudaba porque normalizaba un poco la situación.

—¡Natalie, despierta! —le reclamó Carol suspirando. Desde que Natalie entró a trabajar a Metrópolis TV había trabado amistad con

otras de las secretarias, pero Carol era la más simpática. Valoraba bien su relación.

—Lo siento, estoy muy deprimida —tomó aliento—. Es que hoy habría sido mi segundo aniversario de bodas.

—¡No! ¡Natalie, de veras lo lamento! ¡Qué terrible perder tu anillo en esta fecha.

—Es mi culpa. Perdí peso y tenía pensado llevar la argolla para que me la achicaran, pero nunca llegué a hacerlo —las buenas intenciones siempre se quedan en proyecto hasta que es demasiado tarde—. Debió resbalarse de mi dedo sin que me diera cuenta.

—Cierto, estás un poco delgada —Carol la observó con detenimiento. Pero te ves muy bien. Te envidio la altura, ojalá yo fuese un poco más alta —Carol medía un metro cincuenta y dos, era un tanto llenita, pero su cuerpo tenía las curvas adecuadas.

—Estás bien así, eres una Venus pequeñita.

Carol rio sintiéndose halagada. Tenía el cabello castaño y lo llevaba corto, sus facciones bien proporcionadas y sonreía a menudo. Todos la querían bien, pero como no tenía prisa por formar un hogar no tenía novio. Le encantaba su trabajo y se sentía afortunada al estar haciendo algo interesante. Tenía veintiún años y era tres años menor que Natalie.

—¿Por qué no me acompañas esta noche? —preguntó de pronto —. Será mucho mejor que regresar sola y triste a un apartamento vacío, a refugiarte en tus tristes recuerdos.

—¿Qué? —parpadeó—. Disculpa no te escuché.

—A la fiesta —a Natalie se le olvidó que ya se lo había mencionado antes; Hizo una mueca porque era el peor día para asistir a ningún festejo.

—Eres muy amable, pero no tengo ganas.

—Deberías ir —insistió Carol—. Llevas trabajando aquí nueve meses y en todo ese tiempo no has asistido a ninguna de nuestras reuniones. ¿No crees que ya es tiempo de que participes? Debes conocer al personal de Metrópolis en plan social, también. Somos un grupo bastante agradable.

—Ya lo sé —respondió Natalie, esbozando una sonrisa amable. En el departamento había bastantes solteros. Todos vivían en apartamentos en Londres, por lo general, lejos de los hogares de sus familias, y se reunían fuera de las horas de trabajo. Natalie nunca mostró interés por ninguna de esas actividades. Todos sabían que tenía poco tiempo de viuda. No se imaginaba cómo se enteraron porque ella nunca lo había mencionado. Las noticias corrían como reguero de pólvora. Se enteraban de todo cuanto le sucedía a

cualquier otro miembro del personal.

—Vas a ir —Carol mostraba su testarudez—. Está decidido. No acepto tu negativa.

—En otra ocasión será —arguyó Natalie. Esa noche no podría simular alegría—. Me sería imposible, ¡compréndelo!

—No discutas. No permitiré que me arruines la noche al pensar que te encuentras sola y deprimida, en tu casa.

—Lamento que lo que dije te haya causado ese efecto.

—Ah, no —interrumpió Carol—. Soy yo la que lamenta haber dicho esas cosas, pero de todos modos quisiera que me acompañes. Aunque sea por solo una hora, entras, saludas a todo el mundo y después de departir un rato con nosotros, te vas. Creo que necesitas salir de tu encierro y lo mismo puede ser hoy o cualquier otro día.

Carol no era la primera que le hablaba así, pero en ese momento la aguijoneó. ¡Deprimida! Parecía que la acusaba de autocompasión, aunque tal vez tuviese razón. Una semana antes Angela le dijo algo parecido.

—Deja de mortificarte —le había ordenado—. ¿Crees que a Angus le hubiese gustado verte así? ¿En dónde está tu determinación? Es hora de que te enfrentes a la realidad. Estás viva, Nat, y Angus no. Es un hecho doloroso, pero no deja de ser una realidad —se lo dijo con tono agresivo y sin piedad. Natalie sabía que debajo de su brusquedad aparente existía cariño y preocupación por ella.

—No estoy vestida para asistir a una fiesta —pensó que no le daría tiempo para ir a cambiarse a casa.

—Cómprate un vestido —sugirió Carol, animada—. ¿Sabes qué? Te acompañaré, me encantan las compras. Iremos a la hora del almuerzo.

Metrópolis TV estaba ubicada en una calle de oficinas en el centro de Londres. El edificio fue hecho por una compañía constructora que tuvo dificultades para rentarlo. Cuando la empresa firmó el contrato de arrendamiento, los empleados llamaron al edificio *El Elefante Blanco*, porque los dueños lo tuvieron desocupado durante varios años. La distribución de las oficinas se fue haciendo en forma progresiva. Existían inmensos pisos que eran demasiado ruidosos y grandes. No existía allí intimidad de ningún tipo. Era difícil concentrarse con tanto alboroto, considerando que el movimiento y el ruido eran constantes. Existían los planos para hacer divisiones, pero aún no se emprendía la obra. Mientras tanto, el personal sufría y no en silencio, las quejas eran incesantes.

Al regresar a su escritorio, colocado en el centro de uno de los

pisos, Natalie hizo un esfuerzo por concentrarse en el trabajo. Estaba mecanografiando un libreto para Jake Lang, uno de los productores más conocidos. El tema era interesantísimo, pero ese día le era difícil concentrarse en nada. Como hacía el trabajo directo de una grabadora, tenía que usar audífonos, por eso se sobresaltó cuando Carol le levantó uno.

—¿Vienes a comer?

Natalie asintió después de consultar el enorme reloj de pared de la oficina. El tiempo había volado. Desconectó la máquina y la voz grave y tranquila que había estado escuchando, enmudeció. Carol se inclinó sobre su hombro y le preguntó:

—¿Qué es eso?

—El nuevo libreto de Lang. Me lo asignaron.

—¡Eres muy afortunada! ¡Lo que daría por trabajar para él! —Embelesada, Carol entrecerró los ojos castaños—. Sandra me dijo que él regresó la semana pasada. Lo vio en el elevador, muy bronceado y más atractivo que nunca.

Natalie apenas la escuchó. Metió las hojas mecanografiadas en una carpeta y la guardó con llave en su escritorio.

—¿Por qué hiciste eso?

—Junto con las cintas venía una nota en la cual me pedían discreción. No desea que nadie vea el libreto antes de la trasmisión.

—¡A lo mejor descubrió las minas del rey Salomón! —exclamó fascinada.

Jake Lang se había pasado dos años en África con su equipo de fotógrafos para filmar la historia del desarrollo del continente desde la época antigua en que los árabes se infiltraron. El círculo de la televisión tenía curiosidad en cuanto a los programas que preparaba al respecto. Sus dos series anteriores fueron muy populares y corría el rumor de que la tercera rompería todos los récords. Varias compañías de televisión extranjeras competían por adquirir los derechos. Jake Lang recibió ofertas norteamericanas para trabajar en Estados Unidos, pero, al parecer, las rechazó.

A pesar de que Natalie estuvo ensimismada en su problema, mientras mecanografiaba, no dejó de darse cuenta de la calidad del material que transcribía. Era demasiado bueno como para no percibirlo y la voz que lo dictaba era una voz varonil, bien timbrada, autoritaria y revestida de cierta sensualidad. Daba la impresión de pertenecer a un hombre que sabía lo que quería y lo lograba, de aquellos que no permiten que nada ni nadie se interponga en su camino.

Siguió a Carol por el pasillo, hacia el ascensor y descartó a Jake

Lang de su mente, pensaba en el tipo de vestido que se compraría.

—Cómprate algo muy alegre y llamativo —sugirió su amiga—. Rojo. Ya puedes usar ese color.

Pero, al llegar a la *boutique*, que estaba a cinco minutos de camino de la oficina, Natalie vio de inmediato la prenda que quería y no era roja.

—Ay, no, el azul no le conviene a tu estado de ánimo —protestó riendo Carol.

Más bien era una mezcla de verde y azul, un tono raro, hermoso, y vibrante, como las aguas del Mediterráneo a la luz del sol. El modelo era elegante y favorecedor.

—¡Los dejarás boquiabiertos! —silbó al verla salir del probador.

De la oficina fueron a la fiesta. Fue divertido cambiarse en el guardarropa. Varias chicas lo hicieron y reían al admirar los vestidos de las demás e intercambiar lociones y diferentes cosas. Cuando Natalie salió a reunirse con ellas, las impresionó. Nunca se esmeró tanto en su arreglo desde que entró a formar parte del personal. Le satisfizo ver la expresión con que la recibieron. Era una chica alta y esbelta, de cabello sedoso y largo que le caía ondulado sobre los hombros. El vestido le dejaba descubiertos los hombros y el cuello; el corpiño le ceñía los firmes senos y le marcaba la cintura antes que la falda cayese en pliegues vaporosos que se balanceaban al caminar.

—Es una competencia injusta —comentó Sandra, que trabajaba en la misma oficina. Sonrió, insinuando que bromeaba, pero sus ojos mostraban envidia.

—¿Qué perfume llevas? —preguntó Carol olfateando.

—Chanel 22 —dijo Natalie ante el asombro de las demás.

—¿Lo compraste ahora?

—Sí —fue un capricho de momento que se permitió al pasar por el departamento de perfumería. Angus le había comprado una botellita de la misma marca para su cumpleaños cuando estuvieron comprometidos. Era su perfume favorito.

—¿Puedo…? —empezó Sandra codiciosa.

—No, ya llevas algo muy aromático. ¿Quieres oler como mostrador de perfumería? —le dijo Carol que no estimaba mucho a la envidiosa muchacha.

Sandra se molestó. Aunque no era antipática, tendía a envidiar la ropa, joyería y los compañeros de las demás. Cuando ambicionaba algo, no se detenía ante nada con tal de lograr su propósito. Sus ojos reflejaban ira mientras recorría a Natalie de pies a cabeza. Carol presintió que iba a decir algo hiriente y

conociéndola sugirió partir de inmediato.

—Si llegamos tarde nos quedaremos sin cenar. Rob mencionó que tendría caviar y eso y todo desaparecerá en un vuelo.

Era el cumpleaños de Rob uno de los más populares muchachos y su pequeño apartamento estaba repleto de invitados. La música era estridente y había personas en el baño, en la cocina y hasta en el pasillo. Con mucho tacto, Rob invitó a todos sus vecinos para que nadie se quejase del ruido. El estereofónico retumbaba en todo el edificio, pero el ambiente era de gran animación.

Natalie comió algunos diminutos bocadillos y unas cuantas papas fritas y la predicción de Carol resultó correcta, porque no bastó la comida ni siquiera para la mitad de los invitados. Rob, en cambio, anunció que la bebida sobraría. A Natalie la recibieron con entusiasmo e interés y de inmediato le dieron una copa. No le gustaba beber, pero después de cada: sorbo, alguien se encargaba de volverle a llenar la copa. Se sentía un poco mareada y recordó que no había comido por haberse salido a comprar el vestido. El calor era casi insoportable y ella estaba agitada por el baile y sedienta por lo que bebió más de lo habitual, tratando de calmar su sed…

Bailó con algunos y evadió el flirteo y las citas que le propusieron. Entre tanta gente perdió de vista a Carol. Sandra no dejaba de bailar y en ese momento lo hacía con un joven delgado del cual, al parecer, quería escaparse sin hallar la forma de hacerlo.

Con cada minuto que pasaba el ambiente se acaloraba y se llenaba más de humo. Natalie le pidió disculpas a su compañero y se abrió paso entre el grupo junto a la puerta. A alguien se le ocurrió la brillante idea de abrir la puerta de entrada. Allí se sentía un poco de aire fresco y pudo respirar tranquila. Joe Hertley, uno de los empleados del piso, apagó la luz central y la sala quedó en penumbra.

—Estupenda idea, Joe —gritó alguien y todos rieron. Luego otro cambió la cinta estruendosa por algo más melódico y romántico.

Las voces disminuyeron un poco y Natalie se estremeció al sentir frío y saberse sola. Era hora de partir, ya no soportaba más. Buscó a Carol para despedirse y de pronto sucedió. Al extremo opuesto de la habitación vio una cabeza oscura y el corazón le dio un vuelco. La textura y el color del cabello tupido, la nuca, eran iguales a los de Angus. Sin poder creerlo, mantenía la vista fija. Inclusive el esbelto y alto cuerpo se parecía. La única diferencia era que vestía en forma distinta. Angus nunca se habría puestos unos *jeans* tan ceñidos ni una camisa gris de cuello de tortuga.

Siempre vistió trajes serios, inmaculados y elegantes. De todos modos esperó con la vista fija en esa cabeza, deseando que se volviera para verle el rostro.

Tal vez la intensa fijeza de la mirada femenina lo obligó a volver la cabeza. De pronto se enderezó y su cuerpo pareció estar rígido. Volvió la cabeza y su mirada se dirigió al extremo opuesto de la habitación. Cierto, el perfil era parecido, pero de frente no se parecía en nada a Angus.

Natalie estaba tan desilusionada que se quedó quieta sin bajar la vista; estaba inconsciente de que se veía muy seductora en su vestido verde mar y los ojos muy abiertos. Ese momento en que observaba las facciones varoniles, los ojos grises entrecerrados y la boca sensual, le pareció una eternidad. A pesar de que eran facciones diferentes a las de Angus, existía algo atractivo y atormentador que le daba un aire similar.

De pronto se dio cuenta de que él también la miraba con fijeza y se ruborizó, volvió la cabeza y decidió partir. Una mano le tocó el brazo y al volverse quedó inerte frente al desconocido.

—Hola —la saludó con intimidad como si se conociesen de mucho antes, como si la estuviese esperando.

—Hola —respondió, desconcertada e invadida por el bochorno. Los ojos grises la observaban fascinados.

—¿Bailas conmigo?

Natalie trató de excusarse, pero él le colocó un dedo sobre los labios y le ciñó la cintura con la otra mano. Ante el contacto, ella se puso tensa, sabía que no se iría y que él lo presentía.

Empezaron a bailar al ritmo de la música, muy juntos; él la abrazaba posesivo. Una mano le ceñía la cintura y la otra le acariciaba la espalda. Natalie creyó estar soñando, cerró los ojos, apoyó su mejilla en la de él y se dejó llevar por el hombre que la sostenía. Se olvidó de la gente ofuscada, le abrazó el cuello. No recordaba cómo llegó a estar bailando.

—¡Dios mío, eres bellísima! —le murmuró al oído mientras su boca le acariciaba la espiral del oído y le besaba fugazmente la mejilla.

Natalie se mantuvo callada. Sus dedos se entremezclaron en el cabello oscuro y le acariciaba la nuca. Soñaba, era Angus el que bailaba con ella. Una mano le acarició el cuello y le levantó la barbilla. La joven se estremeció al sentir que unos labios le rozaron la boca.

—Vámonos de aquí —murmuró excitado y Natalie abrió los ojos, con expresión soñadora.

La habitación cobró vida y notó que los observaban ya sea con curiosidad o diversión. Sandra le lanzaba puñaladas con los ojos, pero Natalie desvió el rostro, se sentía flotar en otra atmósfera, con Angus junto a ella.

—¿Vienes? —preguntó y Natalie, sin darse cuenta, sonrió incitadora—. ¿Trajiste abrigo? —inquirió ronco y ella lo negó con un gesto.

Se abrieron paso a través de la muchedumbre que los observaba. El aire nocturno la hizo estremecerse.

—Mi coche está allá.

De haber caminado un poco más en la frescura de la noche tal vez habría tomado conciencia real de las cosas, pero las copas y lo poco que comió la hacían sentir todo tan irreal… No tardó en estar sentada en el vehículo acurrucada en el calor interior que producía la calefacción.

—Debes ser la mujer más callada que he conocido —comentó, al sentir que Natalie apoyaba la cabeza en su hombro.

—Lo siento —murmuró, mirándolo a los ojos.

—No tienes por qué lamentarlo. Me gusta —su perfil varonil se parecía al de Angus y todo en él indicaba que también poseía energía, imaginación y dinamismo.

—¿En dónde vives? —ella le dio la dirección y cerró los ojos mientras recorrían las calles desiertas—. ¿Café? —sugirió al seguirla a su apartamento. A Natalie de repente le pareció extraño verlo allí, pero sonrió. Entraron en la cocina y cuando la joven iba a tomar la cafetera, él la abrazó, le besó el cuello y Natalie percibió el calor de ese cuerpo fuerte junto a ella.

—Pensé que esto solo sucedía en los sueños, no puede ser real. ¿Eres un sueño, bella mujer?

Natalie cerró los ojos. Era un sueño repetido a menudo, pero nunca tan agradable. No pensó en las consecuencias y no comprendió que era realidad. Él la hizo girar en sus brazos y su boca se posó en la de ella. La joven le correspondió con vehemencia, mientras el corazón le latía con desenfreno. Se besaron como si fuesen dos amantes reunidos después de una larga separación. Natalie sintió el temblor del cuerpo masculino contra sus senos y el calor que emanaba ese hombre musculoso.

—Si es un sueño, no deseo despertar jamás —murmuró él, con los labios en su cuello. Natalie permitió que esos labios se deslizaran a sus hombros y luego bajaran más. Él se agitó notoriamente y ella gimió.

—El café —susurró sin atreverse a mirarlo. Nunca se había

portado así. Inclusive con Angus pasaron varias semanas antes que le permitiese besarla. Era una chica tímida y tranquila, un poco retraída, y eso le permitía mantener al sexo opuesto, a cierta distancia.

A partir de la muerte de su marido nunca aceptó compromisos ni permitió que la tocara ningún hombre. Vivió protegida en su aislamiento, pero esa noche su refugio se abrió y ella temblaba al darse cuenta de su vulnerabilidad.

—No es café lo que deseo —con ternura volvió a acariciarle el cuello—. ¿Es que no lo sabes? Claro que sí.

—No —murmuró temblorosa y dando un paso atrás con los ojos muy abiertos.

—De acuerdo, vamos demasiado rápido, pero estamos aquí y ambos lo deseamos —le tomó las manos y le besó las palmas.

Natalie se sentía afiebrada, la cabeza le pulsaba y tenía reseca la boca. Trató de hablar para negarlo, pero no pudo emitir una sola sílaba. Bajó los ojos a esa boca sensual y quedó hipnotizada. Se estremeció cuando volvió a besarla. Él la levantó y la llevó en brazos a la alcoba. Natalie intentó salir del trance al sentir que le bajaba la cremallera del vestido.

—No pienses. Déjate llevar por los sentimientos —murmuró.

Fue una pasión agitada. La oscuridad facilitó las cosas, porque mientras sus dedos acariciaban el cuerpo musculoso y varonil, su sensualidad reprimida salió a flote. No pudo resistirse. Él era un amante tierno y paciente. La chica gemía ante el excitante contacto de sus cuerpos.

—¿Cómo me acabas de llamar? —preguntó, él deteniéndose repentinamente.

—¿Qué dijiste? —ella no deseaba salir de la ola de pasión que le invadía.

—¿Quién es Angus? —su rudeza fue un impacto para la bruma mental de ella.

—¡Dios mío! —gimió.

—¡Te hice una pregunta! —Ella empezó a llorar en silencio y se cubrió el rostro—. ¿Quién es Angus? —repitió y su voz la atemorizó.

—Mi esposo —murmuró.

—¡Qué mala suerte! —exclamó al mismo tiempo que saltaba de la cama para recoger su ropa del suelo y vestirse.

Natalie se quedó quieta, su mente y cuerpo estaban helados, sentía repugnancia y se acusaba con amargura. Él la miraba en la oscuridad y ella se dio cuenta de su desprecio y aversión.

—Dale las gracias a Angus por prestarme lo que es suyo —exclamó iracundo—. Pero dile que nunca me gustaron las cosas de segunda mano aunque fuesen gangas, y que lo compadezco.

Salió dando un portazo, antes que ella pudiese explicarle nada. Natalie enterró el rostro en la almohada y lloró hasta que por fin el cansancio la venció. Por primera vez en más de un año no soñó con Angus. Durmió muy inquieta y al despertar en la madrugada se sentía enferma. De momento no recordó nada y la intrigaba el hecho de haberse acostado desnuda, pero luego todo le vino a la memoria y su rostro se enrojeció de vergüenza.

¿Por qué lo hizo? Ni siquiera le preguntó su nombre ni le dijo el suyo. De hecho, ella lo provocó a lanzarse, no podía culparlo. Cualquier hombre habría reaccionado igual ante una mujer que se le ofrecía. De seguro la consideraba una mujer casquivana, que aceptaba aventuras de una noche con cualquiera. En silencio se maldijo por su incomprensible actitud.

Deseó nunca volver a verlo y que no trabajase en la misma empresa. Era lo más probable porque de lo contrario lo habría visto antes y notado el parecido con Angus. Debía ser amigo de alguien, alguno de esos invitados del propio invitado que nunca faltan en las fiestas.

No la calmaba pensar que todo se debía al exceso de bebida, combinado con la angustia y la completa soledad. No excusaba su comportamiento. No era lo usual en ella y, era vergonzoso. Natalie deseó nunca haber asistido a la fiesta.

¿Qué podría pensar de ella ese hombre…?

Capítulo 2

Al día siguiente llegó tarde a la oficina y en el enorme piso ya se desplegaba gran actividad. Caminó muy erguida hasta su escritorio, consciente de los ojos que la seguían. Carol la observaba en forma extraña y Natalie se sentó y le quitó la funda a su máquina de escribir. La chica evitó ver de frente a la otra; se colocó los audífonos y conectó el aparato para escuchar la grave voz. Alguien le tocó el brazo.

Era la señora Dawkins, la supervisora y se mostraba agitada. Era una mujer delgada, de unos cincuenta años de edad y que se conservaba bien. Daba la impresión de estar preocupada siempre por alguna calamidad invisible que la acechaba.

—¿Sí, señora Dawkins? —preguntó cortés.

—Señora Buchan, lamento molestarla, pero esas cintas que transcribe… bueno, ¿cómo iba a saberlo? ¡No hubo necesidad de que me gritaran, pero algunos hombres creen ser parientes cercanos de Dios! Tuve que alejar el auricular del teléfono de mi oído. Le repliqué que no hacía falta que me echara sus pulmones y el señor gritó con más ganas. Sé que es un fastidio, pero no tendremos más remedio que hacer lo que nos pide.

—¿Quiere decir que algo anda mal con las cintas? —Natalie no comprendió el monólogo.

—Bueno, eso imagino, aunque no lo dijo.

—¿Qué fue lo que dijo? ¿Qué quiere que hagamos con ellas? —disimuló un suspiro.

—Vaya si no seré tonta. ¿No se lo dije? Quiere que se las lleven al cuarto de prensa número dos de inmediato. Si no me equivoco se refería a las cintas números dos y tres, o tal vez fueron las tres y cuatro. Subrayó que las quería de inmediato. Espero que no la moleste, querida.

Qué importaba si no le molestaba, tenía que hacerlo. Se puso de pie y recorrió el pasillo. Un murmullo se escuchó, pero la chica lo ignoró. Habría murmuraciones y Sandra se encargaría de esparcirlas. Soportaría la tormenta por ser consecuencia de una penosa noche de locura.

Carol parecía acusarla cuando se detuvo a hablar con ella. Sin duda ansiaba hacerle preguntas. A la chica le fascinaba escuchar los detalles de la vida amorosa de todos y Natalie le tenía pavor al momento del enfrentamiento, que sería inevitable.

Al meterse en el ascensor para dirigirse al cuarto de prensa, el

viento abrió una ventana y una partícula de polvo le entró en un ojo que empezó a lagrimear. Buscó un pañuelo en su bolso y se sorprendió al tocar algo liso y metálico. Era su anillo matrimonial. De no haberlo extraviado el día anterior no habría ido a la fiesta. Se lo colocó en el dedo y suspiró, era el último y único lazo que mantenía con Angus.

El cuarto de prensa quedaba en el sótano y este último no tenía ventanas, estaba iluminado con electricidad y reinaba el silencio. La puerta número dos quedaba a la izquierda.

—¿Señor Lang? —preguntó, al abrir la puerta del cuarto oscuro.

—¿Sí? —la voz provenía del fondo y ella se acercó.

—Soy la señora Buchan del equipo de mecanógrafas. Le traigo las cintas que pidió. —Se hizo un silencio y Natalie caminó hacia adelante tratando de ver algo y la luz del pasillo delineó su figura —. ¿Quiere que las deje sobre la silla? —No había otro sitio donde colocarlas. Presintió un movimiento antes que encendieran la luz y se sintió deslumbrada por un momento. Al reconocerlo la congoja fue insoportable.

—¡No puede ser! —las cintas se le cayeron y él se apresuró a rescatarlas antes que cayesen al suelo, a la vez que gritaba furioso:

—Tenga cuidado… ¡Son irreemplazables!

Natalie se dirigió a la puerta, a ciegas, era indispensable huir. ¿Por qué tuvo que ser él? Lang dejó las cintas y corrió tras ella, tomándola del brazo antes que saliera.

—¡Ah, no! —carraspeó, tomándola de un brazo con violencia. Natalie levantó la cabeza en señal de desafío, incitada por la desesperación.

—De modo que te apellidas Buchan —¿por qué no se daría cuenta la noche anterior de que escuchaba una voz conocida? Todo el día la hipnotizó esa voz grave, en la cinta.

—¿Qué hace él? —la miraba despectivo—. ¿Se ausenta por mucho tiempo por el tipo de trabajo que desempeña? Mientras tanto, tú te diviertes en brazos de otros, ¿no?

—Te lo habría explicado anoche… —se sonrojó, pero sus ojos no mostraron reacción al insulto.

—No te molestes —interrumpió—. Es evidente.

—Nada es evidente, señor Lang. Supuse que a tu edad ya lo sabrías.

—Pensé haber descubierto muchas cosas —replicó—. Por ejemplo, creí que no me engatusaría una hipócrita como tú, pero me equivoqué —la miró de pies a cabeza con desdén—. ¡Qué manera de engañarme anoche! De seguro te divertiste.

—Lo siento —murmuró, acongojada, y sintiéndose merecedora del desprecio.

—Además simulas una vocecita tranquila y dulce para completar el fraude. ¿No serás actriz? —gritó sin piedad.

—Ya te lo dije, soy secretaria.

—¿Por qué me llamaste Angus anoche? —inquirió después de un momento de silencio.

—Lo siento —replicó angustiada.

—¿Por qué? —insistió.

—Te pareces a él —el interrogatorio la hizo suspirar.

—¿Por eso no me quitaste los ojos de encima durante la fiesta?

—Sí.

—¿Y por eso dejaste que te llevara a casa para que te hiciera el amor? —daba la impresión de estar asqueado.

—Sí —susurró.

—Comprendo —asintió y la empujó hacia la puerta—. Sal de aquí antes que haga algo violento de lo cual me arrepentiré. ¡Vete ya!

Natalie huyó despavorida. Fue a lavarse el rostro ardiente y regresó a la oficina. Carol la miró intrigada, casi suplicante y Natalie se detuvo junto a su escritorio.

—¿Qué pasó anoche? —inquirió con franqueza—. Sandra dice que saliste con Jake Lang.

—Es cierto, me llevó a casa en su auto —reconoció francamente, simulando aplomo.

—¿Y? —insistió curiosa.

—¿Y qué? —se hizo la desentendida.

—Vamos, Sandra me describió la forma en que bailaron, ¿no me digas que se despidió de ti con un atento buenas noches?

—Ya que Sandra te contó tantas cosas, tal vez sepa la respuesta a tu pregunta.

Regresó a su escritorio, erguida. Se le había olvidado la voz que escucharía al conectar la grabadora y su corazón perdió el ritmo al reconocer el tono. Ahora le traía a la memoria un suceso desagradable. Estaba avergonzada y furiosa consigo misma. Sin embargo, sus dedos no dejaron de teclear y no levantó la cabeza para evitar darse cuenta de lo que sucedía a su alrededor.

—¿Qué tiene de malo que te haga algunas preguntas? —le preguntó Carol durante el descanso—. En caso de que no estés enterada, Jake Lang ha sido el principal blanco de todas las chicas. Regresa de África y tú entras a la escena después de mostrarte reservada durante meses y lo arrebatas de improviso. ¿Cómo crees

que nos sentimos? Me muero de curiosidad, anda, sé buena amiga y cuéntanos.

—No hay nada que contar —forzó una sonrisa—. Bailamos una pieza y me llevó a casa porque estaba cansada.

—¿Una pieza? No lo creo, Sandra dice que no dejaron de bailar y que se abrazaban como si estuviesen ahogándose.

Natalie se sonrojó y desvió la mirada. La descripción no era nada descabellada y se estremeció ante el recuerdo de aquellos minutos en la sala llena de humo donde Jake Lang la abrazó, le besó la mejilla, el cabello y los labios.

—Hablamos poco —confesó desesperada.

—Lo cual tiene bastante sentido —reconoció Carol sonriendo—. ¿Te besó?

—¡Qué clase de reputación tengo, por todos los cielos! —exclamó Natalie, recordando los besos apasionados. No podía permitir que Carol sospechara lo que aconteció.

—Natalie, lo siento. Olvidé a Angus, créeme. Es que todos hablan de ello esta mañana. Sandra no ha dejado de parlotear sobre lo que vio. Supongo que estaba disgustada porque todos esperaban que yo estuviese enterada de los detalles y me sentí como una tonta. Daban por hecho que me lo habrías contado.

—Pero si no hay nada que contar —afirmó tranquila.

—¿Ni siquiera que te gusta? —Carol no se daba por vencida—. Debes aceptar que Jake Lang es una magnífica presa.

—Jake Lang me deja indiferente —dijo, un poco más fuerte de lo que habría querido, pero estaba irritada. La cafetería quedó silenciosa y todos volvieron las cabezas con curiosidad. Natalie se puso de pie y al salir presintió que era el centro de atención. Sin embargo, estaba satisfecha de que hubiesen oído su comentario. Eso detendría las malas lenguas.

A la hora de la comida evitó a Carol y fue al parque cercano a tomar su almuerzo. Compartió casi todo su emparedado con las golondrinas que brincaban sobre el sendero de asfalto. Era una agradable mañana primaveral, las nubes se deslizaban en el cielo azul; las corolas amarillas de los narcisos emergían de los prados igual que otras flores. La gente iba y venía y algunos hombres notaron a la esbelta chica de cabello oscuro, sentada sola y preocupada en una banca del parque, elegante en suéter azul y falda negra sencillos.

Presintió su presencia antes de verlo. Giró la cabeza, muy nerviosa, y notó que él la observaba sombrío.

—Creo que somos la comidilla en la oficina —comentó como si


hubiesen estado hablando durante horas.

—Lo siento.

—¡Por Dios, deja ya de decir lo mismo, pareces un disco rayado!

Natalie se encogió de hombros e hizo un gesto desvalido con las manos. Jake se sentó a su lado y se mantuvo silencioso.

—De modo que te soy indiferente, ¿no?

—¿Quién…? —murmuró sorprendida.

—Debes saber que lo que se diga en la cafetería irá a los oídos del interesado en cuestión de minutos. Sobre todo si existe un reportero interesado en ti y que está furioso porque considera que tuve más suerte que él.

—¿Qué? —Natalie no comprendía.

—¿No sabías que le gustas a Tom Leyton?

—Ni siquiera lo conozco —lo miró sorprendida.

—¡Pobre Tom! —Lanzó una carcajada—. Él sí te conoce bien. ¿Quieres saber lo que dijo de ti?

—No —respondió de inmediato.

—Dijo que eras deliciosa y que en cualquier momento me daría su tren eléctrico a cambio de tu persona —Natalie rio como hacía mucho que no reía.

—¿Por qué no me dijiste que tu marido murió? —la observaba muy atento.

—Quise hacerlo, pero te fuiste antes de darme la oportunidad —la mención de Angus fue un fuerte impacto para ella que la hizo sentir peor.

—Es cierto y te debo una disculpa. Perdí los estribos. Mi norma es nunca enredarme con mujeres casadas y pensé…

—Lo que pensaste fue evidente.

—Lo acepto —miraron al cielo y Natalie se estremeció.

—Debo regresar al trabajo —empezaba a hacer frío y el sol había desaparecido. Un taxi que pasaba tocó la bocina y ella se sobresaltó. Estaba sumamente alterada y no lograba controlarse.

—De todos modos me debes una explicación —dijo al ponerse de pie también.

—¿Explicación? —Se mordió el labio—. Ah, comprendo lo que quieres decir. Supongo que es lo correcto —los dos caminaron hacia la reja del parque—. Verás…

—En estos momentos no tenemos tiempo. ¿Cenas conmigo?

—¡No! —exclamó horrorizada y agregó con más amabilidad—. Es muy gentil de tu parte, pero no podría… ¡Dios mío! —exclamó al divisar las espaldas de Carol y Sandra.

—¿Qué pasa?

—Son chicas de la oficina. Señor Lang, no conviene que nos vean juntos. Permítame que prosiga sola, por favor.

—De acuerdo, pero tendremos que continuar esta conversación.

—Adiós —se despidió y caminó tras las dos chicas, al llegar cerca de ellas disminuyó la marcha, no deseaba alcanzarlas. Volvió la cabeza y Jake Lang había desaparecido. Suspiró tranquilizada y alcanzó a sus dos compañeras.

—Hola, ¿adónde fuiste? —inquirió Carol.

—De compras —Sandra notó las manos vacías y Natalie explicó —. No encontré lo que buscaba.

—¿Qué necesitas? —inquirió Carol, sospechosa.

—Zapatos verdes para mi vestido.

—Me gustaron los negros que llevabas —al parecer ya no tenía duda alguna.

—¿Estás segura que no te topaste por casualidad con Jake Lang? —rio maliciosa Sandra.

—No lo niego, pero también vi a Paul Newman quien me rogó aceptara salir con él. Tuve que rechazarlo porque esta noche saldré con Robert Redford —replicó con ironía.

—¡Graciosa! —Sandra arrugó la nariz, pero Carol sonrió y le hizo un guiño. Sandra no había terminado—. ¿Cómo es?

—¿Robert Redford? —preguntó haciéndose la inocente—. A pesar de su machismo exterior es muy tímido en el fondo, pero no será problema.

—Te crees muy lista —murmuró furiosa, alejándose.

—¡Cómo me divertí! —exclamó alborozada, Carol—. Es una arpía cuando está de humor.

—Dirás cuando está al acecho —repuso Natalie con sarcasmo.

Habían llegado a la entrada del enorme edificio de oficinas y al pasar por las puertas giratorias un joven agradable, de suéter azul y *jeans* verdes llegó tras ellas. Al volver la cabeza, Natalie notó que la miraba con fijeza. Creía haberlo visto por ahí, pero nunca se lo presentaron. Juntos subieron en el elevador, mientras la mirada de él no se apartaba de su rostro. Molesta, se volvió para vislumbrar una sonrisa de admiración tan genuina que no tuvo valor de mostrarse altiva y distante.

—Hola, pensé que nunca te fijarías en mí —dijo el muchacho.

—No es posible ignorarte, ¿siempre te quedas viendo a las personas en esa forma?

—Solo cuando se parecen a ti —Carol reprimió la risa y Natalie levantó una ceja con nerviosismo.

—¿Es esa la forma actual de entablar conversación con una

chica? No creo que tenga mucho éxito.

—Soy Tom Leyton, trabajo en la sección de noticias y me encanta la comida china.

—En cambio yo la aborrezco —repuso Natalie en el momento en que el elevador se detenía en su piso. Ella y Carol salieron y Tom Leyton las siguió—. Tu departamento está en el siguiente piso —le hizo notar ella.

—¿Qué tal la comida griega o la francesa?

—Mis gustos culinarios no te incumben. Adiós.

—Eres desalmada —se lamentó—. Eres hermosa, pero insensible. Pensé que tendría alguna oportunidad al saber que Jake Lang te era indiferente.

Así que ese era el reportero cuyo nombre pronunció Jake. Natalie entró aparentando calma y Carol tras ella.

—¿Puedo contarles esto a las demás? —inquirió quejumbrosa—. ¿O es que también es un gran secreto?

—Cuéntaselo a quien quieras —dijo suspirando de impaciencia —. ¿Qué eres, la radio de la oficina?

—Infame —replicó Carol molesta pero riéndose sin embargo, a las tres de la tarde, a la hora del té, Natalie se dio cuenta de que comentaban el incidente.

—Es increíble —le dijo a Carol—. Durante nueve meses, que son los que llevo trabajando aquí, logré alejarme de los chismes. Bastó que me convencieras a asistir a una fiesta y soy el tema de conversación de todas las lenguas. Jamás vuelvas a invitarme a alguna de tus fiestas.

—A pesar de todo, te ves y pareces mucho mejor que antes, Natalie.

Natalie la miró incrédula. ¿Sería cierto? Sintió remordimiento de conciencia porque por primera vez en un año no había pensado en Angus. Él se había convertido en una parte invisible de su ser y la perseguía sin cesar de modo que nunca llegó a alejarlo de su vida diaria. En cambio, ese día estuvo irritada, perturbada, disgustada, pero nunca triste. No le gustó. Se sentó a trabajar y la voz grave la hipnotizó de nuevo. La señora Dawkins se vio obligada a quitarle un audífono para gritarle.

—¡El señor Lang quiere que vayas a verlo!

Natalie se sobresaltó y no pudo controlar el rubor. La señora Dawkins la miraba asombrada y de seguro estaba enterada del chisme. Al ponerse de pie, todos la observaban otra vez con curiosidad.

—¿En dónde? Quiero decir, ¿en dónde lo encuentro? —

tartamudeó.

—En su oficina.

—¿En dónde queda?

—En el quinto piso —le informó, después de un momento, no creía que la chica no lo supiera—. Cuarto 575.

Natalie nunca había subido al quinto piso. Salió del elevador y no sabía si tomar la derecha o la izquierda. Unas chicas se cruzaron con ella y se miraron sorprendidas. «Dios santo», pensó Natalie, «no puede ser que los rumores hayan llegado hasta aquí. ¿Qué usan, tambores como en la jungla?»

—Adelante —la invitaron, después que tocó la puerta.

Reconocería esa voz en cualquier sitio. Le era tan conocida como la suya. Era muy particular, el tono agradable sugería encanto y seguridad. Entró y lo vio sentado frente a un escritorio lleno de papeles; tenía el codo sobre un gran libro y una taza en la mano.

—Señora Buchan, las cintas —señaló el montón de cintas en un rincón del escritorio.

—¿Terminó con ellas? —preguntó al acercarse para tomarlas.

—Siéntate un momento. Quiero hablarte.

—Tengo que regresar —murmuró.

—¡Siéntate! —Ordenó con enfado y ella obedeció con las cintas en las manos—. Suelta esas cintas —ordenó y terminó de beberse el té.

—¿Sí, señor Lang? —colocó las cajas sobre el escritorio.

—Natalie —emitió su nombre por primera vez—. Te sienta, parece hecho para ti. Si vuelves a llamarme señor Lang te estrangularé con ese hermoso cabello negro. Me llamo Jake.

—Preferiría que nuestra relación se mantenga en un plano impersonal —declaró muy digna, tratando de mantenerse serena.

—¡Dios santo, qué grado de intimidad deberán alcanzar nuestras relaciones para que me llames por mi nombre! —rio divertido—. ¿Ya se te olvidó que anoche en seguida permitiste que te quitara la ropa?

Natalie salió de la silla y corrió a la puerta, pero él llegó primero y le obstruyó el paso.

—¡Ah, no! —exclamó—. No vas a huir de mí. Aceptaste que me debes una explicación y la quiero en este instante.

—Ya me disculpé, anoche estaba un poco ebria —murmuró con la cabeza inclinada.

—No tan ebria —contradijo.

Natalie dio un paso atrás y él la empujó hacia la silla obligándola a sentarse. De pie frente a ella, notó los ojos cerrados y

las mejillas ruborizadas, luego se sentó en el borde del escritorio.

—Ahora dime por qué actuaste así conmigo anoche, me incitaste desde el principio.

—¡No fue así! —había vergüenza en su voz.

—Ambos sabemos que sí. Sentí que alguien me observaba y al volver la cabeza noté que estabas aturdida. ¿Por qué?

—Te pareces a mi marido —asintió suspirando.

—¿Demasiado?

—No mucho, solo de espaldas, en la forma de tu cabeza, en el cabello y cuerpo. Al ver tu rostro me di cuenta…

—Sin embargo, tuviste tiempo de verme bien antes que llegásemos a tu casa —reclamó en tono cortante.

—No puedo hablar más de ello —se cubrió el rostro con las manos—. Por favor, comprende que estaba bebida…

—Tendrás que hacerlo. Quiero saber toda la verdad. ¿Por qué permitiste que llegáramos tan lejos?

—No lo sé —susurró temblorosa.

—¿Simulabas algo?

—Sí —respiró angustiada.

—Gracias, eso me levanta la moral —Natalie abrió la boca para decir algo, pero él la interrumpió—. Si vuelves a decir que lo sientes, ¡juro que te pegaré!

—¿Qué puedo decir? —preguntó después de una pausa—. Ayer debí celebrar mi segundo aniversario de bodas.

—¡Dios mío! —murmuró alejándose hacia la ventana con las manos en los bolsillos—. Prosigue, ¿cuánto hace que murió?

—Un poco más de un año. Íbamos en el coche a visitar a sus padres en Escocia. Un autobús cambió de carril sin previo aviso y Angus intentó frenar. Todo sucedió tan rápido que el vehículo patinó y… —no pudo continuar, el pecho le dolía. Era una pesadilla obsesiva—. Cuando desperté de la anestesia le pregunté a la enfermera por él y me dijo que todo estaba bien. No me dieron la noticia sino hasta varios días después.

—¿Estuviste casada mucho tiempo?

—Ni un año. Íbamos a Escocia a celebrar nuestro primer aniversario con su familia. Teníamos planeado hacerlo así, una vez con sus padres y otra con los míos.

—¿Este fue el segundo?

—Sí, y ayer perdí mi argolla de matrimonio —él pareció no creerlo—. La encontré hoy. Ayer estaba inconsolable. Lloré y Carol… mi amiga… me convenció de que la acompañara a la fiesta. Dijo que eso me animaría. Yo no tenía ganas de ir. Luego no comí a

mediodía casi nada y no dejaron de llenarme la copa. Empezaba a sentirme bastante mareada. Me iba cuando te vi.

—¿Por qué tuvo que parecerse a mí?

No existía respuesta a esa pregunta. Natalie se puso de pie y tomó las cintas.

—Ya sé que estás fastidiado de escucharlo, pero de veras lo siento, señor Lang —salió callada y él se quedó inmóvil y sin decir palabra, pensando.

Capítulo 3

Natalie esperaba que los rumores se apagarían ante el esfuerzo desplegado para que no la vieran en compañía de Jake Lang, pero Sandra no permitió que el chisme muriera y Natalie sabía muy bien quién estaba al fondo del asunto. Cuando pasaba algún grupo de chicas, éstas se callaban y la miraban con curiosidad, sonriendo maliciosas. A menudo Sandra estaba entre ellas y sus ojos azules la miraban con envidia. Los nueve meses de casi anonimato habían terminado. Ahora consideraban que sus modales tranquilos eran un disfraz engañoso. Hubo otra consecuencia de aquella fiesta desastrosa, los hombres del edificio veían a Natalie bajo otro aspecto.

Tom Leyton fue solo el primero en querer salir con ella, los demás lo emularon y Natalie los rechazaba en los sitios más absurdos: en los pasillos, en el elevador, en el parque mientras comía su almuerzo. Inclusive la invitaban hombres que no recordaba haber conocido. Otra chica menos tímida se habría sentido halagada y arrebatada de emoción. Natalie estaba molesta y alarmada, no deseaba estar en ese primer plano de interés. Nunca la gustaron los galanteos masculinos porque provocaban en ella el deseo inmediato de retraerse. Logró ocultar su timidez bajo un manto de tranquilidad, pero seguía existiendo. Era mujer de un solo hombre y Angus fue todo su mundo. Hasta cierto punto seguía siéndolo y no deseaba cambiar el estado de la situación.

Jake Lang logró cambiar su imagen exterior en la oficina. Desde luego, Natalie nunca pasó desapercibida, llamaba la atención masculina, aunque la rechazaba decidida. Ahora los hombres imaginaban que estaba dispuesta y el único resultado de sus rechazos inmediatos fue el de convencerlos a todos que algo había entre ella y Jake.

Al darse cuenta de que el chisme no terminaría nunca, aceptó por fin salir con Tom Leyton. Parecía ser el menos fastidioso de todos y de hecho, le caía bastante bien. Su sonrisa amable era contagiosa. Era tranquilo, amistoso y de buenos sentimientos. Más que nada era persistente y esa cualidad logra su recompensa a veces.

—¿Te gusta el teatro? —le preguntó una mañana de abril en que se encontraron a la entrada de la oficina.

—Mucho —asintió sabiendo que la pregunta era solo un preámbulo.

—Tengo boletos para mañana. Uno de nuestros compañeros escribió la obra y un grupo artístico dará tres funciones nocturnas. ¿Te interesaría ir?

—¿Cuál de los escritores del personal? —inquirió poco interesada.

—Anthea Redmond. ¿La conoces?

Natalie sí la conocía. Era pequeñita, de cabello rubio rojizo, pizpireta y sus brazos cubiertos de pulseras tintineaban al moverlos. Su voz aguda parecía el grito de un ave marina y era exigente en el trabajo; no admitía excusa ni retardo y revisaba el trabajo con ojos de lince. Era más implacable que nadie y no gozaba de simpatías en el trabajo.

—¿Qué tipo de obra es? —preguntó con el ceño fruncido, tratando de imaginar lo que Anthea Redmond crearía. Los libretos que preparaba para el departamento de documentales eran de índole funcional; su estilo propio podría ser muy diferente.

—Progresista, o sea que el público participa… ya sabes cómo son esas obras. Gran parte del personal de Metrópolis estará presente. Puede ser una experiencia interesante.

—Gracias, me gustaría ir —era justo lo que Natalie deseaba, que la vieran acompañada de Tom Leyton para que se olvidaran de la idea de que era propiedad de Jake Lang.

—Fantástico —exclamó, con el rostro iluminado de alegría y la tomó del brazo. Ese gesto fue enternecedor porque daba la impresión de qué la aceptación le confería el derecho de esa pequeña intimidad. Natalie no la rechazó. No comentó con nadie sobre la cita, porque sabía que tan pronto los viesen juntos sería un hecho del conocimiento general.

Pero no tomó en cuenta al mismo Tom Leyton. Al bajar a la cafetería a las once, se dio cuenta de que todos lo sabían. Natalie asumió la máscara de calma acostumbrada.

—¿Por qué no me lo dijiste? —inquirió Carol—. ¿Cómo puedes salir con Tom después de Jake Lang? ¡Estás loca!

—Recuerda que te aseguré que nada existía entre el señor Lang y yo —protestó Natalie—. No es mi culpa si no me creíste.

—Sí, pero, ¡Tom Leyton! —gimió Carol.

—¿Qué tiene de malo? Me cae bien.

—Bueno si, es bastante agradable, pero no es nada especial.

—¿No se te ha ocurrido que tal vez no quiera algo especial?

—Repito, estás loca. Si me diesen la oportunidad de salir con Jake Lang no dejaría que se me escapara con tanta facilidad.

—Vuelvo a decirte que me es indiferente —alzó la voz, para que

la escucharan. Era preciso destruir esos chismes a cualquier costo. No permitiría que la consideraran propiedad de ningún hombre y tenía el compromiso moral de sacar del apuro al señor Lang. Sabía que estaba enfadado por lo sucedido y no tenía por qué sufrir los chismes.

Cuando salió de la cafetería se sobresaltó al verlo a unas mesas de distancia. Natalie enrojeció y desvió el rostro. Él se mostró indiferente al verla pasar, pero Natalie sabía que contenía la ira. Había escuchado su comentario.

Trabajó duro con las cintas y se reprendió por hacerlo con tanto esmero ya que la motivaba el deseo de aplacarlo. Al escuchar su voz, transcribir esas frases hechizantes, sentía que empezaba a conocerlo. Casi todos los libretistas trabajaban sin desviarse del tema bien preparado. Jake Lang solo usaba un esbozo que le servía de punto de partida para improvisar el desarrollo con el más mínimo detalle y en forma brillante. El resultado final fue genial por su naturalidad y ameno estilo.

Esa noche, estando sola en su apartamento, Natalie pensó en que el tema era muy complejo y que Jake tomó un riesgo enorme al hacerlo en esa forma.

El rostro de Angus en la fotografía al otro lado de la habitación la miraba amable. Natalie tuvo una etapa en la que le hablaba como si pudiese escucharla, pero esa noche solo le sonrió y pensó. «¿Qué otra cosa puedo hacer, querido? Metí al pobre tipo en un embrollo y me porté mal».

La noche siguiente salió a cenar con Tom Leyton. Él le había preguntado por teléfono qué tipo de comida le agradaba y ella le informó que la cocina sencilla inglesa. Cenaron y la charla resultó amena al lado de un compañero agradable que no exigía nada. No le hizo preguntas personales y habló de temas generales.

—Eres de las que escuchan y no de las que hablan, ¿verdad? —le preguntó a la salida del restaurante.

—¿Lo crees? —Natalie rió, pero la mirada escudriñadora de Tom la puso seria.

—No lo hagas —dijo Tom al tomarla del brazo para llevarla al coche.

—¿Qué cosa?

—No te retraigas.

—¿A qué te refieres? —abrió tamaños ojos.

—¿No te das cuenta? Por momentos dejas vislumbrar a la chica que eres y de pronto se apaga tu luz y te alejas —explicó tranquilo.

Natalie estaba desconcertada. ¿Cuál era la chica verdadera? No

sabía la respuesta. ¡Qué osadía la de Tom!

El teatro del club se encontraba en un sobrio edificio de ladrillos rojos. El salón decorado con dorado, de asientos acojinados y cortinas era pequeño, cómodo y encantador. Sus asientos en el balcón eran buenos y de ahí Tom le señaló varios rostros conocidos. Natalie no los conocía a todos.

Al apagarse las luces y calmarse el murmullo de voces, Natalie se acomodó en su asiento. Cuando menos ya podía descansar y ver la obra con interés. Apenas en ese instante notó la proyección del escenario que llegaba hasta los asientos del público. La obra empezaba en el fondo del teatro y la primera voz que escuchó la hizo brincar y mirar a su alrededor. Luego, otra voz salió de uno de los rincones y Natalie se volvió hacia ese extremo del salón. Pasados unos minutos comprendió lo que era el teatro progresista. La obra se desarrollaba en todos los ángulos de la sala y daba la impresión de que los actores eran parte del auditorio. Le hablaban a la gente en sus asientos y parecían dialogar con el público. Sin embargo, cuando alguien respondía, los integrantes de la obra se molestaban y no contestaban.

—¿Qué te pareció? —preguntó Tom al encenderse las luces en el entreacto.

—Muy complicada. De existir algún mensaje, no lo capté.

—Vamos a tomar algo —sugirió—. Me parece que eso será lo mejor de la velada.

El bar semicircular estaba lleno. Tom la dejó en un rincón y se abrió paso entre la muchedumbre. Natalie se reclinó contra la pared, atenta a lo que se decía. Sonreía al escuchar los puntos de vista, pero no comprendía cómo algunos podían considerar que la obra era interesante solo por ser de vanguardia.

En el centro de la pared había un enorme espejo. Natalie se movió y observó la imagen de sus facciones cansadas. Se acomodó algunos mechones y decidió que no pospondría la ida al salón. Llevaba un traje sastre claro muy elegante, pero el moño de su blusa de seda estaba desanudado. Al estar arreglándoselo, vio la imagen de Jake Lang que la observaba. Este se encontraba al extremo opuesto del bar, tenía un vaso de whisky en la mano y observaba impasible la imagen de ella en el espejo. Visto en esa forma, todo parecía irreal, como si fuese un sueño. En eso llegó Tom con las copas y ella le sonrió con más amabilidad que de costumbre. Él se alegró.

—¿Me extrañaste? —inquirió bromeando.

—Después de ese primer acto necesito esta bebida —sin querer

volvió los ojos al espejo y se topó con la mirada de Jake Lang. Estaba furiosa consigo por no poder controlarse. Él seguía observándola, pero al notar que ella hacía lo mismo desvió la cabeza y se bebió la copa de un trago.

El timbre de la primera llamada sonó y todos se apresuraron a terminarse sus bebidas. A la segunda llamada ocupaban sus asientos; al apagarse las luces, Tom tomó la mano de Natalie quien no la retiró.

Mientras la obra se desarrollaba Natalie buscó cierta cabeza en el público. Quería ver esa silueta que le recordaba a Angus. Era absurdo, despreciable, pero no podía controlarse.

Volvió a ver a Jake Lang cuando abandonaban el teatro al final de la obra. Natalie estaba furiosa consigo ante la alegría que experimentó al verlo. De pie, hablaba con alguien, al fondo del teatro, y ese perfil de rasgos fuertes proyectaba su sombra en la pared a su espalda.

—Allá está la autora —dijo Tom—. Y desde luego, en compañía de Jake. Pero, él te es indiferente, ¿no? No te interesaría…

—¡Tom, querido! —gritó la voz aguda de Anthea Redmond al estirar el brazo cubierto de pulseras. Natalie se preguntó si las usaría también al acostarse.

—Te felicito, Anthea. ¡Estuvo fantástica, maravillosa! —Tom tomó sus manos y la besó en la mejilla.

—Te pareció horrenda, igual que a la mayor parte del público —rio triste—. No estoy ciega, querido Tom, pero es preciso intentar algo nuevo para no estancarse.

—Cierto —murmuró Tom, con un gesto burlón.

—¡Bestia! —Andrea le pellizcó la mejilla—. No sé por qué te soporto.

—¿Será por mi figura escultural? —sugirió en tono modesto cómicamente.

—No creo que sea por tus sesos, querido —Anthea sonrió coqueta.

Natalie estaba al lado de Tom y mantuvo silencio. Sentía que Jake Lang la observaba, pero no se volvió a corroborarlo. La mano de Tom buscó la de ella y Natalie le permitió que la tomara.

—Te conozco de vista, ¿será que te he visto en Metrópolis?

—Sí, en el departamento de libretos.

—¿Has mecanografiado algo mío?

—En una ocasión —la recordaba muy bien.

—No recuerdo tu nombre —confesó Anthea en tanto la observaba de pies a cabeza y tomaba en cuenta cada detalle de su

apariencia.

—Natalie Buchan —respondió Tom alegre.

Anthea se volvió hacia Jake Lang. Nadie pronunció palabra y Natalie se topó con los ojos de Jake. Anthea aprovechó el momento para tomar, posesiva, el brazo de Jake Lang.

—Si no queremos que la fiesta empiece sin nosotros, debemos apresurarnos, cariño. Fue un gusto verlos Tom y Natalie —su mirada no incluyó a la chica, era un gesto premeditado.

—¿Fiesta? —inquirió quejumbroso Tom.

—Sí, ofrezco una fiesta para el grupo —Natalie percibió la irritación de Anthea, a pesar de su gesto amable—. ¿No te invité? Estoy segura que lo hice. Ya sabes dónde vivo. Ven un poco más tarde.

—Nos encantaría —aceptó Tom.

—Temo que no podré acompañarte —le aseguró Natalie al quedar solos—. Deseo acostarme más o menos temprano. Déjame en casa antes que vayas a esa reunión.

Tom trató de convencerla en todo el trayecto, pero Natalie se mostró firme. Al detener el coche, Tom deslizó un brazo por el asiento de Natalie y se inclinó hacia ella. Natalie permitió que la besara.

—Buenas noches, Tom y gracias por una velada agradable —salió antes que él pudiese decir algo más. Él se fue tan pronto ella entró en su apartamento.

Más tarde, al estar acostada, la chica recordó el momento en que vio la imagen de Jake Lang en el espejo. Estaba intrigada por la forma en que su inconsciente la hacía reaccionar. Borraba todo lo que la rodeaba, menos la figura de Lang. No debía permitir que se convirtiera en una obsesión y era indispensable sobreponerse. Por otro lado, la cita con Tom logró el resultado deseado. Carol con toda inocencia se lo comunicó al día siguiente.

—Todos están intrigados, no se imaginan que puedas abandonar a Jake Lang para salir con Tom Leyton, pero Sandra dice que cada quien escoge lo que le atrae.

Natalie no tenía pensado volver a salir con Tom, pero era forzoso proseguir con el engaño por más tiempo. Aceptó dos invitaciones más. Fueron al cine y cenaron juntos en la segunda; asistieron a un concierto de música pop con boletos de cortesía, en la tercera. Luego el departamento lo envió a China para hacer un reportaje sobre las relaciones entre el oriente y el occidente. Natalie retornó a su vida tranquila. En ausencia de Tom varios jóvenes trataron de invitarle, pero ella se excusó alegando que a Tom no le

gustaría.

Una noche, algunos días después, abrió la puerta de su apartamento al escuchar el timbre.

—¡Señor Lang! —exclamó perturbada al ver a Jake. Acababa de lavarse el cabello y todavía estaba húmedo.

—Quiero hablar contigo —anunció imperturbable—. ¿Puedo entrar?

—No estoy vestida para recibir visitas —replicó, con los ojos puestos en la bata de algodón que la cubría.

—Se trata de negocios, no una visita social.

A regañadientes, dio un paso atrás y le permitió la entrada al hombre y a los recuerdos vergonzosos. Lo llevó a la salita y él notó la secadora de pelo que yacía sobre la silla.

—Tengo el cabello mojado —comentó tímida.

—Entonces, termina de secártelo.

—No tiene importancia, ¿qué quieres decirme?

—Sécate el cabello —repitió en tanto se encaminaba hacia la fotografía de boda. Llevaba puesto un traje oscuro y Natalie prefería verlo así que en *jeans* y camisa ajustados. Era un perfecto extraño, le daba la espalda y ante esa figura familiar sintió que la boca se le secaba.

—Me impresionó mucho el trabajo que desempeñaste con mi serie —dijo al apagarse la secadora.

—Gracias —sonrió halagada y satisfecha.

—No le encontré ningún error —Natalie se preguntó si la habría buscado con toda premeditación.

—De hecho —continuó lento—, lo hiciste tan bien que decidí convencerte de que abandones el departamento de libretos para que trabajes para mí.

—No —se apresuró a responder.

—Mi secretaria me abandonó durante mi estancia en África y he estado entrevistando a muchas candidatas. Ninguna llenó los requisitos. Ya hablé del asunto con el jefe de tu departamento y está de acuerdo.

—Debes saber que eso es imposible —angustiada, se retorcía las manos.

—¿Por qué? —la miró tranquilo.

—Porque… —el rostro le ardía y no podía hablar.

—¿Dime? —levantó una ceja.

—Es evidente, señor Lang —Natalie sintió deseos de golpearlo. ¿Por qué simulaba no saber el motivo del rechazo?

—Para mí no lo es —replicó con frialdad.

—No podría, realmente no podría hacerlo.

—¿Soy tan irresistible? —preguntó burlón.

—¡Bien sabes a lo que me refiero! Me desviví por acallar los chismes y si trabajo para ti empezarán de nuevo.

—¿Qué es lo que hiciste? —entrecerró los ojos. Ambos se quedaron viendo y Natalie no pudo responder—. ¿Leyton? —dijo lento—. ¿De modo que ése fue el motivo por el cual saliste con él?

—En parte… también me cae bien. Me pareció buena táctica para detener los rumores sobre…

—¿Sobre nosotros? —sonrió forzado—. Tienes suerte, de que no le haga confidencias a mis amigos y, aunque no terminé lo que empezamos, te apuesto a que llegué más lejos que Leyton.

—Cállate —murmuró con la cabeza inclinada—. Ya te lo expliqué.

—Eres demasiado sensible. ¿Tiene alguna importancia? Ahora que conozco la situación perdí el interés, señora Buchan. Ningún hombre desea que lo utilicen como sustituto de un esposo muerto. No creo en los espectros y no deseo convertirme en uno dentro de tu cama. Me molestaría.

—Estaba ebria. Nunca volverá a suceder —no podría mirarlo a la cara.

—Claro que no —asintió implacable—. No lo permitiría. Por cierto, debo decirte que el parecido solo existe en tu imaginación.

—Te dije que en el rostro hay poca similitud. Es solo de espaldas, y en la penumbra.

—No pienso pasarme la vida dándote la espalda en la oscuridad —replicó mientras observaba la foto—. No era mal parecido.

Natalie no respondió. Angus fue más que un rostro atractivo, una sonrisa y un par de ojos grises impresionantes. El amor era algo mucho más profundo que la apariencia de un rostro y no estaba dispuesta a explicárselo a Jake Lang.

—Acepta el trabajo conmigo —insistió—. Salta a la vista que eres inteligente y ambiciosa. Es una oportunidad que se presenta pocas veces en la vida y lo sabes.

Era cierto. La mayoría de las chicas en la oficina soñaba con una oportunidad de trabajar de secretaria con él. ¡Se desmayarían de placer ante la propuesta! Pero a ella el solo pensarlo le producía una desagradable sensación de intranquilidad.

—Gracias por pedírmelo, pero no puedo aceptar el empleo que me ofreces.

—Voy a hablarte bien claro —anunció severo, en tanto se metía las manos en los bolsillos—. En primer lugar, los chismes no

cesarán, tendrás que aprender a soportarlos. En un sitio como Metrópolis siempre existirán habladurías.

—No lo dudo, pero me disgusta ser el blanco.

—En segundo lugar —la interrumpió—. Te aseguro que no debes temer que se repita el incidente más adelante. Las chicas de tu tipo me atraen —hablaba como si se estuviese aburriendo—. Con toda franqueza confieso que me gustas y que podrías llegar a incitarme. Date cuenta que dije que podrías incitarme, pero puedo jurarte que nada en este mundo me haría tocarte ahora.

Natalie respiró profundo y se preguntó por qué la hería ese comentario. No deseaba que él la deseara y sin embargo, la molestó el indiferente tono con que fue dicho.

—De modo que si rechazas el empleo por temor a que te persiga sin cesar, tranquilízate. Prometo que no será así. Te ofrezco el empleo porque me gusta tu trabajo y necesito una secretaria confiable. Tal vez considere que andas errada, hasta descentrada, en tu vida privada, pero sé de antemano que serás un magnífico elemento como secretaria y que formaremos un buen equipo.

Natalie, callada trataba de convencerse de que él hablaba con la verdad. La tranquilidad en su voz y semblante eran convincentes.

—¿Quieres quedarte de mecanógrafa toda tu vida? —inquirió, su paciencia era mucha—. Creo que podremos trabajar bien juntos. Me tardará un año organizar esta serie y me gustaría contar con el mejor equipo disponible. Te repito, creo que no podré hallar mejor secretaria que tú y eso que todavía no menciono tu mejor cualidad.

—¿Cuál es? —la curiosidad la incitó a preguntar.

—Un bello e inapreciable silencio —respondió severo—. Nunca conocí a una mujer que hable menos que tú. Sin embargo, tu rostro es muy expresivo, habla por ti. Si he de ser franco lo menos que deseo es trabajar con una parlanchína.

Eso era lógico. Conocía de oídas los hábitos que tenía en el trabajo. Era irritable, grosero y exigente… en sus días buenos.

—¿Dije algo cómico? —había notado su sonrisa a medias.

—No, nada.

—Bueno, ya te expliqué mi punto de vista —se pasó la mano por el cabello—. ¿Qué dices?

—Tengo que pensarlo —suspiró Natalie.

—Decídete pronto. Me urge porque la oficina está atestada de papeles.

—Me di cuenta.

—¿Lo ves? En verdad te necesito —caminó hacia la puerta—. ¿Me darás tu respuesta lo antes posible?

Natalie lo siguió, balanceando su esbelto cuerpo cubierto por la bata que le delineaba las sensuales curvas. Jake se volvió al llegar a la puerta y la observó de pies a cabeza.

—Eres muy bella —murmuró en tono neutral y sosegado—. Hermosa, pero sin vida, como un fantasma. Inclusive tus ojos azules no tienen brillo. ¿Qué edad tienes?

—Veinticuatro años —la sensación de inquietud no la abandonaba.

—Eres demasiado joven para enterrarte en vida —hizo una mueca y se reclinó contra la puerta—. ¿Fue él un amante apasionado?

—¿Por qué has de hacer preguntas de esa índole? —preguntó ruborizada.

—Tengo curiosidad por conocer las respuestas. Al verte ahora pienso que debí imaginarme a la mujer apasionada que estreché en mis brazos aquella noche. Pensé haber encontrado a la amorosa mujer ideal. En silencio y deseosa permitiste que te estrechara en mis brazos.

—Por favor, no hables de aquello —murmuró, sintiéndose sonrojar—. Es humillante y vergonzoso que me lo recuerdes.

—¿Por eso no quieres aceptar? ¿No será que le temes a los comentarios?

—Es una mezcla de ambas cosas.

—Creo que no es ninguna. Sospecho que darías cualquier cosa porque yo ignorara ciertos aspectos íntimos tuyos que ocultas con mucho celo. Pero ambos nos enteramos ya de lo mucho que tenemos en común. Te gustaría no volverme a ver, ¿verdad?

—Sí —respondió con voz intranquila, tal como se sentía ante él.

—Lo siento —repuso brusco—. No tengo intenciones de desaparecer. Lo que sucedió aquella noche es parte de tu personalidad, Natalie y tienes que enfrentarte a ello lo antes posible. Tratas de vivir dentro de un absoluto vacío que llenas con sueños irreales de un amor ya inexistente.

—No —exclamó compungida—. No terminó, Angus vivirá mientras yo tenga un soplo de vida.

—No lo niego, pero será el pasado, *tu* pasado. Él no puede existir en tu presente. Eso es algo que tendrás que hacer y te verás entonces forzada a aceptar la realidad de su muerte. Hasta que eso suceda estarás tan solo existiendo a medias y ese es un crimen contra la vida misma, ¿no te das cuenta?

—No comprendes —hubiese querido explicarle para que comprendiera sus sentimientos, que no podía traicionar a Angus

interesándose en algo o en alguien.

—Comprendo demasiado bien. Tienes que salir de esa irrealidad antes que tu sangre cálida se convierta en hielo dejándote solo una vida vegetativa, carente de pasión y de emociones.

—Eres cruel —susurró estremeciéndose—, no me hables así.

—Es hora de que alguien se muestre cruel contigo —aparentaba gozar de su sadismo—. Tal vez lo que necesitas es una dosis de crueldad.

—Y desde luego te agradaría ser el verdugo —lo acusó—. Lastimé tu orgullo cuando acepté que me recordabas a Angus. Recuerdo que dijiste algo al respecto. No estás acostumbrado a ocupar el segundo lugar. Piensas que basta una mirada tuya para que todas las mujeres caigan desmayadas a tus pies. No eres un hombre agradable, señor Lang.

—Es posible, pero vivo con plenitud la vida —la miró enfadado —. Y debo agregar, señora Buchan, que me gustaría mucho ser cruel contigo. Me daría mucho placer y no me importa si me consideras agradable o no. Mereces que te traten con crueldad. No tienes valor, ni coraje. Mantente inmóvil como un fósil por el resto de tu vida, pero algún día despertarás y te darás cuenta de que es demasiado tarde para empezar a vivir. Dudo que el espectro de un hombre fallecido te ayude entonces, como tampoco lo hace ahora.

Cerró la puerta y salió. Natalie estaba con la mirada perdida. Ese hombre había perdido los estribos y la ira se dibujó en su rostro. La agresión masculina siempre la ponía nerviosa y estaba temblando como si sus palabras la hubiesen golpeado físicamente. Las recordaba con claridad. ¿Sería en realidad cobarde? Nunca pensó que sí lo fuera. Con anterioridad otras personas le dijeron lo mismo. Angela, por ejemplo, aunque con menos severidad. Angela siempre decía la verdad, según veía ella. Natalie se enderezó, decidida a pedirle consejo a su hermana. Ella la ayudaría a decidir si tomar o no ese empleo.

Cuando se acostó seguía recordando en sus oídos las palabras de él.

Ese fin de semana, mientras sus sobrinos jugaban, cantaban y gritaban en el jardín, le planteó el asunto a su hermana, aunque ocultó ciertos detalles.

—¿Es guapo? —preguntó Angela curiosa.

—Mucho. Es además, según todas las muchachas de la oficina, muy interesante y varonil.

—Acepta —le aconsejó Angela y al volver la cabeza gritó—: ¡Tony, no te comas ese gusano!

—¿Por qué? —preguntó el niño—. Los pájaros se los comen.

—¿Acaso eres un pájaro?

—No, porque no tengo alas —respondió con su lógica infantil.

—Entonces no debes comer gusanos. Déjalos sobre la tierra, entre las flores.

—Quiero ver cómo se contorsiona —dejó al gusano y lo observó atentamente.

—Toma el puesto —volvió a decirle a Natalie—. Debes estar loca si titubeas. Tal como te dijo, es tu gran oportunidad. Parece que es un hombre con los pies bien sentados. Deja de vivir en el pasado. Tuviste mala suerte, pero no te queda más que olvidarlo y continuar viviendo. Sabes que Angus te diría lo mismo.

Natalie lo sabía. Angus siempre fue agresivo y le tenía confianza a la vida. Nunca esquivó ir directo al objetivo. Natalie estaba sentada bajo los cálidos rayos primaverales y escuchaba el dulce trino de un pajarillo. «Estoy viva», pensó más tranquila. «Angela tiene razón, tengo que hacer un esfuerzo». ¿Qué le dijo Jake Lang? ¿Que la forma en que se comportaba era un crimen contra la vida misma? Las palabras la habían impresionado y ahora la perseguían. Recordó la boca cruel que las pronunció. Jake no se parecía a Angus. ¿Por qué diablos pensó que así era? No correría el peligro trabajando para él. La dejaba indiferente.

Capítulo 4

Un mes después Natalie contestó el teléfono en la oficina de Jake Lang.

—¿Qué se le ofrece? Soy la secretaria del señor Lang.

—¿De modo que te es indiferente, ¿no? —preguntó una voz acusadora.

—¿Tom? ¿Estás de regreso?

—Claro que sí —respondió hostil—. ¿Y qué me encuentro? Tan pronto pisé el edificio me recibieron con la noticia. No se aguantaron las ganas de participármelo. Natalie, me decepcionaste.

Ella sonrió porque sabía que Tom no estaba tan enfadado como pretendía. Un poco molesto sí, pero no herido, lo conocía bien.

—¿Cómo te fue en el viaje? Espero que bien.

—¿Acaso te importa?

—Claro, estaría muy triste si me enterara que te engulló un oso panda, en el zoológico de Pekín —protestó riendo.

—¡Tontita! Me recuerdas un cuento de hadas que le encantaba a mi hermana.

—¿De veras? Tendrás que contármelo, pero quiero que sepas que conozco bastantes cuentos. A lo mejor me aburre.

—Yo no me aburriré —rio—. ¿Aceptas cenar conmigo esta noche?

—Me encantaría, pero trabajaré hasta las siete y media. Tenemos programada una sesión de grabado a las seis.

—¿Tanto te hace trabajar Jake?

—Es un explotador de esclavos —bromeó. La verdad es que estaba encantada de trabajar para él. Era emocionante aprender a montar programas. El trabajo en el departamento de libretos fue bueno, pero esto era algo especial. Veía las cosas terminadas. Natalie observaba de cerca cómo emergía el programa del patrón de trabajo preparado por Jake.

—Te recogeré a las siete y media en punto —anunció—. Si Jake trata de impedir que salgamos, lo dejaré tirado y sin sentido.

—Se lo diré —una expresión alegre apareció en la máscara tranquila enmarcada por la larga cabellera oscura.

Natalie tenía tres semanas de estar trabajando con Jake. La noticia de su ascenso irrumpió como una gigantesca ola en el departamento de libretos y algunas de las chicas no pudieron disimular la envidia. Sandra fue la más mordaz en sus comentarios y ni siquiera los hizo a su espalda.

—Ahora sabemos cuál fue tu motivación al llevártelo de la fiesta. Te mostraste tranquila e indiferente con los demás hombres, pero en menos de cinco minutos perdiste toda compostura ante Jake Lang. ¡Eres astuta! Debimos haber adivinado que algo había tras tu rostro inocentón. Nos engañaste con tu actuación de viuda inconsolable.

—Por más que intentara convencerte de tu equivocación, seguirías interpretando las cosas erróneamente —replicó, con la cabeza en alto.

—Puedes apostar tu camisa que así sería —replicó Sandra con encono—. Por lo que conozco de Jake Lang no necesito imaginar los incentivos que le diste para que te ofreciera el puesto. Él no da nada por nada. Todos sabemos que es rudo, ambicioso y despiadado. ¿Cómo crees que llegó a ser lo que es? El mundo está lleno de gente pisoteada por él en su trayecto para alcanzar la cima.

Natalie se había estremecido al pensar que podría ser cierto. Recordaba sus ojos fríos y furiosos al partir de su apartamento. Despiadado sí lo era, pero, ¿qué otra cosa podía ser? Los débiles no suben la escalera del triunfo, las forman. Jake Lang era de los fuertes que llegaban a la cima a cualquier precio. Conocía a los hombres de ese tipo. Angus fue uno de ellos, fuerte y poderoso, aunque tierno y honesto. Bastó verlo jugar al *rugby* para darse cuenta de ello. Jugaba a ganar y aunque nunca pisoteó a nadie, su juego fue muy agresivo. Por supuesto que Jake Lang no era Angus, pero sospechaba que intentaría ganar con la misma decisión y agresividad.

Natalie estaba sentada al escritorio y se detenía la cabeza con las manos en tanto observaba distraída el cielo azul a través de la ventana. Era muy extraño que se sintiese atraída por hombres cuya naturaleza era tan opuesta a la suya.

—¿Encontraste ese registro? —exigió severo. La chica se sobresaltó y distraída se volvió con los ojos todavía soñadores.

—¡Despierta! Estás aquí para trabajar y no para soñar despierta. No permitiré que los fantasmas te ronden hasta en la oficina.

—Coloqué el registro sobre tu escritorio —replicó molesta y Jake se dirigió al escritorio y se puso a estudiarlo. Natalie lo observaba.

Sin decir palabra lo obedeció. Unos segundos después Jake salía. Natalie descubrió que era más fácil soportar la ira de su jefe, que el silencio despectivo. Eso no significaba que no le disgustaran las escenas violentas, sino que eran menos hirientes que el desprecio y la burla tranquilos. En esos momentos sentía que le desgarraba su

ser. Había presenciado cómo una controladora de cámaras salió hecha un mar de lágrimas después de un trato similar. Inclusive los hombres lo evitaban al verlo malhumorado. Por fortuna, esos momentos no eran frecuentes.

Jake perdía la noción del tiempo. Al trabajar se concentraba tanto en lo que hacía que si alguien quería salir antes de lo que Jake ordenara, sufriría las consecuencias. Todos se quejaban de que Lang no tomaba en cuenta su vida familiar o privada. Natalie sospechaba que las esposas odiaban la sola mención de su nombre. Con él no valían las excusas de aniversario de bodas o cumpleaños de la esposa.

Cuando alguien se atrevía a pedirle permiso para salir más o menos temprano, los demás lo imitaban a su espalda.

—¿Tienes compromiso? Puede esperar.

Liam Brown, que hacía las ilustraciones gráficas para la serie, entró en la oficina y ocupó el escritorio de Natalie mientras le explicaba que quería que Jake estudiara las ideas que incluía en un expediente. Se entretuvo haciendo un bosquejo del rostro de Natalie. Ella estaba acostumbrada a verlo dibujar todo lo que veía. Sus largos y delgados dedos no cesaban el movimiento y sus ojos iban del papel al rostro. Natalie no se imaginaba cómo era posible hablar y dibujar al mismo tiempo.

—¿Tienes compromiso esta noche? —le preguntó de pronto, al levantar la cabeza para verificar la perspectiva.

Jake entró en ese momento y Natalie quedó a la expectativa porque escuchó la pregunta de Liam.

—Sí, tengo un compromiso —respondió tranquila.

—¿De veras? —Liam miró a Jake y Natalie supuso que sospechaba que la cita era con Jake.

—¿Quién te concedió el derecho de fijar tu domicilio en el escritorio de la señora Buchan? —inquirió altanero.

—Tu propiedad —replicó al bajarse del escritorio y entregarle el bosquejo.

Jake lo observó con una expresión casi salvaje. Natalie temía que lo rompería en pedazos, pero solo lo dejó caer dentro del cesto de papeles. La chica bajó la vista a la carta que mecanografiaba; pensó que odiaba a ese hombre tan falto de modales y de control.

—¿Qué deseaba? —preguntó Jake—. Además de invitarte a salir.

—Trajo un expediente con ideas para la ilustración gráfica —señaló el expediente sin quitar la atención del cuaderno de donde transcribía.

—¿Con quién vas a salir?

—Tom me invitó —respondió.

—Ah, sí, me enteré que está de regreso —caminó a su escritorio —. ¿Volviste a ordenar mis papeles? No encuentro nada.

—¿Qué buscas? —dejó de escribir y levantó la cabeza.

—La carta de Daniel Masters.

—Está en el archivador —se puso de pie y Jake la observó caminar por la oficina. Natalie halló la carta y se la entregó. Al volverse para ir a su escritorio, él le tomó la muñeca.

—Me hiciste creer que solo salías con Leyton para detener los chismes en cuanto a nosotros.

—¿Acaso dejaron de hablar? —inquirió con la vista sobre su muñeca.

—¿Por eso saldrás con él? —Natalie trató de zafar la muñeca, pero Jake no se lo permitió—. Responde —habló entre dientes.

—No, me cae bien —él le soltó la muñeca y ella, dolorida se la frotó.

—¿Tienes que ser tan directa?

—Obtengo buenos resultados —rio con sorna.

—Ah, sí —repuso con un brillo extraño en los ojos—. Contigo no existe otro modo de actuar —el teléfono sonó y él la observó mientras lo contestaba.

—Es la señorita Redmond —anunció.

Jake tomó el aparato y se sentó en la silla la cual giró en tanto sostenía la conversación. Natalie se aprestaba a proseguir con la carta, pero Jake le hizo señas de que esperara. Natalie obedeció molesta por tener que escuchar las palabras íntimas. Anthea Redmond llamaba con frecuencia y se presentaba a menudo. Jake flirteaba con ella y Natalie sabía que la frecuentaba fuera de las horas de oficina. Sin embargo, no sabía qué grado de intimidad tenía esa relación ni le importaba.

Tan pronto como terminó de hablar, la chica empezó a mecanografiar y Jake se puso a estudiar el expediente de Liam. Tenía los pies sobre el escritorio y la cabeza reclinada en el respaldo de la silla.

Hasta ese momento, tenía que reconocerlo, Natalie estaba más fascinada con el trabajo de lo que imaginó. Era difícil, en ocasiones imposible, pero nunca se aburría. Jake cumplió su palabra y nunca se propasó. Su comportamiento hacia ella era más bien hostil, siempre retraído y, a veces, desagradable. Le era más fácil sobrellevar esa situación que los cumplidos que le hacían algunos al encontrarse a solas con ella.

Angus le había dicho que su hermosura y timidez constituían un reto para los hombres que llegaba a conocer. A él le tomó varias semanas romper el hielo que los separaba. La felicidad que compartió con él nunca cambió su personalidad básica. Siguió siendo la misma chica tímida y tranquila que él conoció. Después de su muerte, Natalie se escudó más aún tras la máscara protectora.

Pero el trabajar con Jake Lang la cambió un poco. Estaba tan ocupada e interesada que no tenía tiempo para sumirse en sus recuerdos. Trabajaba de once a siete todos los días. Al regresar a su apartamento estaba tan agotada que no le quedaban deseos más que de darse un baño, cenar y ver la televisión durante una hora antes de meterse en la cama a dormir tratando de recuperar fuerzas para enfrentarse al día siguiente a otra agotadora jornada.

—Tienes mejor color y te ves mejor —le decía Angela los fines de semana—. Cómete ese filete, lo compré para ti. No ocultes ningún pedazo en las hojas de lechuga. No eres Tony.

—Yo soy Tony —señaló su sobrino—. Tengo cuatro años. ¿Cuántos tienes tu tiíta Nat?

—Veinticuatro —respondió sonriendo y deseando darle un beso en la naricita pecosa, pero se reprimió porque se ofendería.

—¡Eres más vieja que papito! —exclamó sorprendido—. Él tiene veintiuno. Me lo dijo.

—Toma las cosas en forma demasiado literal —comentó Adrián, riendo ante el gesto amonestador de su esposa.

—Entonces, deja de contarle fantasías —replicó Angela.

Eso le recordó a Natalie que Tom Leyton le dijo que ella le recordaba cierto cuento de hadas. Al ir por ella a la oficina le preguntó lo que quiso decir con ese comentario.

—Es el de la princesa sin corazón —respondió animado—. ¿Lo conoces?

—No. ¿Qué le pasó a la princesa?

—Le dieron un beso —dicho y hecho se lo demostró antes que ella tuviese tiempo de evadirlo. La caricia fue agradable, aunque no la perturbó. No se apartó porque escuchó que la puerta se abría y sabía que Jake los observaba en silencio. Tom dio un paso atrás para observarle el rostro encendido y Jake se acercó.

—¡Hola, Jake! No me di cuenta de que entraste.

—No uses mi oficina para tus interludios amorosos —gruñó al sentarse en su silla. Tenía el ceño fruncido y su voz fue áspera. Saltaba a la vista su aspecto cansado.

—¿Nos vamos, Tom? —preguntó Natalie y Tom la siguió.

—¿Fueron celos o tan solo un humor endemoniado? —inquirió

curioso.

—Lo segundo, es su estado normal.

—Es la fama que se creó. Dicen que es el infierno ambulante. Nunca trabajé con él, pero me conmovieron los que quedaron afectados moralmente con su trato. ¿Estás segura que tu puesto es el adecuado? No creo que una chica tan dulce y amable pueda soportar los modales de Jake Lang.

—Me las arreglo —Natalie se encogió de hombros.

—Tal vez lo hagas —replicó, mirándola con detenimiento—. Pocas veces te alteras, ¿verdad?, esa es una de tantas cosas que te hace ser una mujer encantadora.

Pasó una velada muy agradable con Tom quien se comportó como un compañero muy versátil e interesante. No hacía falta ningún esfuerzo de parte de Natalie ya que él hablaba por los dos. De regreso al apartamento ella le agradeció y se despidió.

—¿Volveré a verte? —preguntó tomándole la mano.

—Supongo que sí, trabajamos en el mismo edificio.

—Bien sabes a lo que me refiero. Eres una chica muy evasiva. No sé qué terreno piso contigo. ¿Permitirás que te invite pronto?

—Si lo deseas —replicó inalterada.

—¿Pero sin ningún compromiso fijo? —inquirió triste.

—Así es, Tom. Solo seremos amigos.

—¿Puedo preguntarte el motivo? ¿Tengo algún rival? ¿Por ejemplo, Jake Lang? ¿O es que no te interesa ninguna relación íntima y solo deseas amistad?

—Le diste al clavo con la última pregunta.

—Debió ser un gran tipo —comentó al ver el anillo matrimonial en el dedo de Natalie.

—Sí, lo fue —las lágrimas se le acumularon por los recuerdos.

—Lo siento de verdad, Natalie.

—Estoy tratando de olvidar la lástima que siento por mí, no me alientes, Tom.

—¿Quién te dijo que te tenías lástima?

—Varias personas, mi hermana fue una de ellas. Tienen razón, aunque me molesté con ella cuando me lo dijo.

—Conozco un remedio rápido —murmuró sonriendo.

Pasaron diez minutos antes que Natalie saliera del coche. Tom estaba satisfecho al darle el último beso. En cambio ella, a quien no le disgustaron las caricias, sabía que no la había perturbado. El deseo violento que Jake Lang le provocó no lo tuvo con Tom Leyton. Le agradaba, pero… En esa pequeña palabra se encontraba todo un mundo de sensaciones.

Un poco más tarde, en su cama, hizo una mueca. ¿Era de sorprenderse? Después de un hombre como Angus no podía esperar que alguien como Tom la incitara. Nunca encontraría alguien como su marido. Nunca tampoco aceptaría un amor secundario y si llegaba a hacerlo no creía que hombre alguno lo aceptara. La reacción de Jake fue bastante clara. El recuerdo la hizo ruborizarse. Lo sucedido aquella noche la hacía encogerse y desear morir de vergüenza.

Jake, al darse cuenta de que ella pensaba estar en brazos de su esposo muerto, se enfureció. No podía culparlo y al pensar en el incidente en forma objetiva se horrorizó. Jake lo subrayó, a ningún hombre le gusta que lo usen como sustituto de otro Sin lugar a dudas, al trabajar con Jake, se dio cuenta de que ese hombre no se conformaría más que con una total entrega, sin reservas. Además no toleraba las mediocridades, siempre exigía el mejor esfuerzo en todos, pedía dedicación y, de seguro, esperaría mantener los mismos principios en una relación amorosa. Su orgullo natural era grande. Nunca perdonaría a nadie que lo lastimara y ella lo hizo.

A la mañana siguiente Natalie tomaba dictado, sentada tranquila, mientras él se paseaba dentro de la oficina. Aunque el tema que lo ocupaba era difícil, Natalie estaba consciente de que algo lo perturbaba y distraía. Estaba de malhumor, lo presentía por sus modales, gestos y forma de caminar.

—Quiero este material de inmediato —ordenó, de pie a su lado, con las manos en los bolsillos.

—Sí, señor Lang —respondió calmada y con la cabeza inclinada. Había descubierto que en esos momentos tensos era mejor plegarse a la tormenta. Si mostraba cualquier reacción desafiante lo provocaría.

—¿Te divertiste anoche? —preguntó de pronto.

—Mucho —respondió al introducir la hoja en la máquina de escribir.

—Me lo imaginé —murmuró torciendo la boca—. Desde que llegaste no has dejado de tararear esa ridícula canción romántica.

Eso la sorprendió, porque no se había dado cuenta. Escuchó la tonada por la radio al estar desayunando esa mañana y se le quedó grabada. Jake la observaba. Los rayos solares le daban visos rojizos a su cabello oscuro. Natalie le escuchó y atónita abrió la boca. Jake se inclinó y sorpresivamente la besó. Todo sucedió demasiado rápido y él ya había recobrado la compostura.

—Una pequeña muestra para que compares —dijo burlón—. No me gustaría que por inercia te casaras con Tom Leyton. Tu

pusilánime instinto no te dejará tomar en cuenta otras posibilidades.

—¿Qué posibilidades? —preguntó acalorada y sintiendo fuego en los labios.

—Existen otros hombres en el mundo. Se me ocurren más de media docena que se arrebatarían la oportunidad de salir contigo.

—Me gusta Tom.

—Claro —se mofó Jake—. Es seguro sobre todo. Un hombre joven sumiso que no te hará daño ni te arrastrará gritando para forzarte a salir de tu mundo de sueños para que te enfrentes al verdadero. Por supuesto que te gusta. ¿Sabe él que sustituye a un hombre muerto?

—¡No es así! —exclamó.

—¿No? —la pregunta era burlona y la mirada peligrosa.

—No —repuso furiosa—. Tom es muy diferente a Angus. Nunca los confundiría.

Jake se enderezó sin quitarle la vista de encima y Natalie tuvo la impresión de que la amenazaba en silencio. Alarmada y confundida, se encogió en la silla. Él dio un paso adelante y su rostro se mostraba decidido.

Se abrió la puerta y Anthea Redmond entró, tintineando sus pulseras. Se detuvo y Natalie intuyó que la otra captó la tensión en el ambiente. Por un momento sus facciones mostraron celos. Jake se volvió, ocultando la ira con una expresión de cortesía.

—Vaya, vaya, ¿qué vientos te traen por aquí? —la miró de arriba abajo—. Eso es nuevo y bastante atrevido, por cierto. Estás preciosa.

En efecto era audaz, pensó Natalie al ver el vestido color naranja. El color le daba cierta viveza que complementaba su cabello brillante. El escote exagerado y revelador. Anthea sonrió satisfecha por la admiración que Jake le mostró y se inclinó para recibir el beso de él. Natalie empezó a mecanografiar, concentrada del todo, aunque la imagen se le quedó grabada. Anthea se adhería igual que una planta trepadora y deseó que esos brazos delgados ahogaran a Jake. ¡Bien merecido lo tendría!

Escribió a toda velocidad sin fijarse en las palabras que transcribía y se le hacía que el beso duraba una eternidad. ¿Estaría Anthea comiéndoselo? Los miró de reojo y seguían abrazados estrechamente.

—¡Caramba! —ronroneó Anthea al verse libre, por fin—. ¿Cómo podré trabajar después de esto?

—Esforzándote —se burló Jake.

Cuando Anthea salió Jake regresó a su escritorio. Natalie notó su mirada fugaz y la ignoró. De pronto lanzó una maldición al advertir que se había saltado varias líneas del libreto. Sacó la hoja de la máquina, la estrujó y la lanzó al cesto. Al estar metiendo otra hoja, Jake sonrió.

—¿Algo te molesta? —inquirió.

—En lo absoluto —replicó calmada con los dedos en posición sobre las teclas—. Me salté una línea, eso es todo.

Jake no respondió, pero parecía no creer lo que le dijo. Ambos se concentraron en el trabajo durante el resto del día, aunque Natalie estaba consciente de que sus sentimientos cambiaban ante la cercanía de Jake.

En las semanas subsecuentes el trabajo fue cada vez más intenso a la vez que interesante. El grupo que trabajaba en los programas entraba y salía sin cesar y puesto que Jake a menudo estaba ausente, la responsabilidad de todo recaía en Natalie. Era agotador pero fascinante. Descubrió que todos esperaban que fuese una enciclopedia ambulante en cuanto a lo que se refería a la serie. No cesaban de pedirle su opinión, de hacerle preguntas que requerían una respuesta inmediata y como Jake le decía que lo averiguara, eso hacía. Mientras más responsabilidad le relegaba Jake, más le gustaba el trabajo. En el departamento de mecanografía había sido tan solo una pieza en un gran engranaje bien aceitado. Ahora era el eje en el cual giraba la gran rueda y eso la hacía sentirse magníficamente, aun cuando a veces se sentía agotada.

Seguía viendo a Tom con irregularidad, agradecida de que su trabajo le proporcionara la excusa de no salir con frecuencia. Él suspiraba y aceptaba las explicaciones porque sabía que el trabajo en el departamento de Jake era sinónimo de una gran dedicación que no permitía llevar una vida privada. Por eso la gente lo pensaba dos veces antes de aceptar un puesto con Jake Lang. Era tan exigente que no permitía que alguien tuviese otro interés que compartir el trabajo.

Una semana Natalie tuvo que trabajar desde las diez de la mañana hasta las ocho de la noche, día tras día. Apenas le daba tiempo para almorzar con calma. Las quejas de los demás las recibía ella, nadie se quejaba con Jake.

—Es un diablo despiadado —dijo Liam—. Algún día le asestaré un buen golpe, estoy seguro de ello. ¿Qué vida privada nos permite? —sonrió misterioso—. ¿Qué vida privada tienes tú?

—Me las arreglo —respondió a la ligera, pero al quedarse sola contestó mentalmente esas palabras y se sintió más que nunca sola

y vacía. No tenía otro interés que el propio trabajo. Estaba tan cansada que podía quedarse dormida sobre el escritorio, pero quizá fuera mejor así.

Esa tarde mientras ella y Jake trabajaban en silencio, como era usual, entró Tom y recibió la descarga de la mirada furiosa de Jake.

—Hola —saludó y se dirigió a Natalie—. Tengo boletos para la función de ballet. Tuve que pelearme con seis personas para obtenerlos. ¿Vendrás conmigo?

—¿Cuándo? —preguntó, ignorando el tamborileo de los dedos de Jake sobre el escritorio.

—Esta noche.

—Está trabajando —interrumpió Jake—. Aquí sí trabajamos, contrariamente a lo que se hace en el departamento de noticias. Regresa allá, Leyton, y justifica el sueldo que percibes.

—Me encantaría, Tom. Ven por mí aquí, a las siete —Natalie estaba tan furiosa que se atrevió a desafiar a Jake. Tom salió feliz.

—Trabajarás hasta las nueve. Quiero que esto quede terminado esta noche —ordenó.

—Entonces, hazlo tú —respondió con dulzura. Poco faltó para que Jake estallara a causa de la ira. Sin embargo, cuando Tom llegó, Natalie abandonó la oficina con toda calma, pensando que su jefe aparte de todo merecía una lección de alguien, y se sintió satisfecha de ser precisamente ella quien se la diera.

Capítulo 5

El viernes Jake le informó con indiferencia que tendría que trabajar la mañana siguiente.

—Es sábado —replicó Natalie incrédula.

—Lo sé muy bien, también yo tendré que hacerlo. La sala de sonido solo estaba disponible mañana. Lamento si eso interfiere con tus planes —no parecía importarle.

—¿Es indispensable que venga? —inquirió porque le prometió a su hermana pasar el fin de semana en casa de ella. Se desanimó al pensar en que efectivamente nunca podía hacer planes de antemano y que quizá su hermana se molestaría con ella.

—¿Por qué lo preguntas? ¿Tienes algo importante?

—Salgo de la ciudad, eso es todo.

Escuchó su respiración y eso la sorprendió, dado que la oficina no estaba tan silenciosa. Levantó los ojos y notó que estaba indignado, haciendo un gran esfuerzo por no perder los estribos. Natalie abrió los ojos, asustada y ambos se miraron en un tenso silencio.

—¿Con Leyton? —preguntó por fin, controlado.

—No —la voz le temblaba, bajó la cabeza y continuó—. Mi hermana planea ausentarse con su esposo y les prometí cuidar a los niños. Si no me presento no podrán tomarse esos días de descanso… Angela estará tan furiosa que querrá arrancarme el cabello.

—No podemos permitir que eso suceda —respondió Jake.

Natalie se atrevió a verlo, su rostro ya estaba calmado. La expresión iracunda había desaparecido y ella suspiró de alivio. La amenaza de violencia no existía más.

—Entonces, ¿no tengo que presentarme mañana? —inquirió esperanzada.

—Todo lo contrario, te necesito —se encogió de hombros y Natalie tuvo deseos de vapulearle. De seguro no se daba cuenta de lo importante que era no arruinarle el fin de semana a su hermana y su cuñado, que nunca salían solos.

—¡No seas tan desalmado! —gritó.

—¿Tú me dices eso? ¿No sabes lo que se dice de ti en las oficinas? Eres la princesa sin corazón.

—No conoces a mi hermana —suspiró cansada y sonrojada al comprender que Tom inició ese sobrenombre—. Antes que hacerla enfadar prefiero enfrentarme a tu ira, ya puedes imaginarte…

—No puede ser tan mala —recobró un poco del sentido del

humor.

—Es peor de lo que imaginas —gimió Natalie—. Solía aterrorizarme cuando éramos niñas.

—¿Acaso te golpea?

—Angela no necesita recurrir a la fuerza bruta. Puede desollarlo a uno a tres pasos de distancia, con solo tres palabras —lo miró acongojada.

—¿Es bonita? —su expresión se tornaba burlona.

—¡Esa es una pregunta típica masculina! Sí, es atractiva. Su marido, que mide un metro noventa y posee un listón azul de boxeo de Oxford así la considera.

—Retiro la pregunta. Está bien, ¿cuándo se supone que debes llegar al domicilio de la mencionada hermana?

—Esta noche. Eso les permitirá salir a tiempo.

—¿Qué edad tienen los niños?

—Tony, cuatro y Colin, dos.

—¿Están bien educados? —Jake se sentó sobre el borde del escritorio de Natalie.

—¿Los hijos de Angela? ¡Ni dudarlo!

—Entonces, tráelos contigo mañana —sonrió tranquilamente.

—¡Bromeas!

—Claro que no. Te necesito, pero si corres el riesgo de que tu hermana te odie por incumplida, soportaré a sus vástagos una mañana. Si causan desórdenes los ataremos a una silla.

—Colin es un borreguito, pero Tony se parece a su madre.

—¿En dónde vive esa dama formidable? —rio. Natalie se lo informó.

—Te llevaré en mi coche después del trabajo y resolveremos el problema. Ya se me ocurrirá otra solución si veo que no es posible trabajar con ellos aquí —le tocó la mejilla con un dedo—. No te preocupes.

Natalie no lo creía. El hombre cambió de un ser iracundo a alguien incluso humano. Nunca lo vio así desde que comenzó a trabajar para él. Un poco más tarde entró Tom y ella lo miró compungida.

—No puedo hablar mucho, trato de tomar el tiempo que requerirá el próximo programa y no ceso de equivocarme —estaba nerviosa porque dejó caer el cronómetro y tuvo que pedirle prestado el suyo a Jake.

—Solo quiero invitarte a cenar el sábado —murmuró alentado.

—Lo siento, pasaré el fin de semana fuera.

—Qué lástima —se encaminó a la puerta—. ¿Podré verte algún

día de la semana que viene?

—Llámame, pero a la casa —recordó que a Jake no le gustaba que recibiese llamadas personales en la oficina.

Acababa de terminar la sincronización cuando Jake se presentó vestido con elegancia, cosa extraña en él.

—¿Lista? —preguntó y Natalie desalojó el escritorio y fue a cepillarse el cabello y a retocarse el maquillaje.

—Supongo que tu hermana no se parece a ti —la miró de arriba abajo divertido.

—Correcto —sacó la maletita que había traído consigo.

—¿Vive cerca de tus padres? —inquirió mientras le quitaba la maleta de las manos y la guiaba hacia la puerta.

—Mamá no viviría cerca de Angela aunque le pagasen un millón de libras esterlinas —dijo antes de describirle la casita en Weymouth.

—¡Pobre Angela! —rio—. Me parece que la estás difamando.

—La quiero mucho y mamá también, pero ambas le tememos un poco. Puede ser muy cansado vivir con una persona que nos hace reaccionar así.

—¿Se parece tu madre a ti?

—Sí…. ¿cómo lo adivinaste? —sorprendida, Natalie levantó la cabeza.

—Por intuición —respondió en el estacionamiento del sótano yendo hacia el coche deportivo blanco. Salieron a la intemperie de esa tarde veraniega. El cabello de Natalie se agitaba con el viento y Jake le apartó un mechón de la mejilla.

—Me gustas despeinada —le dijo en forma extraña.

—De modo que usted es el ogro —dijo Angela cuando se lo presentó su hermana.

—Lo mismo iba a decirle yo a usted —repuso después de mirar intrigado a Natalie.

—Comprendo —a Angela no se le escapaba ningún detalle.

—¿En realidad es boxeador su esposo? —inquirió Jake.

—Sí.

—¿Y mide un metro noventa?

—Un metro noventa y un centímetros para ser exactos.

—Lástima —replicó Jake, registrando en su mente la cabeza de cabello corto, la esbeltez de su cuerpo y las largas y bien torneadas piernas.

—Quédese a cenar. Hay suficiente ensalada y bastante carne fría rellena.

—Me parece perfecto, acepto encantado, gracias.

Natalie ordenó sus pertenencias en la alcoba de visitas, mientras su hermana la acompañaba sentada en la cama.

—Dijiste que era atractivo, pero no que era irresistible.

—Será que yo lo considero bastante resistible —respondió dándole la espalda, mientras guardaba su ropa interior en un cajón.

—¿De veras? —Angela parecía dudarlo.

—Así es —replicó desafiante.

—Lo dices con demasiado énfasis, hermana.

—De todos modos no me aceptaría ni como obsequio —terminó al colocar sus pantuflas debajo de la cama.

—¿Qué te hace estar tan segura?

—Él lo confesó.

—Vaya, vaya. Supongo que te lo dijo de pura casualidad.

—¿Tiene alguna importancia cuándo y cómo lo dijo? —Natalie la miró furiosa.

—No te angusties, querida. No pienso divulgar tu secreto —aseguró Angela.

—¿Qué secreto?

—Qué estás loca por él —sonrió, condescendiente.

La ira explotó en Natalie. Tan pronto se cerró la puerta entrelazó las manos y dijo en voz alta:

—No me gusta, ¡lo detesto! Un día de éstos le diré a Angela lo que pienso de ella —pero por más impositiva y exasperante que fuese su hermana, nunca se lo diría porque la amaba y la respetaba.

Angela y Adrián pensaban salir a las nueve de esa noche de modo que la cena tuvo que apresurarse. Adrián y Jake simpatizaron y hablaban de política, de impuestos y de lo que tardarían en llegar al aeropuerto de Heathrow a la hora de más tráfico.

—Debemos irnos ya —le dijo Angela a Adrián después de consultar el reloj.

—Si estás lista, partiremos de inmediato, cariño.

—Bueno, baja las maletas —Adrián subió la escalera dando grandes zancadas, Angela vio que su hermana apoyaba la cabeza en sus manos.

—Deja de soñar y desaloja la mesa, Natalie.

—Sí, Angela —respondió poniéndose de pie.

—Apresuraré a Adrián —anunció antes de subir.

—Ahora comprendo lo que dijiste de ella —sonrió Jake mientras Natalie recogía todo—. Es la monarca que supervisa todo, ¿no?

—Sí, pero lo hace en forma agradable —asintió Natalie. Jake la ayudó y ella le sonrió agradecida. De pronto se le ocurrió que se quedarían solos en unos cuantos minutos. Era preciso hallar la

forma de deshacerse de él lo antes posible.

Acababan de dejar los platos en la cocina cuando la voz de Angela los atrajo a la puerta principal. Le dio un beso a Natalie, le entregó una lista de cosas que hacer y le sonrió contenta a Jake. El coche se alejó y Natalie los saludó hasta que dieron la vuelta en la esquina.

—Gracias por traerme. Te veré mañana —le dijo a Jake, sin que él se moviera.

Angela se había hecho cargo de la situación y le pidió a su vecina que cuidase a los niños la mañana siguiente. La idea de Jake de llevárselos a la oficina le pareció absurda.

—Jake, es tarde, de seguro ya tienes que irte.

—Antes dejaremos todo en su lugar.

—Puedo hacerlo sola, no es necesario…

—¿Qué sabes tú sobre lo que es necesario? —la interrumpió.

Natalie dio un paso atrás, alarmada y pálida. Jake le tomó el cabello y la atrajo hacia sí. Sus facciones fuertes mostraban decisión inflexible.

—Juré que jamás te tocaría —murmuró, sin quitarle la vista a la boca de ella. Con una mano la tenía asida del cuello y el beso violento que le dio le dejó la boca dolorida.

—¡Me lastimaste!

—Quiero lastimarte —gruñó entre dientes—. Me encanta hacerlo. Mostrarte crueldad podría convertirse en una costumbre para mí.

—¡Qué cosas tan espantosas dices! —tartamudeó.

—Ya pasamos la etapa de la cortesía convencional —murmuró —. La pasamos aquella noche. En unas cuantas horas experimenté las emociones más fuertes de mi vida.

—No quise lastimarte, Jake —se defendió estremecida recordando.

—¿Lastimarme? —sonrió cruel—. No me lastimaste, querida, me hiciste enfadar al grado máximo. Te dije que ningún hombre permitiría que lo usaran como tú me usaste. Si me hubiese enamorado de ti, habría intentado averiguar verdaderamente por qué caíste en mis brazos.

La tensión del momento era tan fuerte que Natalie prefirió callar.

—¿Estás asustada, no? Deberías estarlo. Estamos solos y pienso quedarme contigo.

Natalie intentó zafarse, pero Jake con fuerza la volvió a atraer hacia sí.

—Quieta, recuerda que mi nombre es Jake. ¡Si escucho otro nombre que no sea el mío vas a saber lo que puedo hacerte!

—Aquello fue involuntario —gimió acongojada—. Estaba confundida y me sentía desgraciada. Lo siento, pero como dices, solo lastimé tu orgullo.

—El ego es en un hombre su parte más sensible —replicó un poco más controlado—. Me asestaste un golpe bajo, querida.

Natalie se tranquilizó al ver que sonreía, sardónico. Gracias al cielo la furia había desaparecido.

—Estoy segura que el daño no durará toda la vida —sonrió tímida e implorante. A pesar de haber estado casada con Angus, sabía poco sobre los hombres. Además, Jake era más complicado que nadie—. Existen muchas mujeres que calmarían tu vanidad. Anthea Redmond estará encantada de hacerlo.

—¿Lo crees? —su rostro se mantenía impasible.

—Ella no guarda el secreto —la mano de Jake se deslizó por su brazo y le trasmitió una carga eléctrica.

—De todos modos, espero que sepas quién soy. Tal vez odies mi agresividad Natalie, pero nunca más me confundirás con nadie.

Sus dedos se deslizaron del hombro a la cabellera la cual tiró para que inclinara la cabeza. Natalie lo miraba atontada, alarmada y con ojos desorbitados. Sabía que la besaría y no podía moverse, estaba hipnotizada. Jake inclinó la cabeza y la forzó a entreabrir los labios. Al besarla con una calidez tan sensual despertó en ella una lánguida sensación de abandono. Poco a poco Natalie le rodeó el cuello. Jake aprovechó para acariciarle el cuerpo hasta detenerse en sus senos. Ella gimió, empezando a ser dominada por la pasión de él.

La mano de Natalie sentía la tensión en la nuca de él. El cabello oscuro se enroscaba en sus dedos y comprendió que jamás confundiría esa cabeza con la de ningún hombre.

Jake la seguía besando y Natalie sentía que esos labios le quemaban la piel. De pronto, él se dejó caer sobre el sofá, arrastrándola consigo. Los dedos fuertes moldearon con delicadeza su cuerpo y parecía ir dejando una estela de fuego a su paso. Natalie consentía en silencio y no protestó cuando le deslizó el vestido por los hombros.

Tenía los ojos cerrados y su cabeza sobre un cojín, solo existía en ese momento para el intenso placer que la invadía. En el momento en que Jake le besó el pecho descubierto escuchó el latido acelerado de él.

—¿Quién soy? —preguntó mientras le acariciaba la piel con los

labios.

—Jake —musitó con voz entrecortada por la fuerte emoción. Él tomó su mano y la colocó sobre su camisa para que sintiese los latidos de su corazón.

—Tócame —murmuró.

Temblorosa, desabotonó la camisa y le delineó la configuración poderosa de su tórax. Apoyando la mejilla contra su pecho le acarició el torso cálido con los labios entreabiertos.

Jake la empujó contra los cojines, tenía la respiración entrecortada y la besaba apasionadamente. Al hacer más íntimas sus caricias, Natalie gimió su nombre con voz ronca por la pasión. Sus cuerpos, se apretaron contra sí. Natalie trató de salir de la pasividad que la mantenía en sus brazos, pero estaba demasiado excitada.

—¿Deseas que me quede? —preguntó y Natalie no respondió—. ¿Lo deseas? —murmuró con una mano en su pierna.

—¡Sí, Jake, sí! —gimió.

Él seguía junto a ella respirando agitado y estremeciéndose. De pronto se incorporó y al abrir Natalie los ojos su corazón se detuvo ante la sonrisa maliciosa e insolente.

—Pensándolo bien, creo que no vale la pena.

Fue un golpe cruel para Natalie. Humillada empezó a vestirse mientras Jake la observaba triunfante.

—Ya mitigué el dolor en mi orgullo lastimado.

—¿Por qué, Jake? —preguntó quedo, pero la pregunta debió ser, «¿por qué me hiciste esto?» Sabía que lo hirió aquella primera noche, pero lo hizo sin querer. En cambio Jake lo hizo con toda premeditación. Todo lo planeó a sangre fría.

—La última vez fui yo el que se quedó con un palmo de narices —dijo iracundo—. Ahora descubriste lo que sentí al salir de tu apartamento con una reacción similar o peor aún quizá.

Natalie apenas se daba cuenta del rencor que le tenía ese hombre. Estaba petrificada y sus facciones, inmóviles. Jake esperaba alguna reacción en ella, pero Natalie luchaba con desesperación por no dejar traslucir su dolor.

—Suplícame que me quede, Natalie. Me quedaré si me lo pides seductoramente. Desde luego, no es a lo que vine, pero me dejaría convencer —la insultó con la mirada—. ¡Ah, sí, podrías convencerme, ya lo creo!

Nada en el mundo la haría ceder. Nadie jamás la había herido y humillado con premeditación. Si dejaba que la tocara de nuevo, moriría. Él la odiaba, se lo veía en los ojos grises y en la boca cruel.

Momentos antes esa misma boca la enloqueció; ahora la detestaba.

—Di algo, lo que sea —murmuró encendido de ira… Natalie lo negó silenciosamente.

No tenía nada que decirle, ni ahora ni nunca. Mantenía la cabeza en alto y su cabellera enmarcaba su rostro sin color. Se levantó y caminó hacia la puerta. La abrió, indicando que deseaba que saliera.

—Puede que tengas razón. Ya obtuve lo que quise. De todos modos, tengo un compromiso con Anthea. Ella también es apasionada, aunque tiene un genio de los mil demonios.

Salió y Natalie escuchó sus pisadas en el pasillo, el abrir y cerrar de la puerta de la entrada, el encendido del motor y el chirrido de llantas. Cuando supo que se alejó, las fuerzas la abandonaron y empezó a estremecerse con violencia hasta que los sollozos brotaron incontenibles.

¿Se habría sentido él igual aquella noche? Se decía que a veces sucede que cuando amputan un miembro, el dolor primero persiste como fantasma durante bastante tiempo. Lo mismo le pasaría a ella.

Atontada, se acercó a la botella de whisky y se sirvió un poco, a pesar de que le disgustaba. Se lo bebió y empezó a recobrar un poco de calor.

A sangre fría Jake premeditó el castigo para vengarse de la humillación que ella impensadamente le infligió, pero ahora estaba tan insensible y dolorida que ni siquiera podía odiarlo.

La ira emergió un poco más tarde al ir desapareciendo el dolor sordo. Tuvo el deseo de matarlo. Ideó varias formas de muerte, pero ninguna le satisfizo. ¡Era detestable! Por desgracia tendría que enfrentarse a él teniendo dos recuerdos vergonzosos. Se cubrió el rostro con las manos. No podría hacerlo.

Él sonreiría y no había nada que ella pudiese hacer para evitarlo. La desnudaría con los ojos. Se puso a pensar cómo evitar el encuentro. Tom podría calmarla, pensó. Marcó el número de su teléfono y él se sorprendió al escuchar su voz.

—¿Tom, te gustan los niños? —inquirió.

—¿Me estás haciendo una propuesta? —rio, bromeando sorprendido.

—No, es para ir al zoológico mañana —replicó simulando calma.

—Repítelo, por favor.

—Esta semana tengo a mi cuidado a los hijos de mi hermana. Te dije que saldría de fin de semana. Sus dos hijitos quieren ir al zoológico y pensé…

—Me encantan los animales —respondió—. ¿Adónde voy por ti?

—Tengo que trabajar mañana por la mañana. ¿Podrás recogerme en la sala de sonido en el primer piso, a eso de las doce treinta?

—Seré muy puntual, querida —prometió.

Al terminar la conversación, Natalie se observó en el espejo. Tenía la mirada extraviada. Tendría que hacer un esfuerzo inaudito para que Jake Lang no lo notara al día siguiente. Con una poca de suerte disimularía la herida moral que él le había hecho.

Al día siguiente Jake ya estaba en la sala cuando entró. Natalie traía puesto un vestido, muy femenino, de seda natural azul claro que realzaba su esbelta figura. El encargado del equipo silbó de admiración y ella le sonrió. Jake tenía la cabeza en alto y una cinta en las manos. Al ver que la miraba sorprendido se rebeló. ¿Qué esperaba el tipo? ¿Que se presentaría arrastrando y sometida? ¡Estaba equivocado!

Natalie tomó el cronómetro y el programa, antes de sentarse al lado del jefe de sonido. Cruzó las piernas, consciente de que ambos la observaban.

—¿En dónde está mi libreto? —gritó Jake.

—En tu cartera, como siempre —sonrió en forma confidencial, mirando en dirección del jefe de sonido.

—Ve por ella —ordenó.

Calmada, Natalie se puso de pie y caminó para traer lo solicitado por él. Jake la siguió con la mirada.

—¿Tienes dolor de cabeza? —inquirió ella simulando preocupación—. ¿Te traigo café y una aspirina?

—Siéntate —murmuró entre dientes—. Tuve una noche de insomnio.

—Es un caso agudo de la mañana siguiente a la noche anterior —murmuró el jefe de sonido.

—Así es —asintió Natalie, con tono irónico.

A las doce treinta en punto Tom entró y Jake lo miró con furia. Luego se volvió hacia Natalie.

—Hola, Jake —saludó Tom alegre, sin darse cuenta del estado de ánimo del otro. Abrazó a Natalie y le preguntó—: ¿Lista, querida?

—Hasta luego —se despidieron.

Pasaron un día agradable en el zoológico, acompañados de los niños. Compraron algunos recuerdos, tomaron helados y observaron temerosos a los cocodrilos, en su jaula de vidrio en el acuario.

—Si tuviese todos esos dientes podría comerme seis comidas —anunció Tony.

—Yo diría que ocho —arguyo Tom.

—O diez —replicó triunfante Tony.

—O una docena —insistió Tom, que no quería ser el perdedor.

—No seas tonto —se burló Tony, un poco enfadado—. De todos modos, mamita no me lo permitiría.

—Eso es cierto —asintió Natalie.

—De todos modos, puedo comerme dos cenas —agregó Tony—. Te apuesto a que sí —y lo hizo. Tom vio cómo se terminaba la tortilla de huevo y las papas fritas de Colin.

—¿En dónde le cabe todo eso?

—En mi estómago, tonto —replicó Tony—. Tengo un dibujo de un estómago.

—Tú debes tenerlo muy grande ¿eh?—le dijo Tom.

—Tiene comida —respondió Tony, señalando su estómago.

—Eres un pequeño monstruo —murmuró Tom riendo—. Me gustaría meterte a la jaula de los cocodrilos.

Cuando regresaron a casa de Angela, Natalie estaba fatigada de tanto simular alegría. Le preparó un poco de café a Tom y se quedaron escuchando una cinta de Billy Daniels. Tom la abrazó y la besó. Natalie se sentía mal, pero no protestó. Nunca podría besar a un hombre sin experimentar esa sensación dolorosa.

Al irse Tom, estaba desprovista de fuerzas y cayó rendida en la cama. No pudo desahogarse derramando lágrimas. Lo mismo le sucedió al enterarse de la muerte de su esposo. Se encogió como si su cuerpo hubiese sido lanzado a una hoguera Volvía a retraerse justo cuando empezaba a vivir sin el lastre que la agobiaba. Jake se encargó de que retornara a las sombras de su mundo vacío.

Capítulo 6

El lunes, Natalie regresó al trabajo sin saber qué sucedería, pero dispuesta a defenderse de cualquier contingencia ya que la enemistad salió a flote. Jake la miraba con rencor, su mal humor era palpable y emergía ante cualquier mínima provocación.

—Hablar con Jake en estos días es caminar sobre un terreno plagado de minas —comentó un miembro del personal—. Le acabo de preguntar dónde estabas y poco faltó para que me hincara los dientes.

—¿Para qué me querías? —Natalie mantuvo su sonrisa calmada.

—El expediente de los esclavos —gimió—. Volví a perderlo de vista. ¿De casualidad sabes dónde está? —Natalie lo halló y el joven salió contento hasta que se topó con Jake. Lo saludó con precaución y se alejó apresuradamente.

—¿Sería pedirte demasiado que trabajes un poco o es que crees que te pago para que te pases las horas flirteando? —dijo, después de golpear la puerta.

Natalie se limitó a bajar la cabeza y proseguir con lo que la ocupaba. Furibundo, Jake se dirigió a su escritorio.

—Haz una reservación en cualquier canal para las siete de la noche —tronó.

—Sí, señor —repuso impasible, deseando que saliera porque su presencia en la oficina la ponía nerviosa. No soportaba saber que se encontraba allí, como un imán que atraía sus ojos hacia el cuerpo esbelto y varonil. Esa lucha requería toda su fuerza de voluntad y la dejaba exhausta.

Se comunicó con la impaciente chica en el departamento de reservaciones y tuvo que esperar a que verificara una y otra vez antes que le confirmara lo que temía.

—No será posible darle un canal a las siete.

Era lo mismo de siempre; todos le solicitaban tiempo en el estudio, tiempo en el salón de ensayos y en los canales de grabación. Natalie estaba acostumbrada a discutir con paciencia, persuasión y ruegos. Emprendió una de esas largas campañas, pero sin resultado. Jake se levantó y le quitó el auricular.

—Escúcheme bien —dijo iracundo—. Quiero un canal, ¿lo comprende? —algo le respondieron—. No me importa un bledo. ¡Lo necesito y me lo dará!

Se lo dieron. Colgó el teléfono de un golpe y miró enfurecido a Natalie. Ella desvió los ojos y continuó con su trabajo. Jake hizo lo

mismo, pero la terrible tensión se sentía en el ambiente como si fuese una corriente eléctrica que todos percibían al entrar en la oficina.

Natalie había quedado de encontrarse con Carol a la hora del almuerzo. Salir un rato de la oficina la calmaba. Ese día se tomó su tiempo y Carol, al darse cuenta de la hora, dijo con pesar.

—Se me hizo tarde. ¿Nos vamos?

—Vete sin mí —replicó Natalie—. Tengo que hacer unas compras.

Carol la miró curiosa, pero no dijo nada. Todos conocían la reacción de Jake Lang ante la impuntualidad, pero Natalie se mostraba tan decidida que Carol se encogió de hombros y la dejó para que se las arreglara sola.

La chica recorrió las tiendas sin ver la mercancía. Llegó a la oficina con una hora de retraso y la esperaban varias personas.

—J.L. está fuera de sí —le dijeron, pero ella ni se inmutó. Terminó de atenderlos y se sentó a trabajar. Intuyó que Jake estaba por entrar y se puso tensa cuando la puerta se abrió de un empujón. Jake se quedó de pie unos segundos, antes de empezar el ataque.

—¿En dónde diablos estuviste?

—Buscando otro empleo —mintió, aunque en realidad eso quiso hacer.

—Debí imaginar que dirías eso. ¡Tu cobardía te hace huir!

—¿Qué esperabas? No seguiré trabajando aquí más de lo necesario —Natalie estaba fuera de sí. La furia le soltó la lengua y se enfrentó a él con altivez—. ¿Te das cuenta de la clase de mala persona que eres? —Notó la sonrisa sardónica en sus labios—. No me refiero solo a tu intento de humillarme sexualmente. Hablo de tu genio endemoniado aquí en la oficina, de tus sarcasmos y mordacidad. Hablo de la forma en que te pavoneas azotando tu látigo contra los que trabajan para ti, incluyéndome a mí. ¿Crees que eso aumenta tu popularidad? Pretendes que trabajemos horas extras, más de lo que exigen los demás, pero eres desagradable con todos. Gruñes y hablas irritado cuando todo sale bien, pero eres imposible cuando algo anda mal. Los demás dicen que estás pasando por una época difícil, porque aunque eres una persona exigente, nunca fuiste el déspota de ahora. Los que se quedan lo hacen por ambición y están dispuestos a soportar cualquier injuria. Mi reserva de paciencia ya se acabó. ¡Odio tu modo de ser! —Natalie dijo la última frase con las manos entrelazadas—. No soporto tu presencia y me iré de aquí en cuanto pueda.

—Vaya, vaya —respondió en forma extraña y con una ceja

alzada—. ¿Conque descubriste que tienes lengua? Debí haberte herido el corazón muy hondo para que reacciones así.

—¡No podrías llegar a mi corazón ni en mil años! —sus manos se crisparon a medida que la furia la dominaba contemplando el rostro burlón.

—No me lances un reto, Natalie —la amenazó—. Estaba seguro que sabías que cuando alguien reta, acepto el desafío.

—No me importa —repuso, ahogándose de ira.

—Cálmate —murmuró con los ojos entrecerrados—. Lo que acabo de presenciar es fascinante.

—¿A qué te refieres? —inquirió haciendo un esfuerzo por sosegarse.

—Verte así. Algo tiene tu rostro calmado que me hace desear arrancarte la máscara que llevas, pero nunca sospeché que tendrías un genio tan explosivo.

—Es la primera vez en mi vida que pierdo los estribos —suspiró —. Solo tú lograste desquiciarme en esta forma.

Jake emitió un sonido extraño, aspiró profundo y fue a detenerse junto a la ventana. Natalie observó su espalda y se preguntó si habría dado en el blanco. Esperaba que así fuera.

—Eres la mejor secretaria que he tenido. En pocas semanas te convertiste en el punto clave del grupo de trabajo. ¿Crees que no me di cuenta de que todos vienen a pedirte consejo y a conversar contigo? Cada vez que entro por esa puerta encuentro a alguien que vino con sus problemas. Las chicas vienen a llorar en tu hombro, los hombres vienen a que los consueles. Para ser una chica tan callada, posees mucho magnetismo. Supongo que los atrae tu aire calmado. Dices poco y escuchas con paciencia. Saben que cuentan contigo.

Jake la sorprendió y no creía lo que escuchó. Todo era cierto, pero nunca, imaginó que Jake estaba al tanto.

—Formamos un buen equipo —murmuró inmóvil. Natalie abrió con asombro los ojos—. ¿No pensaste lo mismo? Dices que azoto el látigo, no lo niego, pero tengo que activar al personal. Cuando ya no lo soportan, se escabullen y vienen a tu lado para llorar en tu regazo. Salen animados y regresan al trabajo. Eres su válvula de escape —se detuvo sin dejar de observarla—. También eres la mía.

Natalie seguía incrédula.

—Por más que me violente, confío en que los calmarás y que regresarán a la normalidad —explicó tranquilo.

—¿Quieres decir que me usas para…? —tenía ganas de golpearlo—. ¿Cómo te atreves? Es lo más…

—¿Vil? —sugirió ante el titubeo—. ¿Despreciable?

—Eres muy bueno con las palabras y eres muy astuto, Jake. Podrás darme en el blanco con tu lengua, pero, ¡no permitiré que me uses en un juego del gato y el ratón con los demás!

—Al diablo, no es un juego —repuso impaciente—. ¿Qué crees qué pasaría si permito que trabajen a su ritmo? Algunos lo harían bien, pero la mayoría se dedicaría a holgazanear. No les gusta trabajar, les gusta divertirse. Necesitan que alguien los presione. Claro, sé que en ocasiones me odian. Tengo la piel resistente y no me inmuto. Además, después de mi trato rudo, tienen a quién recurrir para que los calme. Da resultado. ¿No sabes que desde que estás aquí, llevamos un ritmo mucho más rápido?

Natalie no lo sabía y nunca se le ocurrió.

—No permitiré que renuncies. Te necesito.

—No me importa lo que necesites —replicó, poco convencida. Jake le debilitó su postura al cambiarle la perspectiva. Era tan hábil con las palabras que manipulaba a la gente. En forma absurda logró que ella se sintiese halagada. Cierto o no, parecía que la necesitaba y apreciaba.

—Sí te importa —dijo, acercándose divertido. Natalie no lo miraba de frente, pero su corazón le dio un vuelco al ver ese rostro para ella fascinante.

—A todos nos gusta saber que somos útiles. Sé que te daría mucho gusto dejarme plantado sabiendo que eres indispensable, pero no lo harás por los demás, ¿verdad Natalie? Eres demasiado bondadosa y tienes un gran sentido de responsabilidad. Te importa lo que le pasa a la gente. Me dijiste que tu hermana era impositiva, pero no lo mucho que ella te necesita.

—¿Angela? —eso era imposible.

—Sí, Angela. Me di cuenta de lo apoyada que se siente contigo y su esposo. Claro que los regaña y los hace trabajar. Noté la alegría en su rostro cuando llegaste, y vi cómo le sonreía a su esposo. Todos dependemos de los demás, Natalie. El equipo de la oficina te necesita y no puedes defraudarlos, ¿verdad? —Sus ojos mostraban malicia—. No los abandonarás a mi merced, dejándolos desprovistos de tu dulce y silenciosa protección.

—Eres un ventajoso —dijo quedo y confundida por la expresión en el rostro de Jake. La crueldad que le mostró en casa de su hermana se desvanecía poco a poco.

—Está bien, ódiame, pero no te vayas.

Natalie seguía titubeando, indecisa y él le levantó la barbilla.

—¿Quieres que me disculpe? —Hizo una mueca—. Me porté muy mal y lo siento. Tendrías que ser hombre para darte cuenta de

la cicatriz que me dejaste la primera noche. Me ha tenido malhumorado y el tenerte aquí en la oficina no permitió que lo olvide. Ansiaba la venganza. Ser cruel contigo fue como un cauterizador candente en la herida. Eliminó el dolor.

¿Así que Jake curó su dolor al castigarla? Él se sintió humillado y tuvo que humillarla a ella también.

—¿Hacemos borrón y cuenta nueva? —inquirió, tratando de interpretar lo que Natalie sentía—. Repito, nos complementamos en el trabajo. Me eres indispensable aquí y no quisiera perderte. Seremos tan solo compañeros de oficina, me doy cuenta de ello, pero será en armonía si olvidamos lo sucedido.

«¿Olvidar? ¡Nunca! ¿Acaso él pensaba que sería fácil? Ningún hombre la trató tan mal», pensó Natalie llena aún de resentimiento hacia él.

—Por Dios, mujer, di algo. ¿Lo intentarás?

—Como compañeros —murmuró.

—Solo eso —asintió severo—. Ninguno de los dos desea más que una relación calmada en el trabajo. Podré olvidar si tú lo haces también.

¿Podría hacerlo? Natalie no estaba segura. El trabajo le gustaba, Jake le había conferido un voto de confianza al otorgarle tantas responsabilidades. Y aunque todo lo que acababa de decir no era más que un halago, sintió que fue un bálsamo para su lastimado orgullo.

—De acuerdo, lo intentaré.

—Perfecto —se enderezó y se alejó—. Dame la sincronización del segundo programa. Quiero verificarla contigo.

Era increíble ver con qué rapidez Jake cambiaba de lo personal a lo impersonal. Encontró el expediente y se sentaron a proseguir con el programa. A los diez minutos Natalie estaba tan ensimismada que olvidó la escena anterior.

La explosión de ese día cambió por completo sus relaciones. Jake parecía más calmado, menos excitable. Aunque seguía con su ritmo de trabajo, era más razonable. Insistía en exigir el mejor esfuerzo de su personal, la tormenta había pasado y todos se dieron cuenta del hecho.

Casi toda la película se filmó en África, pero faltaban algunas secuencias que habrían de hacerse en Europa. Algunas escenas ya filmadas quedaban pendientes para ser intercaladas al final.

—Nos ocuparemos de esto cuando lo demás tenga forma. Tendremos que viajar a Bélgica y Francia y tal vez a Holanda.

A partir de ese día Natalie llegaba a casa menos cansada. Veía a

Tom con bastante regularidad ahora. Era un compañero que la relajaba y le caía bien. Nunca sondeó su ser como lo hizo Jake. Le bastaba con conocerla superficialmente y le halagaba ver que ella causaba admiración. Él hablaba y Natalie escuchaba y si eso no la satisfacía, Tom nunca lo notó. Era buen amigo, bondadoso, jamás se disgustaba. ¿Qué mujer sería tan tonta de preferir a un hombre que iba de un extremo al otro en la gama de emociones, hiriendo y lastimando a su paso? ¿A un hombre que no permitiría a nadie un momento de tranquilidad a su lado? Natalie no lo haría. Ese tipo de cariño dejaría cicatrices. Ya tenía dos y le bastaban. Sin embargo, Anthea Redmond no parecía haber sufrido y Jake parecía tranquilo a su lado. Natalie los veía en la cafetería, saliendo juntos del trabajo. Alguien le comentó que se hacían apuestas.

—¿Apuestas? —preguntó, aunque de inmediato se dio cuenta de que no quería saberlo.

—Sí, en cuanto a la duración del romance o si terminará en boda. Anthea parece segura de que se casarán, pero Jake Lang es un pájaro que no se dejará atrapar. Se ha librado de ese tipo de lazo y seguirá haciéndolo —Natalie se encogió de hombros—. Sí, ya sé, te es indiferente, pero Anthea es la chica más envidiada en la compañía.

—No tiene que trabajar para él —replicó, sombría.

—Eso es cierto. La verdad es que desde que estás aquí, las cosas han mejorado. Tú calmas a la bestia salvaje.

Cuando el joven salió, Natalie se quedó con la vista perdida en la máquina de escribir. De modo que calmaba a la bestia salvaje. ¡Qué poco sabían!

El verano se presentó perezoso y somnoliento y los londinenses lo disfrutaron con deleite. Se pasaban las horas recostados en los prados de los parques, los policías traían las mangas alzadas, las chicas vestían prendas de playa y los hombres llevaban la camisa abierta. La vida en las entrañas de Metrópolis era la muerte. El calor era opresivo en los estudios y en las oficinas. Nadie tuvo energía o entusiasmo para trabajar duro cuando la temperatura llegó a los cuarenta grados.

Un sábado por la mañana Natalie y Jake se pasaron dos horas tratando de eliminar partes de la cinta. Era difícil porque todas parecían ser indispensables.

—Lo dejaremos como está —anunció Jake sombrío.

Subieron en el ascensor y salieron en la planta baja. Los ventanales brillaban como diminutos cristales y Jake se protegió los ojos con la mano.

—¡Dios santo, qué calor! Pagaría cualquier precio por pasar unas horas junto al mar.

—Entiendo muy bien —suspiró Natalie, cerrando los ojos. De inmediato imaginó el agua azul y la arena en las playas—. La gente debe haberse volcado allá, todo está lleno, según dicen los periódicos.

—Eres una realista insufrible —murmuró—. ¿Te llevo a casa?

—Gracias —aceptó y lo siguió al estacionamiento.

—¿Vas a ver a Tom hoy?—preguntó, dentro del coche.

—Está en Bruselas —le recordó—. Prepara un reportaje sobre el Mercado Común.

Tom iba y venía como paloma mensajera. Su tipo de trabajo lo requería y a Natalie le convenía ya que se ausentaba con frecuencia.

—Sé de una piscina solitaria —murmuró Jake.

—En un día como éste no lo estará seguramente.

—Te aseguro que sí. Mi madre tiene una en su jardín.

—¿Tu madre? —inquirió sorprendida.

—¿Pensaste que no tenía madre? Supongo que imaginaste que me moldearon con alambre de púas y concreto.

—Algo parecido.

—Por extraño que parezca, tengo madre y padre. Él es abogado, pero ahora se dedica a cultivar rosas, miles de rosas. Y mi madre sí tiene piscina.

—¿Estarán en casa? —lo miró sospechosa.

—Sí, pajarillo cauteloso, ambos están en casa y me esperan para el almuerzo. Te invito.

—No podría. No puedes llegar con un invitado inesperado.

—¿Por qué no? Habrá suficiente comida, además ellos quieren conocerte. Iremos a tu apartamento para que recojas tu traje de baño. Pasaremos la tarde refrescándonos.

Natalie suspiró, atraída por la estupenda idea. Si se quedaba en casa asearía y ordenaría el apartamento. Si le quedaba tiempo contestaría cartas. Estaría sola.

—Acepta. Presiento que te agradará mi madre y de seguro, le gustarás a mi padre. Es experto en belleza, sobre todo la silenciosa. Por eso lo enloquecen las rosas. La casa y el jardín están llenos de ellas. Insistirá en mostrarte las preseas y copas que ganó con sus hermosos ejemplares. Ya me encargaré de apartarte de él antes que te aburra. Pasarás unas horas deliciosas en la piscina.

—¿Por qué tiene piscina tu madre? ¿La usa mucho?

—Nada todos los días —asintió serio—. Hace veinte años tuvo polio. Creímos que moriría, pero salió adelante gracias a los

esfuerzos de mi padre. No permitió que se nos fuera. Quedó paralizada y un terapeuta le recetó la natación para fortalecerle los músculos. Le tomó varios años volver a caminar y lo hace con una leve cojera.

—¿Cómo pudo nadar estando paralizada? —preguntó Natalie, conmovida e interesada.

—Mi padre la colocaba en el agua y la sostenía. Por mucho tiempo solo logró flotar, poco a poco empezó a recuperar algo de movimiento. Tardaron años, pero por Dios, valió la pena.

—Por lo visto tus padres son maravillosos —comentó con sinceridad.

—¡Dilo! —sonrió divertido.

—¿Decir qué?

—Que no te imaginas cómo tuvieron un hijo como yo.

—No puedo —dijo al llegar al edificio donde vivía.

El sentido común le aconsejaba que no fuese. Habían fomentado una buena relación en el trabajo, sería peligroso iniciar algo más personal. Jake se dio cuenta, pero no dijo nada. Natalie levantó los ojos al candente cielo azul e imaginó el agua fresca sobre su acalorado cuerpo. Era tentador.

—Deja de luchar —le ordenó—. Será placentero conocer a mis padres y tú necesitas un buen descanso, has trabajado muy duro. Tranquila, muchacha.

—Está bien.

Una hora más tarde el coche daba la vuelta para entrar por una reja verde y seguir lento por el camino privado entre arbustos de rododendro en flor. Al detenerse frente a la fachada, una puerta en medio de la terraza techada se abrió y tres perros corrieron ladrando. Jake salió del coche y los animales brincaron para lamerle las manos. Era evidente que lo adoraban.

—Quietos, desobedientes —les dijo, fingiendo severidad.

—Como de costumbre, llegaste tarde —dijo una voz cálida y Natalie se volvió para ver a una pequeña mujer en la terraza.

—Adivina a quién te traje, mamá —dijo Jake después de besarla e indicando a Natalie.

—De modo que tú eres Natalie —dijo la delgada mujer con una sonrisa amable en los labios ¿Cómo conocía su identidad?

¿Le habría dicho Jake que la traería? Entonces, no debió obrar por impulso.

—Soy Elizabeth Lang, la madre de Jake —continuó la voz agradable—. Puesto que mi hijo mal educado no nos presentó debes llamarme Elizabeth y no señora Lang. Siento que te conozco bien y

no hay necesidad de ser formales —Natalie no pudo ocultar su sorpresa.

—Jake habla bastante conmigo. Sé que en esta época no es usual que los hijos le hagan confidencias a sus madres, pero creo que se habituó a hacerlo cuando estuve tan enferma. Yo me aburría en mi alcoba y Jake regresaba a contarme todo lo que le sucedía a diario en la escuela. Él y su padre me salvaron la vida al traerme el mundo a mi lecho cuando yo no podía salir a verlo.

—Nunca me habló de ello —confesó Natalie—. Me dijo que fue su padre el que le dio ánimos para luchar por seguir adelante.

—Ambos entablaron una lucha encarnizada —confesó Elizabeth. La mujer pequeñita tenía el cabello gris, largo y fino, y lo llevaba peinado en un moño sobre la nuca.

La señora Lang hizo una pausa y luego cambió el tema:

—Tu padre está molesto por tu tardanza. El almuerzo está preparado desde hace media hora. Le dije que era a causa del tránsito, pero él siempre se impacienta —Natalie sonrió y Elizabeth agregó—: Ah, sí, Jake heredó el temperamento de su padre. A veces siento lástima por mí al estar entre ellos dos.

—Espero que mi visita no sea inoportuna —dijo Natalie, mientras caminaban al lado de la casa para llegar al jardín.

—En lo absoluto —aseguró Elizabeth quien se movía con agilidad, aunque se le notaba una leve cojera—. Hay suficiente ensalada, huevos duros y ternera fría. De haber sabido que Jake te traería, habría preparado algo especial.

—Con este clima lo único que se apetece es una ensalada —se detuvo para aspirar la celestial fragancia del jardín—. ¡Dios mío! ¡Qué hermoso! —Sus ojos recorrieron hilera tras hilera de rosales en flor cuyo perfume se esparcía en ese día caluroso de verano—. Jake dijo que tenían muchas rosas, pero nunca imaginé que serían tantas.

—Mi esposo es exagerado —replicó Elizabeth—. Le gustan las rosas, así que las cultiva por miles. Dudo que sepa cuántas tiene. Sin embargo, si le pido permiso para cortar una o dos para la casa, se enfurece. Temo que los hombres de esta familia son muy posesivos.

—Las rosas pertenecen al jardín, no a los jarrones —dijo una voz grave y todos se volvieron hacia el recién llegado.

Natalie lo observó con curiosidad. A primera vista habría adivinado que era el padre de Jake. Era la misma imagen del hijo. De cuerpo esbelto y bronceado. Tenía el cabello canoso como el de su esposa, pero grueso y tupido como el del hijo. Se les acercó, vestido de pantalones viejos y una camisa de cuello abierto. Le sonrió a Natalie sin mostrar curiosidad. Los ojos eran de un gris un

poco más claro que los de Jake.

—Papá, te presento a Natalie —dijo Jake, tomándola del brazo.

—Sus rosas son exquisitas y el aroma celestial —dijo ella al estrecharle la mano.

—Sí, es cierto —asintió sin mostrar modestia—. ¿Te gustan las rosas?

—Mucho, mi padre también las cultiva, pero su jardín es pequeño. Le encantaría ver el suyo.

—Espero que algún día venga a verlo —sonrió y miró a su hijo —. Llegaste tarde. ¿En dónde diablos estuviste? —Natalie pensó que hablaba con brusquedad. Era increíble lo mucho que se parecían padre e hijo.

—Lo siento —repuso Jake—. El tránsito fue intenso y tuve que llevar a Natalie a su departamento para que recogiera su traje de baño —le sonrió a su madre—. La convencí al prometerle que nadaríamos después del almuerzo.

—Pero no de inmediato después de comer —intercaló Elizabeth —. Un poco más tarde.

El almuerzo fue calmado y estuvo delicioso. Comieron en la terraza, protegidos del sol por una gran sombrilla. El aroma de las flores y el trino de los pajarillos le dio encanto a la comida. Elizabeth y George Lang hablaron con Jake y Natalie escuchó sin decir gran cosa. Estaba tranquila y contenta. Se sentía menos calor. De vez en vez alguien la miraba y ella sonreía sin darse cuenta de que su gesto era la misma dulzura.

Jake habló de su trabajo y, en ocasiones, la mencionaba a ella. George conversó sobre la última exposición floral donde se llevó algunos premios. Elizabeth comentó el libro que estaba leyendo y el bordado que había iniciado.

Natalie ofreció ayudar con la loza y Elizabeth aceptó agradecida. Recogieron los platos sucios mientras los hombres hablaban. Era impresionante ver el lazo tan estrecho entre padres e hijo. Aquí, Jake era del todo diferente al hombre exigente de la oficina. Hablaba con calma y se veía tranquilo.

—Cuéntame algo sobre tu vida —le sugirió Elizabeth en la inmaculada cocina moderna. Los módulos eran verde claro y las manijas cromadas; las persianas amarillo delicado. Natalie pensó que sería agradable trabajar en ese ambiente acogedor.

—Es difícil, Elizabeth. No sé por dónde empezar.

—Tu matrimonio —dijo con franqueza y Natalie se inquietó.

Hacía semanas que no pensaba en el dolor de haber perdido a Angus. La bruma pasada en la cual vivió se había despejado. Lo

recordaba con tristeza, pero la agonía había desaparecido. Angus siempre sería parte de su pasado, pero su presente y futuro eran de ella sola.

—¿Jake te lo mencionó?

—¿Te molesta que lo haya hecho?

—No estoy segura —todo dependía de cuánto les habría dicho.

—¿Todavía te duele?

—Ya no tanto —replicó nerviosa—. Creo que me estoy acostumbrando a vivir sin él. Dieciocho meses es mucho tiempo. Nos conocimos dos años… casi el mismo tiempo desde que murió.

—¿Cómo era?

—Parecido a Jake, tanto en el físico como en personalidad. Fuerte, decidido, inteligente. Nunca supe qué vio en mí.

—¿Fueron felices?

—Mucho —los ojos de Elizabeth se desviaron y frunció la frente. Natalie se volvió justo en el momento en que la puerta de la cocina se cerraba—. ¿Fue Jake? —estaba casi segura que lo fue y le molestaba pensar que pudo haber escuchado la conversación.

—Sí —asintió Elizabeth cautelosa—. ¿Cómo te llevas con Jake en la oficina? Creo que no debe ser fácil trabajar con él.

—Así es.

—Es idéntico a su padre. Ambos son exagerados y posesivos al grado de enfurecerse, pero también son muy románticos.

—¿Jake, romántico? —no lo podía creer.

—Lo oculta mejor que su padre, pero sí es romántico, es un soñador bajo ese exterior de dureza. Tiende a serlo, aunque insiste en que es un fanatismo despreciable —rio—. Se burla del amor que su padre le profesa a las rosas, pero tiene la misma tendencia de aferrarse a algunas cosas —Natalie recordó esas palabras cuando George le mostraba el jardín.

—Llévate algunas rosas a tu casa —le dijo, notando el placer que Natalie experimentaba—. ¿Cuáles te gustarían?

—Las aterciopeladas, rojo oscuro.

—Pensé que pedirías las blancas. Se parecen a tu hermoso cutis, querida —sonrió y Natalie se sonrojó.

—¡Ya la monopolizaste bastante! —exclamó Jake, cuando se reunieron con él y su madre. Natalie se sorprendió al ver que Jake se ruborizaba ante la mirada perspicaz de su padre—. ¿Nadaremos o no?

Juntos caminaron a la piscina. Los padres de Jake se quedaron en la terraza. El agua azul era invitadora. Natalie se cambió en una caseta y al salir se cohibió por la mirada de admiración de Jake.

Traía un traje blanco de una pieza.

—Muy discreto —se burló antes de meterse a cambiar. Natalie se metió en el agua, suspirando de placer al sentir que su cuerpo se refrescaba.

En ése momento Jake se echó un perfecto clavado y Natalie sintió unas extrañas palpitaciones en su ser al ver esa figura varonil. Salió a la superficie al lado de Natalie y se alejó nadando. Natalie flotaba con los ojos cerrados y gozaba de la pereza que la invadía, mientras el sol le acariciaba el cuerpo húmedo.

Jake la hizo sobresaltarse al aparecer debajo de ella y tirarle de los pies para sumirla.

—¡Me asustaste a morir! —gritó, al salir a la superficie y quitarse mechones de cabello, mojado de los ojos.

—Te hace bien que te sacudan de vez en cuando —le contestó con intención—. Te dejas llevar por los castillos en el aire que a mí tanto me molestan.

—Nadie que trabaje contigo necesita que lo sacudan —repuso—. Tu temperamento explota al menor contratiempo.

—Me agrada que lo hayas notado.

Se mantuvieron juntos y Natalie no pudo evitar recorrerle con la vista esos músculos en los hombros y el pecho. El sol había secado parte de su cuerpo que ahora brillaba moreno. Le dieron ganas de tocarlo. Jake entrecerró los ojos y parecía adivinarle el pensamiento. Natalie esquivó la mirada con cautela.

Jake la tomó de un mechón de cabello.

—¡Me lastimas!

—Te dije que me agrada lastimarte.

Natalie se estremeció por el tono en su voz. Hacía semanas que sus relaciones eran calmadas y no deseaba que la tregua se terminara. Al parecer, el peligro seguía latente. Jake tenía asido su cabello y de pronto la haló de modo que Natalie quedó con el rostro hacia arriba mientras flotaba. Él inclinó la cabeza y la besó con crueldad. La boca despiadada le hizo daño. Lo empujó con las manos, pero se le resbalaron por la humedad. Jake la abrazó sin apartar su boca de los labios de Natalie quien terminó por corresponderle, indefensa.

De pronto sintió miedo al recordar que el amor que le tuvo a Angus nunca la hizo perder los sentidos en esa forma. Sus sentidos pulsaban mientras le acariciaba la cabeza húmeda. Nunca creyó posible que hombre alguno la hiciese reaccionar con tanta violencia. Nunca creyó ser capaz de desear con tanta fiereza. Fue ese pensamiento el que la despertó a la realidad.

—No —gimió y se apartó nadando. Jake no la siguió. Natalie salió y corrió a cambiarse. Cerró la puerta con dedos temblorosos. La invadió un sentimiento de traición. Deseaba a Jake con una necesidad que la avergonzaba. El recuerdo de Angus no se interponía más. Jake dominaba sus pensamientos sus sentimientos, su cuerpo. Temblorosa, se sentó en el asiento y miraba abstraída el charco de agua que dejaron sus pies.

—*¡Dios mío,* —pensó—, *estoy enamorada de él!*

Un gran desconcierto la invadió al darse cuenta de ello.

Capítulo 7

¿Cómo sucedió? ¿Cuándo? Natalie seguía sentada, temblando y buscando en su memoria el momento en que ese sentimiento se apoderó de ella. No fue aquella primera noche. Angus llenaba todos sus recuerdos. Jake tan solo fue una sombra parecida al hombre que necesitaba y deseaba. En algún momento, después de aquello, empezó a sentirse atraída por él. La noche en que la acarició en casa de Angela, ella le correspondió sin pensar en Angus, pero todavía no estaba enamorada de él. Le correspondió por instinto físico que murió ante el cruel y humillante rechazo.

Su participación emotiva empezó aquella noche. Estaba segura. Jake le dio una sacudida moral y por algún motivo la revivió. El sueño vacío en que la dejó la muerte de Angus desapareció en aquellos momentos. Poco a poco, a partir de entonces, empezó a enamorarse de Jake. La semilla debió existir la primera noche que lo vio, pero nunca la reconoció por lo que era, y el trato que le dio Jake la hizo crecer como por arte de magia. El odio que creyó tenerle fue el lado confuso de una emoción que la fue invadiendo.

Natalie se cubrió el rostro con las manos húmedas y temblorosas. Estaba loca. ¿Cómo podía estar enamorada de Jake Lang? Era algo absurdo y sin lógica ninguna.

Se sobrepuso, se secó y se vistió, estremeciéndose tanto que los dientes le castañetearon. Al salir, el sol la cegó por un momento. Jake salió de la piscina y se dirigió hacia ella, dejando un rastro mojado a su paso. Natalie evitó mirarlo a los ojos.

—Me adelantaré —anunció, simulando calma.

—Natalie, lo siento —la tomó del brazo con suavidad. Ella lo miró cautelosa—. Prometí no tocarte, pero eres tan hermosa que no puedo controlarme. Las mujeres bellas son una tentación que no resisto.

—Pues, inténtalo —se zafó y alejó. *¡Maravilloso!*, pensó furiosa. Él de seguro creía que la halagaba diciéndole que era bella, pero su trato no era un cumplido. Tenía fama de enamorado. Bastante se habló de él antes que regresara de África. Anthea Redmond podía ser su digna adversaria porque tenía la piel dura como la de un elefante. A Jake le costaría trabajo deshacerse de ella en caso de desearlo. Eso le agradó a Natalie. Sin embargo, se mordió el labio porque no tenía caso mentirse. No le producía alegría, sino disgusto. No soportaba pensar que él podría tocar a otra mujer.

Elizabeth trató de persuadirla de que se quedara a cenar, pero

Natalie alegó tener urgencia de regresar. A Jake le dijo lo mismo.

—Te llevaré —asintió impávido.

—No hace falta —replicó de inmediato. Puedo pedir un taxi. Tu fin de semana se arruinará con tantas idas y venidas.

—Yo te traje y por lo tanto te llevaré de regreso —dijo con brusquedad.

—No dejes de volver pronto —la invitó Elizabeth, pensativa.

George Lang le entregó un enorme ramo de rosas rojas que despedían un olor delicioso. Se lo dio y le presentó una rosa blanca.

—Es usted muy amable —murmuró, acercándose la rosa blanca a la nariz—. ¡Qué aroma tan delicioso!

Jake colocó el ramo de rosas en el asiento trasero y Natalie se quedó con la rosa blanca en la mano. Durante todo el trayecto Jake no dijo nada. Natalie estaba sentada a su lado y la brisa le refrescaba el rostro. Al llegar al edificio de su apartamento, Jake la miró, apoyado en el volante.

—Gracias por haberme acompañado. Siento haber echado a perder tu día. Me habría gustado que te quedases a cenar.

—De todos modos te agradezco la invitación. Fue muy agradable conocer a tus padres —dijo la joven mientras jugueteaba con el tallo de la flor.

—A ellos les encantó conocerte —se inclinó para tomar la rosa y acercársela al rostro. Natalie vio que su boca se posaba en los aterciopelados pétalos y que aspiraba su perfume. Luego él levantó los ojos para mirarla y le deslizó la rosa por su mejilla ardiente hasta que tocó su boca. El corazón de Natalie empezó a latir con frenesí. Bajó la cabeza ruborizada.

—No permitas que mi estupidez arruine, la relación que entablaste con mi madre —dijo amable—. Pocas veces se siente atraída por la gente y tú le gustaste desde el primer instante. Estaba seguro de que se caerían bien. ¿Irás a visitarla de vez en cuando?

—Me gustaría hacerlo, me parecieron unas personas encantadoras.

—Mi madre necesita tu dulzura tranquila. Ambos llevan una vida demasiado apacible y tú encajas muy bien en el ambiente familiar.

Ya no podía soportarlo. Empujó la portezuela y Jake se dio la vuelta para ayudarla a salir. Le colocó el ramo en los brazos y se despidió.

Más tarde, Natalie admiró los tres floreros llenos de rosas que perfumaron deliciosamente el apartamento. La amabilidad de Jake era más difícil de soportar que su agresividad. Él no la deseaba para

sí, la deseaba como amiga de su madre. Torció la boca.

«No», pensó, la deseaba y se enteró de ello cuando la abrazó en la piscina. Pero era un deseo físico que ella no estaba dispuesta a saciar, aunque al mismo tiempo calmara sus propios deseos.

Pensó que sería difícil verlo el lunes, pero tuvo tanto trabajo que casi no notó su llegada. Regresaron a la indiferencia con toda facilidad.

Tom regresó de Bruselas y le trajo una preciosa muñequita típica con traje regional. La tenía sobre su escritorio cuando Jake entró en la oficina. La vio y la levantó.

—¿Tom? —inquirió y ella asintió—. Supe que regresó —dejó la muñeca descuidadamente en el borde del escritorio, pero se cayó y el rostro de porcelana se rompió al golpearse contra el cesto de metal.

—¡Ay! —exclamó antes de correr a recocerla.

—¿La rompí? Lo lamento —dijo desconsolado—. Te conseguiré otra.

—Olvídalo —mintió, llena de tristeza.

—No puedes guardar una muñeca con la cabeza rota —Jake la tomó y la tiró dentro del cesto—. Te conseguiré una igual. Tom nunca se enterará.

Ella lo miró incrédula. Jake salió de la oficina y empezó a gritarle a uno de los empleados. Natalie se inclinó para recoger a la muñeca y desconsolada vio que tenía la nariz llena de tinta de papel carbón y que su vestido estaba manchado de ceniza. ¡Pobre muñequita! Tom se molestaría si la veía, así que la ocultó en su bolso. Cuando Jake regresó no vio el juguete en el cesto y la miró inquisidor. No dijo nada y Natalie tampoco. Siguieron trabajando mientras el teléfono sonaba y la gente entraba y salía. Al salir de la oficina Natalie fue con Tom al cine y no le comentó sobre la suerte que corrió su muñeca.

Unos días después, Anthea Redmond entró en la oficina cuando Natalie se encontraba sola.

—¿Está Jake? —le hizo un gesto que trataba de ser una sonrisa.

—No, lo siento. Tuvo un compromiso para almorzar y no regresará sino hasta las tres y media.

—Bueno, lo veré más tarde —encendió un cigarrillo y por su actitud, parecía que no se iría pronto.

—¿Sigues saliendo con Tom Leyton?

—Sí —asintió Natalie con frialdad.

—Me parece bien, siempre y cuando dejes en paz a Jake —dijo con dulzura.

—Lo dejaría en paz en una isla desierta —replicó con acritud.

—Eres una chica extraña —replicó antes de salir.

Natalie trabajó hasta tarde y Jake regresó a las siete con una expresión tan furibunda que Natalie se encogió instintivamente. Hacía mucho que no lo veía tan alterado.

—Vete ya a casa. Tom debe estar esperándote.

—No, porque tomó el avión para Estocolmo a las dos. No regresará sino hasta dentro de una semana —recogió sus cosas y se puso de pie.

—¡Qué lástima!

—¿Pasa algo malo? —preguntó cuando debió salir.

—¿Qué podría ir mal? —inquirió molesto—. Todo marcha a la perfección.

No tenía caso calmarlo y Natalie se dirigió hacia la puerta. Jake le daba la espalda y no se despidió de ella.

Natalie estaba descansando en la bañera cuando escuchó el timbre del teléfono. Lo habría ignorado, pero era tan insistente que salió del agua y se envolvió en una toalla.

—¿Te llevaste las hojas de los horarios? —rugió él al otro lado de la línea.

—¿Qué? —preguntó desconcertada.

—Por Dios, cómo puedes ser tan distraída, ¿te las llevaste a casa? —su ira aumentaba.

—¡No me hables así! —gritó a su vez.

—Y tú, ¿quién diablos crees que eres para gritarme? —inquirió furibundo.

—Soy un ser humano a quien están faltando —replicó furiosa.

—Natalie, ¿tienes los horarios? —volvió a preguntar ya más calmado.

—No lo creo, pero iré a ver en mi bolso.

No estaban en el bolso, estaban entre sus revistas. Recordó haberlas recogido antes de salir apresurada de la oficina. Sin querer se las trajo.

—Lo siento, sí las tengo. Me las traje por accidente. Las llevaré mañana.

—Las necesito ahora —replicó.

—Acabo de salir de la bañera —protestó—. No puedo regresar a la oficina.

—Entonces, iré por ellas —repuso y colgó el aparato.

¡Qué hombre más exasperante! Algún día le daría su merecido. Se secó y se puso un vestido de lino azul. Acababa de secarse el cabello con la secadora cuando el timbre sonó sin interrupción.

—¿En dónde están? No dispongo de toda la noche. Estoy trabajando.

—Eso es lo malo contigo —murmuró—. Deberías descansar de vez en cuando. Son casi las diez. Debes haber trabajado doce horas sin parar.

—Sé contar —repuso en tono desagradable—. ¿En dónde están esas malditas hojas?

Natalie se dio la vuelta para ir por las hojas y Jake cerró la puerta sobre la cual se apoyó con los brazos cruzados.

—¿Cenaste? —le preguntó ella al regresar con los horarios en la mano—. Tal vez se te bajó el azúcar en la sangre. Descansa mientras comes y luego prosigues.

—La cafetería estará abierta hasta las doce.

—Puedes cenar en cualquier parte —protestó.

—¿Me estás ofreciendo que cene aquí?

—Podré prepararte algo sencillo —se encogió de hombros, porque no fue eso lo que tenía en mente.

—Tu apartamento será lo más parecido a una isla desierta, ¿no lo crees?

—¿Qué?

—¿Ya olvidaste lo que dijiste? —la miraba con furia mal disimulada.

Recordó que eso fue lo que dijo a Anthea. De seguro la otra lo interpretó y relató a su manera.

—Lo siento, Jake. Me hizo enfadar y le dije lo primero que se me ocurrió.

—¿Por qué te hizo enfadar? —la miraba atento y ella enrojeció.

—Me advirtió que te dejase en paz —decidió decirle la verdad.

—¿Y eso te sacó de tus cabales?

—No me gusta que me ahuyenten como si fuese una intrusa en propiedad privada —explicó—. ¿Piensas casarte con ella?

—Pues… he pensado en esa posibilidad —aceptó, con las manos en los bolsillos del pantalón y un cierto aire de indiferencia.

—¿Qué te gustaría cenar? —simuló no estar afectada por el comentario—. Puedo prepararte una ensalada o una tortilla de huevo.

—Una tortilla de huevo será suficiente —la siguió a la minúscula cocina—. Ya que lo mencionaste, estoy muerto de hambre —observó cómo sacaba los huevos, y los rompía antes de batirlos con el tenedor en el tazón. Al estar ella echando un poco de mantequilla en la sartén, agregó—: La próxima vez que Anthea te provoque no le digas algo que pueda repetir.

—Lo siento —repuso mientras daba vuelta, con habilidad, a la tortilla.

—¿Planeas casarte con Tom? —le tocó la espalda deslizando la mano por la curva de su cuerpo.

—No me lo ha pedido.

—No te salgas por la tangente. Sabes que te lo propondría si le das aliciente.

—¿Tan fácil es? —rio al servir—. ¿Puedes imaginar que yo le sugiera que me lo proponga?

—No tendrías que hacerlo —se sentó y Natalie le colocó el plato antes de regresar a la estufa para preparar el café. Jake empezó a comer con gran deleite—. Eres magnífica cocinera, además de otras cosas.

—Me gusta cocinar —colocó dos tazas en la mesa.

—¿Cocinaste para él?

—¿Para quién?

—Para tu marido —tenía los ojos entrecerrados.

—Sí, por supuesto.

—Se te está pasando, ¿verdad? —Jake bajó la cabeza hacia el plato vacío.

Natalie no respondió y con fijeza observaba la cafetera, ya que no sabía dónde mirar ni qué decir. Jake se reclinó en la silla, la cual crujió con su peso, y se estiró perezoso.

—Contéstame —insistió.

—¿Negro o con crema? —preguntó y apagó la lumbre.

—Negro, tengo que trabajar.

—Deberías descansar. ¿Importa si terminas esta noche o mañana? ¿Por qué trabajas tanto?

—No puedo evitarlo, no acepto las cosas a medias.

«Como si no lo supiera», pensó al servir el café para ambos. A la taza de ella le echó un poco de crema. Jake aspiró el aroma del café con los ojos cerrados.

—Para mí sigues estando medio muerta, aunque lo otro se te está pasando. Lo que necesitas es una aventura amorosa y no me refiero a la relación tibia que llevas con Tom Leyton. Él no afecta para nada tu equilibrio emocional.

—¿Qué te hace estar tan seguro? —preguntó tranquila, a pesar de que el pulso se le aceleró.

—No estoy ciego —Jake levantó los párpados y Natalie vislumbró el brillo que había en sus ojos. Parecía estar divertido—. Si me lo permitieras, podría hacer que lo olvidaras.

—¡Bébete el café antes que se enfríe! —dijo nerviosa.

—Sabes que podría hacerlo —murmuró—. Ya lo demostramos. ¿Todavía te recuerdo a él?

—No —murmuró entre dientes.

—¿Aun en la oscuridad y dándote la espalda? —seguía burlándose.

Natalie lo negó con la cabeza. Reconocería a Jake a un kilómetro de distancia y de espaldas. No podía creer que alguna vez pudo confundirlo con otro.

—Eres emocionalmente anémica. Necesitas una buena transfusión de sangre roja y vivificante.

Natalie sentía la boca seca y un nudo en la garganta. Se puso de pie y tiró la silla. Se agachó para levantarla y enderezarse Jake estaba a su lado.

—No me toques —lo previno temblorosa. Él la ignoró y le tomó el rostro con las manos, introduciendo los pulgares en su cabello. No dejaba de mirarla.

—Eres muy hermosa —dijo tranquilo—. Pero lo serías más si retornaras a la vida. Eres como una autómata, Natalie, sin vida, perfecta, pero sin las cualidades humanas.

—¡Soy humana! —gritó, sintiéndose agredida.

—No, necesitas una aventura amorosa para que esos ojos azules recobren su brillo. Me siento blasfemo al tocarte, das la impresión de que ningún mortal tiene derecho a hacerlo. No es lo normal en una mujer. Me gustaría verte el rostro después de hacerte el amor durante una o dos horas. No creo que te verías tan dulce e intocable como ahora.

—Si alguna vez necesito un hombre, lo encontraré sola —replicó —. Sé lo que dicen de las viudas. ¿Crees que eres el único hombre que insinúa que estoy desesperada porque me hagan el amor? Te aseguro que no es así. Estoy contenta y tranquila y no busco un amante.

—Eres tan fría como la lluvia de invierno. Me gustaría borrar esa sonrisa tímida de tu rostro —persistió implacable.

—¡Ya lo hiciste hace mucho tiempo!

—Tan solo fue una pequeña abertura en tu cubierta de hielo, pero no me basta. Quiero ver cómo se resquebraja todo el hielo — los brazos poderosos se aferraron con más fuerza en tanto la besaba. Natalie luchó con todas sus ganas.

—No se te olvide que aquella noche no te quise a ti sino a Angus —dijo al soltarse.

—Pero la última vez sí fui yo —su mal humor retornaba.

—La última vez me dejaste con un palmo de narices —replicó.

—Debo haber estado loco de remate —gruñó entre dientes—. Me motivó el deseo de vengarme, pero eso no impidió que te deseara. Maldije el momento en que te dejé y me fui cuando pude haberte poseído. Toda la noche me lo reproché amargamente y aún me desespero.

—¡Qué tristeza me da! —se burló.

—No me provoques, puedo tornarme violento.

—Si no lo sabré… ¡Trabajar a tu lado es como vivir en las faldas del Monte Etna!

—Entonces, ten cuidado, no te quemes. Algún día habrá erupción volcánica entre los dos. Dos veces estuve a punto de poseerte y dos veces me fui frustrado. Recuerda el dicho, la tercera es la vencida.

—No, si puedo evitarlo —refutó. Todavía recordaba bien la segunda ocasión ¿Cómo se atrevía a hablarle así, como si bastara que le extendiera la mano para que ella cayera en sus brazos como fruta madura?

—Tendré que llegar a hurtadillas, pero te poseeré, Natalie. No te confíes —Jake sonrió al recobrar su buen humor.

—Gracias por advertírmelo —de modo que Jake seguía odiándola y persistiría en humillarla. Requería una completa victoria para sentirse satisfecho.

—No te servirá de nada —respondió tranquilamente.

—¿No? Ya lo veremos.

—Sí, lo veremos. Y cuando haya derretido el hielo que te envuelve, me saciaré contigo —las palabras la estremecieron. Aunque Jake no la tocó, en sus ojos había amenaza—. He esperado demasiado como para que me satisfaga algo menos.

Jake se dio la vuelta y salió. Natalie se quedó con la mirada perdida. Él la odiaba todavía, pensó. El amor no podía ocultarse bajo un manto parecido.

«Dios mío», pensó con los ojos cerrados, «si permito que vuelva a tocarme caeré dentro de un precipicio para terminar hecha pedazos». Aunque él le tuviese una pizca de cariño, ella no era el tipo de chica que correría una aventura amorosa. No solo le haría daño sino la dejaría marcada para toda la vida y con un sabor amargo en la boca. Los hombres corrían aventura tras aventura y las olvidaban. Las mujeres siempre resultaban lastimadas; quedaban deshechas, a veces amargadas porque les era imposible separar sentimientos de deseos corporales.

Cuando una mujer se entregaba, daba todo ante la necesidad de sentirse protegida y amada para siempre. Natalie aprendió eso en

forma cruel. Cuando menos, le quedaba el recuerdo de que Angus y ella se amaron antes que la muerte los separara. No podría aceptar nada menos. Si le permitía que se saliera con la suya, la destrozaría moralmente. De hecho, intuía que solo eso lo calmaría. El orgullo de Jake había sufrido y creó en él la necesidad de reducirla a una sumisión total que reanimaría ese ego humillado.

Capítulo 8

Hacía mucho que Natalie aprendió a ocultar su timidez debajo de una máscara de serenidad y tuvo motivos para estar contenta del hábito. Necesitó toda su entereza ante la observación burlona de esos ojos grises. Jake no perdió oportunidad para demostrarlo ante todos. No la tocó, pero la forma en que la miraba la hacía estremecerse y los demás se sentían incómodos. De haberle hecho el amor en público, no podía haber sido más franco.

Natalie tenía dos opciones. O le hablaba enfadada o se hacía la desentendida. Prefirió la segunda. Él, desde luego, esperaba que perdiese los estribos, que le gritara y que hiciese algo drástico. Ello le habría permitido dar un paso adelante. La chica no hizo ni dijo nada. Sé limitó a mirarlo cortés y trataba de que nunca se encontrasen solos.

Fue bastante fácil porque estaban muy ocupados. La gente entraba y salía sin cesar y Jake no podía evitarlo. Se mantenía frente al escritorio y observaba silencioso. Si ella hablaba con alguien, presentía que sus ojos se la comían. Todo el personal estaba intrigado. Querían enterarse de qué se trataba, pero Natalie lo ocultó muy bien.

A las veinticuatro horas todo el edificio ya lo sabía. Natalie se daba cuenta de que todos la seguían con la mirada al entrar en la cafetería, pero había aprendido su lección. Miraba sin ver a la gente y les sonreía como si no supiese de qué hablaban la ausencia de Tom facilitó las cosas porque nadie se atrevía a hacerle la pregunta en forma directa. Le sonreían, le insinuaban, pero no llegaban a indagar debido a que Natalie poseía una dignidad innata que los detenía. Carol fue la única que se atrevió a tocar el tema, aunque en forma velada.

—¿Cómo está Jake? —le preguntó abiertamente un día que comieron juntas.

—Bien, echando rayos y centellas como de costumbre.

—Pero, ¿no te los dirige a ti? —sonrió Carol esperando que confiara en ella.

—No discrimina, es bastante demócrata. Nos llega a todos — replicó sabiendo que la chica lo divulgaría a los cuatro vientos.

—Claro —murmuró Carol atenta—. Pero siempre le gustaste, ¿no? Desde tu primera fiesta. Supongo que lo enfureció saber que prefieres a Tom Leyton, que es un encanto, aunque nunca será un Jake Lang.

—En eso estriba su atractivo.

—¡Estás loca! Jake Lang es poco menos que un regalo de los dioses para las mujeres —repuso Carol, incrédula.

—¿Quién te dijo eso? ¿Él mismo?

—¿Cómo puedes hablar de Jake así? —Carol rio y se tapó la boca con la mano—. Todas lo desean y Anthea Redmon está loca por él, todos lo sabemos.

—Pues que le aproveche —Natalie mostraba displicencia—. No lo aceptaría ni como regalo con un gran lazo de lujo.

—¿Por qué no tengo tu suerte? —Suspiró Carol—. Lo aceptaría con los brazos abiertos.

—Te arrepentirías —replicó Natalie. Carol no lo conocía y no tenía idea de lo cruel que podía ser. Sin embargo, no podía hacerle confidencias; de hecho no tenía en quién confiar.

Más tarde se arrepentiría de haber dicho esas pocas palabras porque tal como era de esperarse llegaron a oídos de Jake. Este entró en la oficina como la viva imagen de la furia y casi azotó la puerta en la cara de un compañero. Natalie vio la sorpresa en el rostro que desapareció tras la hoja de madera. Cautelosa, ojeó a Jake quien estaba ya a su lado.

—Hablas demasiado —le dijo, apretándole el cuello como si fuese a estrangularla. Nunca la habían acusado de algo semejante y rio incrédula.

—¿Te parece gracioso? —inquirió—. Entonces, ríete, no te contengas.

Jake casi la ahogó al besarla con violencia. Natalie, trató de quedar laxa e indiferente mientras permitía que la besara.

—¿De modo que no me aceptarías ni como regalo?

—No —respondió altiva—. Aunque estuvieses cubierto de piedras preciosas.

—Me tendrás —dijo iracundo—. Créeme, Natalie, lo harás. Mientras más luches, más gozaré el momento del triunfo. Puedes decírselo a tu comprensivo amiguito.

—Puedo mecanografiarlo y colocarlo en la tabla de anuncios. Estoy segura que nuestro equipo querrá ser el primero en conocer tus intenciones.

—Creo que ya lo saben.

—Se los hiciste ver muy claro —asintió.

—Pero ellos no constituyen mi blanco.

—Te dije que eres cruel —murmuró—. Por lo tanto todo esto no me sorprende.

—Me halagas —parecía decirlo en serio y eso la enfureció.

—Nunca pensé que tu ego soportaría tantas miradas curiosas.

—Mientras más público haya, mejor —sonrió con fingida aceptación—. Cuando te llegue a poseer, todos lo sabrán —susurró. Natalie desvió los ojos al recordar algo. Puesto que ella lo rechazó en público, él anunciaría su victoria también.

—¡Eres lo peor!

—Gracias —rio como si fuese otro halago. Le tocó la mejilla con un dedo—. No me hagas esperar mucho tiempo, Natalie. No soy muy paciente.

—Aprende a serlo porque esperarás hasta el día del Juicio Final.

—Aun así, valdrá la pena —le recorrió el cuerpo con una mirada llena de deseo.

Después de ese incidente no participó en ninguna conversación en la que se mencionara a Jake. Sabía que cualquier cosa que dijera de él era noticia del momento. Tendría que ser hermética.

Tom la llamó la tarde que regresó. Natalie esperaba que él mencionara a Jake, pero todavía no se enteraba. Cenaron juntos y hablaron tranquilos.

Cuando Tom la besó estaba tensa y preocupada. Tarde o temprano se enteraría de los rumores. No sabía cómo reaccionaría, pero no deseaba que Tom pensara que lo estaba usando con algún propósito. Tom se estaba encariñando demasiado con ella, a pesar de que establecieron que no serían más que amigos.

—Tom, me caes muy bien —empezó y él la interrumpió.

—Sé cómo, continúa, Natalie. La horrible palabra «pero» entra en algún sitio. No necesitas decírmelo.

—Recuerda que establecimos que no habría compromiso.

—Así fue, lo recuerdo muy bien —sonrió tranquilo—. Te aseguro que no lo hay.

—Aunque no fuese por mis recuerdos de Angus, no podría amarte en esa forma —confesó incómoda.

—¿Te lo pedí acaso? —empezaba a molestarse.

—Lo siento —se aprestó a decir.

—Olvídalo —le abrió la portezuela del coche—. Buenas noches, Natalie.

Había sido muy torpe al herirlo sin necesidad y deseó no haber dicho nada. Tom era un encanto y su bondad la ayudó mucho. Ahora lo había lastimado. ¿Qué pensaría al enterarse de los chismes que corrían en Metrópolis? Antes que pudiese averiguarlo, el destino le marcó otro camino. Temprano, a la mañana siguiente, Angela la llamó.

—¿Podrás venir por unos cuantos días? —inquirió sin

preámbulos.

—¿Pasa algo malo? —era una petición fuera de lo común y la preocupó.

—¿Te lo pediría si no fuese el caso?—replicó irritada y Natalie sospechó que su hermana estaba triste.

—¿Qué pasa, Angela? —preguntó con dulzura.

—Adrián tiene que ir a Nueva York y debo acompañarlo —eso no era trágico, pero la voz de Angela sonaba infeliz.

—¿Para qué? —insistió.

La respuesta vino a tropellones y con impaciencia. La empresa para la cual trabajaba Adrián pensaba enviarlo a Estados Unidos por dos años. Era un ascenso y no podía rechazarlo. Era indispensable que Angela lo acompañara.

—Consideran que las esposas tienen gran ascendencia en el empleo de sus maridos. ¿Qué se creen? ¿Qué podrán medirme en esa forma? —el orgullo de Angela estaba herido y eso la molestaba. Pero había algo más y Natalie se lo sonsacó poco a poco. Angela no deseaba salir de Inglaterra. No quería abandonar a la familia.

—No te vería en varios años —dijo simulando dureza.

—¿Cuándo quieres que vaya?

—Hoy mismo. La empresa sugirió que envíe a los chicos con mamá, pero sabes que ella no podría con ambos. Tal vez con Colin, pero Tony es imposible. La volvería loca.

—Tendré que pedirle permiso a Jake.

—Te lo dará —le aseguró Angela incapaz de pensar que otros podrían tener problemas también. Natalie hizo una mueca. Su hermana no conocía a Jake. Tendría que llamarlo. ¿Estaría en su apartamento? En algún sitio tenía apuntado el número. Al encontrarlo lo marcó. El timbre sonó varias veces antes que una voz impaciente contestara.

—¿Diga?

—¿Jake? —preguntó amable—. Soy Natalie.

—¿Y bien? —preguntó después de un momento de silencio.

—Se presentó una emergencia. ¿Podría ausentarme del trabajo por una semana?

—¿Qué tipo de emergencia? —exigió y ella se lo explicó.

—¿Por qué no recurren a otra persona? Eres mi secretaria y no la niñera de tus sobrinos.

—¡Se trata de mi hermana!

—Eso no tiene nada que ver en el asunto. Te pago un sueldo para que esta oficina funcione no para que cuides a los hijos de tu hermana.

—Lamento que sea un inconveniente para ti —murmuró.

—Parece que de veras lo lamentas. ¿Qué dirías si no te dejo ir?

—Espero que no lo hagas —respondió tranquila.

—¿Me estás amenazando, Natalie? —su voz tomó un cariz más íntimo—. ¿Qué harías si te niego el permiso?

—Iría de todos modos.

—¿Me estás provocando para que llegue al extremo? ¿Me apuntas con una pistola?

—No sé a qué te refieres.

—Lo sabes muy bien —Natalie escuchó un bostezo—. Está bien, pero regresa tan pronto puedas.

Ni siquiera se despidió antes de colgar. Natalie se quedó con el auricular en las manos y pensó que esa actitud era típica en él. Era el hombre más desquiciante del mundo. Más tarde, ese mismo día Natalie se despidió de Angela con un beso mientras Adrián colocaba las maletas en el coche.

—Espero que hayas metido tu elegante traje negro. ¡Dejarás a esos norteamericanos boquiabiertos!

—Pienso hacerlo, no lo dudes —dijo altiva, levantando la barbilla—. No permitiré que me usen para rebajar a Adrián.

—Los fascinarás —y no lo decía en broma. Si Angela decidía usar todos sus encantos, era una belleza.

—Si Adrián quiere que los deslumbre, sonreiré y los soportaré, pero no será de mi agrado.

—Serás amable con ellos, ¿verdad Angela? Puedes lograrlo si te lo propones. Si eres hostil, podrá costarle el trabajo a Adrián.

—¡No soy tan tonta!

—Cierto —rio Natalie.

—Deséame suerte —le dijo al abrazarla.

—Te prometo que tendré los dedos cruzados todo el tiempo.

—No permitas que Tony coma nada de lo que no debe. Nada entre comidas y nada de papas fritas o dulces.

—Te lo prometo.

—Cuida de que Colin no se beba el agua de la bañera al estarse bañando —Natalie asintió. Angela, como siempre, dejó una lista completa de lo que tenía que hacer y Natalie no le quiso recordar que conocía la rutina a seguir.

Al quedarse solos los niños dejaron de llorar. Con mucha viveza le pidieron un vaso de leche con galletas, algo que tenían prohibido.

—Ya me advirtieron que insistirías —le dijo a Colin bromeando.

—Solo porque mamita se fue y nos dejó —suplicó con los ojos húmedos.

—¿Qué crees que diría tu mamá si te lo doy? —le secó el rostro con un pañuelo.

—¡Solo esta vez! —suplicó sabiendo muy bien lo que su madre diría.

—Ya conozco esa promesa —en eso Colin sollozó y Natalie lo miró. Era tan pequeñito y tenía el rostro compungido—. Bueno, vamos aunque su madre me dará un buen regaño por esto.

—Eres mi tía favorita —confesó Tony acurrucándose a ella.

—No tienes otra —recalcó abrazándolo.

—Aunque tuviese muchas, seguirías siendo la mejor —aseguró.

Después de acostarlos y verlos dormidos, Natalie se sentó frente a la televisión para coser unos botones en los pijamas de los niños. Era extraño estar sentada en ese hogar haciendo algo para los niños mientras dormían tranquilos. Después de ver una comedia y un documental sobre Hong Kong, Natalie guardó la costura y se fue a bañar antes de acostarse a dormir.

Por primera vez en varios días no había pensado en Jake.

—¿Qué hora es? —preguntó al despertar por los brincos en su cama.

—Las tres —respondió de inmediato Colin.

—No seas tonto —contradijo su hermano—. Es hora de desayunar.

—¿Cómo lo sabes? —inquirió Natalie.

—Tengo hambre —replicó con lógica.

—Siempre estás hambriento.

—Mi hambre es de desayuno —explicó—. El lechero ya pasó y el señor Grey ya se fue a trabajar, debe ser hora del desayuno.

—Bueno, salgan para que me vista. Después les prepararé el desayuno.

Los niños salieron y Natalie se vistió. Al entrar en la habitación de sus sobrinos, Tony se estaba vistiendo y tenía mal abotonada la camisa. Natalie se la abrochó correctamente. Luego vistió al pequeñín que todavía guardaba esa inocencia absoluta de los bebés.

Desayunaron con cereal y Natalie les dio una manzana para que se la comieran mientras lavaba los platos. Luego les puso sus suéteres y los envió al jardín, mientras limpiaba la casa y preparaba el almuerzo.

—Mi platillo favoritísimo —sonrió Tony al ver que almorzarían dedos de pescado frito.

Pasaron un día agradable y Natalie se olvidó de su vida privada por estar entretenida con los pequeños. Se le hacía difícil pensar en la oficina, en las complicaciones inherentes al trabajo, en la tensión

que existía entre Jake y ella. Se le hacía que nunca hizo otra cosa más. Era otro mundo muy diferente. ¿Cuántos mundos existían? Cada ser llevaba un mundo propio en la cabeza y para cada quien el suyo era el real y el permanente, pero bastaba desplazarse a otro ambiente para darse cuenta de que nada era estable. La vida era como un caleidoscopio de color y sonido en continuo movimiento. Las impresiones recibidas giraban en la mente y luego desaparecían.

Su amor por Angus fue concreto y permanente, pero él murió llevándose consigo todo ese universo de amor. Al principio creyó que nunca se repondría de la pena. Vivió día tras día con pesar en el alma y sin pensar en otra cosa. De pronto apareció Jake y el caleidoscopio dio un nuevo giro.

Ahora aceptaba que lo amaba y no rechazaba la realidad. Pasara lo que pasara Jake ya no sería una sombra sino algo muy real. Su amor por Angus no había desaparecido; existía en el tiempo y en el espacio. Su amor por Jake era el presente y no por eso traicionaba a Angus. Era otra cosa, dentro de otro mundo, ahora lo veía con claridad.

Bañó a los niños, según las indicaciones de Angela, y a las seis y media estaban acostados pidiendo ya sea un vaso de agua o un pañuelo. Cuando por fin se callaron, Natalie entró a acomodarles las mantas y a darles un beso en la frente.

Sin tener mucho apetito se preparó algo de cenar y se sentó frente a la televisión. A las ocho recibió la llamada de larga distancia de Angela.

—Nos proporcionarán una casa. Fuimos a verla hoy. Tiene un área de juegos con arena y un columpio y la casa es bonita, amplia y bien equipada. Creo que les gustará a los niños.

—¿Ya te entrevistaron? —inquirió después de darse cuenta de que su hermana ya estaba tranquila.

—No fue nada de lo que imaginé —rio Angela—. Almorzamos con el jefe de personal y es encantador. Su esposa es muy amable y me acompañará a conocer la zona comercial para hacer algunas compras. Hay buenas escuelas tanto para Colin como para Tony y no quedan lejos. Adrián está ilusionado con el puesto.

—Me da gusto saber que estás contenta.

—No me gusta dejarte —murmuró Angela—. ¿Qué harás cuando yo no esté contigo?

—Sobreviviré, ¿qué otra cosa puedo hacer?

—Puedes venir acá —dijo simulando indiferencia—. Pregunté qué posibilidades tendrías para obtener un puesto y se mostraron interesados al saber el tipo de trabajo que desempeñas en

Metrópolis. No dudo que te otorgarían permiso para trabajar. Podrás quedarte con nosotros mientras buscas apartamento. Tenemos bastante lugar.

—Lo pensaré —respondió enternecida.

—Haré más averiguaciones —prometió decidida y Natalie sabía que insistiría.

—Cuida a los niños —dijo Angela antes de colgar. Después la conversación empezó con preguntas sobre el bienestar de sus hijos, era una madre abnegada, a pesar de su brusquedad exterior.

Natalie se quedó sentada en el sofá con la barbilla apoyada en las manos. Ir a los Estados Unidos resolvería un problema, el de alejarse de Jake. Cerró los ojos dolorida. No quería hacerlo, aunque sería lo mejor. Si se quedaba, Jake terminaría por cazarla. Tarde o temprano capitularía y se vería sumida en un insoportable infierno.

Ese mismo viernes, después de que se durmieron los niños, llegó Jake. Ella se inquietó y casi trató de cerrarle la puerta, pero él fue más rápido y entró resuelto.

—¿Qué quieres?

Jake no respondió, la miraba sonriente de arriba abajo y Natalie se maldijo por la pregunta tonta con que lo recibió. Debió recordar que él era muy hábil con las palabras.

—Por favor, vete —repitió, reuniendo todo su valor.

—Vine a extenderte una invitación —explicó al dirigirse a la sala. Natalie lo siguió.

—Los niños duermen, debes irte —Jake no contestó—. ¿Qué invitación? No quiero ser grosera, pero dime de qué se trata y te vas.

Jake no contestaba y seguía examinando la habitación.

—Por favor, Jake.

—Me gusta oír que supliques —de pronto se dio la vuelta y Natalie se sobresaltó—. Tienes una voz muy dulce y tranquila, Natalie. Me gusta escuchar tus ruegos de niñita asustada.

—Y tú, no tienes nombre —replicó pálida.

—Pero ya nunca me confundirás con otro hombre ya sea vivo o muerto, ¿verdad?

—No —respondió cautelosa y con un nudo en la garganta—. Dejas una impresión indeleble. Gracias a Dios que no puede existir más que un Jake Lang.

—Entonces, no lo olvides —sus ojos chispeaban en tanto se dejaba caer sobre el sofá—. ¡Estoy agotado! Ha sido una semana infernal.

—¿Va mal el trabajo? —en efecto se veía cansado, tenía grandes

ojeras y parecía estar bajo una fuerte tensión.

—Estás tranquila como un oasis en el desierto. Imagino que has pasado bien toda la semana —la observó con los ojos entrecerrados.

—Trabajé duro, a pesar de todo.

—¿Has visto a Tom? —preguntó indiferente.

—No —murmuró agitada.

—Tengo hambre.

—Puedo prepararte un asado mixto —suspiró.

—Perfecto —sonrió. Natalie fue a la cocina y Jake la siguió para observarla mientras preparaba su cena.

—¿Por qué no comes a la hora adecuada? No te hace provecho esta irregularidad —se dio cuenta de que lo estaba tratando con demasiada familiaridad y eso era peligroso.

—No me hace provecho tenerte lejos —la mirada de Jake la ruborizó.

—¿De veras venías a hacerme una invitación?

—Sí —respondió perezoso—. Me acostumbraría a tu comida —saboreó su cena—. ¿Abandonaste tu empleo al estar casada con él?

—Sí —respondió dándose cuenta de que Jake nunca mencionaba el nombre de Angus—. Quería que permaneciera en casa.

—Lógico, yo haría lo mismo.

—¿Qué invitación? —insistió.

—A mi madre le gustaría que fueses a visitarla con los niños mañana. ¿Aceptas? Los llevaré en mi coche. A los pequeños les gustará viajar y mi madre está ansiosa por conocerlos. Adora a los chiquillos.

Asombrada, Natalie estaba tentada, pero temía aceptar. Jake notó su indecisión y le sonrió.

—Juro que no te atacaré mientras estemos allá —murmuró acariciador—. Mi madre garantiza mi buen comportamiento y eso que no menciono la presencia de tus sobrinos. No será posible que me exceda con tanto testigo.

—Gracias. A los niños les encantará conocer a tu madre y bañarse en la piscina.

—¿A qué hora los recojo? ¿A las diez?

—Si te conviene.

—¿Puedes darme un poco más de café? Tu café me gusta realmente, como todo en ti.

Natalie le llenó la taza deseando que se fuera porque su presencia la inquietaba. Jake levantó la taza y se dirigió a la sala. Nerviosa, Natalie lo siguió. Él se estiró cuan largo era, sentado en el sofá y apoyó la cabeza en un brazo. Por lo visto no pensaba irse.

—¿Te han mantenido muy ocupada los niños?

—Mucho.

—¿Te dejó Angela una de sus listas interminables de cosas que hacer? —Natalie asintió con la cabeza y Jake le indicó el sofá con una mano.

—Siéntate. Pareces una chiquilla en su primera cita.

—Jake, no puedes quedarte —murmuró.

—¿Quién lo dice?

—¡Jake, por favor!

—¿Qué puedes hacer al respecto? ¿Levantarme y arrojarme al exterior? —su actitud era burlona. Natalie estaba indefensa y él lo sabía.

—Puedo llamar a Tom para que me ayude —replicó desafiante.

—¿Crees que harías eso? —Levantó una ceja—. Tom no te interesa —azorada lo miraba con fijeza—. Le daré tal paliza que tardará en recuperarse —señaló tranquilo—. Y lo haré con infinito placer.

—No menosprecies a Tom.

—¿En realidad crees que lo menosprecio? Llámalo para decírselo —invitó Jake, burlón, sabiendo que podía arreglárselas con Tom sin la menor dificultad.

Natalie estaba vencida porque no se atrevía a inmiscuir a Tom en ese asunto. Jake lo humillaría con facilidad como lo hizo con ella.

—¿No te das cuenta de que no te quiero aquí? —tronó. Jake se reclinó perezoso y sonriente.

—Es todo lo contrario, Natalie y tú lo sabes bien, ¿Por qué tratas de engañarte?

Esa fue la gota que derramó el vaso. Bajó la cabeza y se la cubrió con las manos antes de empezar a llorar. Jake se levantó, la abrazó, colocó la cabeza de ella en su hombro y le acarició el cabello.

—Dios mío, ¿por qué eres tan malvado? —preguntó, entre sollozo y sollozo.

—No llores —murmuró, dándole un beso en la cabeza.

—Te odio —dijo con voz ahogada y humedeciendo la camisa de él con sus lágrimas.

—Esto es mejor que la indiferencia —replicó en forma extraña. Le levantó la barbilla y le besó los párpados cerrados—. Cuando lloras pareces una niña —murmuró antes de deslizarle la boca por la mejilla—. Casi un bebé. Un bebé indefenso y muy deseable —Natalie se estremeció y Jake suspiró. Ella le abrazó el cuello y él la

besó en el oído, el cuello, el cabello. La tenía tan cerca que daba la impresión de que nunca la soltaría y que lucharía como el mismo demonio por mantenerla entre sus brazos.

—Natalie, Dios mío, Natalie. ¡Cómo te he extrañado!

Indefensa y desesperada, Natalie buscó la boca de Jake que de inmediato se posesionó de la de ella. Se aferró a él como si fuese la fuerza única para no volver a sufrir. Olvidó lo pasado y su cuerpo ardía apasionado. Lo acariciaba incitándolo, correspondiéndole todas las caricias.

—No tiene remedio, Natalie —murmuró junto a su boca—. Tengo que poseerte. Los hombres hambrientos son peligrosos. ¿No te lo advirtió tu madre?

Natalie rio y sollozó, apoyada en él y estremeciéndose sometida. Jake se apartó para observarla, y la levantó en vilo llevándola hasta el lecho.

Capítulo 9

La acostó y se sentó a su lado sin dejar de besarla.

—No me odies, Jake —suplicó quedo y le acarició la mejilla—. No me odies.

—¿Odiarte? Dios mío, ¿de qué hablas?

—Aquella noche no quise humillarte. No puedo seguir pagando por el resto de mi vida —levantó la cabeza y él le besó el cuello—. Ya me lastimaste bastante. No sigas haciéndolo —Jake inhaló profundo y Natalie sintió que los músculos del cuello de él se contraían debajo de su boca.

—Natalie —susurró apasionado antes que escucharan un ruido inequívoco. Jake emitió un juramento y se enderezó. Natalie saltó de la cama.

—Uno de los niños —gritó antes que se escuchara un gemido—. ¡Colin, ya voy! —el niño seguía vomitando.

Natalie corrió a la alcoba y encendió la lámpara de noche. Colin lloriqueaba y la cama estaba manchada. Lo tomó en sus brazos y empezó a calmarlo.

—No te angusties, querido, tu tía Nat está aquí. Sh…ya pasó.

—Me encargaré de esto —murmuró Jake, haciendo una mueca. Quitó las sábanas sucias y las enrolló dentro de la manta.

—En el baño hay una canasta para la ropa sucia —indicó Natalie, levantando la vista—. Las sábanas limpias están en el *closet* del pasillo.

—Mamita, quiero a mamita —lloriqueó el niño acurrucado contra el cuerpo de Natalie.

—Sí querido, mamita regresará pronto —balanceándolo con suavidad lo llevó al baño y se topó con Jake en el pasillo.

—Le arreglaré la cama.

—Habrá que lavarla con desinfectante antes que se acueste. Lo haré después de lavar y cambiar a Colin.

En el baño desvistió al niño que temblaba de frío y gemía, mientras Natalie lo aseaba. Ella se sentó en el banquito del baño y lo colocó sobre su regazo. Le puso pijama limpio y le besó la carita.

—Ya, Colin, ya pasó. Estarás bien.

—Veo que está encantado con tus caricias. ¡Qué afortunado! —dijo Jake desde el umbral. Natalie se ruborizó y se levantó con Colin en los brazos. Jake dio un paso adelante para tomarlo, pero Colin protestó.

—Bien sabe lo que quiere, ¿verdad?

Natalie se sorprendió al ver que la camita estaba lavada y hecha de nuevo. Un fuerte olor a desinfectante se percibía en el cuarto. Natalie acostó a Colin, lo tapó y le acarició la cabecita. Se quedó junto a la cama y le cantó quedo hasta que se durmió. Luego salió de la alcoba y cerró la puerta. Jake la esperaba apoyado en la pared del pasillo y ella lo miró cautelosa.

—Ya sé —comentó—. También yo me calmé. Te veré mañana, Natalie.

La joven lo siguió escalera abajo y buscaba la forma de decirle que no iría a casa de su madre al día siguiente.

—No lo digas —murmuró Jake, junto a la puerta.

—¿Qué dices?

—Lo que estás tramando. Mañana me acompañarás. No acepto excusas de último momento.

—Es posible que Colin esté enfermo. A menudo el primer síntoma es el vómito.

—Veremos cómo amanece —le sonrió con tierna ironía—. ¿Dije que la tercera es la vencida? Empiezo a pensar que los dioses están en mi contra.

Partió y Natalie cerró la puerta. Jake tenía razón, algo parecía estar contra ellos. Parecían moverse en un círculo eterno sin llegar a un punto final. Esa noche estuvo a punto de sucumbir irremediablemente, pero las cosas resultaron de otra manera. Ahora estaba atormentada entre el alivio y la angustia. Se acurrucó en el sofá de la sala y ocultó el rostro en las manos. Habría gozado al entregarse por fin, sin importarle las consecuencias. En eso recordó la expresión de Jake cuando le preguntó a qué se refería cuando ella le suplicó que no la odiara. En verdad pareció no odiarla. ¿No se daría él cuenta de que solo lo impulsaba la pasión? ¿Habría confundido sus sentimientos hacia ella? No, no era posible por la violencia, la ira, el hielo en su rostro y por el golpe moral que le asestó al predecir que llegaría a poseerla.

Por fin se acostó inquieta por Colin, pero el niño durmió tranquilo. A la mañana siguiente, al entrar en la alcoba de los niños, Colin dormía con carita angelical. ¡Qué desconcertantes eran los niños! Un momento enfermos y al siguiente normales. ¡Gracias al cielo! Sería terrible que alguno se enfermara en ausencia de su madre.

Los vistió con *jeans* y camisa roja, les cepilló el cabello y les dio de desayunar. Estaban listos para cuando Jake llegara.

—¿Cómo amaneciste? —preguntó a las diez en punto Jake.

—Tú no eres mi tío Tom —le dijeron abriendo tamaños ojos.

—No. No soy el tío Tom. Nunca lo olvides. No me gusta que me confundan con otro.

—No eres tan alto como mi papá —anunció Tony al ponerse de pie junto a Jake.

—Es una lástima, pero sigo creciendo.

—Papá también —intercaló Colin y Tony asintió.

—Dios no lo quiera. ¿Qué le da de comer tu mamá, frijoles mágicos?

—¿Nos vamos? —inquirió Natalie antes que Tony respondiera. Jake levantó a Colin y lo montó en su hombro. El pequeño se aferró temeroso.

—Listos —caminó hacia el coche.

—¡Fantástico! —exclamó Tony encantado brincando en los asientos.

—¿A qué velocidad se puede ir?

—¿A qué velocidad quieres que vaya? —le preguntó Jake serio.

—Ciento setenta kilómetros.

—De acuerdo —asintió.

Natalie iba muy nerviosa y tensa en tanto recorrían las calles muy transitadas de Londres antes de llegar a la carretera. No despegaba la vista del velocímetro. Desde el accidente que le causó la muerte a Angus, le temía a la velocidad.

—Por favor, no vayas demasiado rápido —le rogó a Jake, pero no le hizo caso—. ¡No, Jake! —se aferró a su rodilla.

—Cálmate, querida —la tranquilizó y disminuyó la velocidad.

—¡Más rápido, Jake, más rápido! —insistió Tony.

—No, Tony. A tu tía no le gusta —Natalie retiró la mano de la rodilla de Jake y los ojos grises se burlaron de ella divertidos.

—¿Le gusta a tu hermana Estados Unidos?

—Parece que mucho. Todas las noches me llama para asegurarse de que no descuido a sus tesoros.

—¿Permitirá que Adrián acepte el puesto?

—Angela siempre deja que él haga lo que desea.

—Siempre y cuando considere que es provechoso para él —agregó y Natalie tuvo que reír.

—Bueno, sí. Así es mi hermana, pero son muy felices.

—Tu hermana debería dirigir este país. Desperdicia su talento siendo solo esposa y madre.

—Ella no lo considera así.

Llegaron a casa de sus padres y los perros salieron ladrando.

Colin se encogió nervioso, pero Tony anunció que no le temía a los perros.

—Ni a los lobos, ni a los tigres —agregó muy ufano.

—Perfecto —replicó Jake—. Porque éstos son lobos, no perros.

—Son perros —insistió Tony después de observarlos.

—¿Cómo lo sabes?

—Traen collares —señaló Tony al salir del coche. Los perros empezaron a lamerlo mientras agitaban sus colas. Un momento después Elizabeth salió luciendo un sombrero de paja y sonriéndoles a los niños.

—¡Qué gusto volver a verte, Natalie! —dijo después de darle un beso—. Pensé que vendrías antes, de hecho te aguardábamos cada fin de semana.

—Se lo pedí, pero tuvo otros compromisos —respondió Jake.

—Me da gusto estar aquí. Espero que los niños se porten bien y no den mucha guerra.

—Estoy encantada de que vinieran. Me los llevaré a la cocina para darles un poco de helado mientras tú y Jake se pasean por el jardín.

—¿Helado? —inquirió Tony, saboreándose de antemano.

—Vamos —lo invitó Elizabeth tomando la mano de Colin.

—Nos dieron nuestras órdenes —murmuró Jake sonriéndole a Natalie.

—Debería ir con ellos, son muy inquietos.

—Mamá puede hacerse cargo de la situación —la tomó del brazo —. No discutas, Natalie.

Caminaron entre los rosales y el ambiente perfumado. Era un día soleado, aunque una leve brisa agitaba los árboles. La piscina refulgía.

—Extrañarás a tu hermana cuando se vaya lejos —murmuró Jake al detenerse para arrancar un botón de rosa blanca de largo tallo. Se lo dio a Natalie quien aspiró su aroma.

—Gracias, es muy hermosa.

—¿Cuándo partirá Angela?

—Pronto. Adrián se irá primero y ella terminará de arreglar los asuntos aquí.

—No deseará dejarte atrás.

—No lo hará —dijo Natalie impulsiva—. También iré con ella.

—¿Qué? —gritó impulsivamente—. ¡No puede ser!

—Angela me consiguió un empleo allá —explicó nerviosa.

—¡No! —gritó, asustando a unos petirrojos en el prado que emprendieron el vuelo.

Desconcertada, Natalie lo miraba y Jake parecía tener la vista perdida. Estaba atormentado y respiraba de un modo extraño.

—No irás a ningún lado —alzó la voz sin advertirlo él mismo.

—Haré lo que se me antoje —tartamudeó. Jake se le acercó con las facciones desencajadas. La tomó del brazo y ella hizo un gesto de dolor.

—No dejaré que te vayas. No vas a abandonarme.

—No podrás impedírmelo —logró decir, a pesar del temblor en su boca.

—Ya soporté bastante —murmuró Jake—. No soportaré mucho más, Natalie, te lo advierto.

—Existe un límite —gritó indignada—. ¡No puedes ordenar cómo he de vivir mi vida!

La violencia se desencadenó en su rostro antes de acercarla para darle un beso violento y amargo. Al levantar él la cabeza, Natalie se llevó la mano a la curva dolorida de su boca.

—¿Crees que no sé por qué quieres que me quede? —lo acusó—. Quieres torturarme hasta que aplaques tu egolatría. Seguiré pagando y pagando, ¿verdad, Jake? Me odias…

—¿Odiarte? —interrumpió—. Dios mío, ¿es que estás ciega? ¡Te amo!

—¡No! —exclamó incrédula.

—Dios, ¿qué debo hacer para que me creas? Todo el mundo sabe lo que siento por ti. No puedes estar tan ciega, Natalie.

—Me has acosado para satisfacer tu orgullo —dijo lentamente—. Querías lastimarme.

—Quise hacerte muchas cosas —dijo brusco—. Lastimarte fue una de ellas, lo reconozco. Soy humano. Tú me lastimaste más de lo que podía soportar al darme cuenta de que ni siquiera me tomaste en cuenta aquella primera noche. Pensabas en otro.

—¡Y me odiaste por eso!

—Te odié tanto que habría caminado sobre brasas ardientes para llegar a tu cama y tenerte para siempre.

—El deseo no es amor —dijo aún dudosa—. ¿Crees que no conozco la fama que tienes?

—Claro, en mi vida hubo varias mujeres, no soy un adolescente sin experiencia. Pero después de conocerte ninguna me atrajo.

—¿Anthea? —sugirió.

—Salías con Leyton. ¿Crees que podía limitarme a contemplarte? Claro que salí con Anthea.

—Y dormiste con ella —los celos la carcomían y necesitaba saberlo.

—No, no pude hacerlo —confesó. Natalie sabía que Anthea habría estado más que dispuesta.

—Con premeditación te dedicaste a humillarme —le recordó—. ¿Es eso amor?

—Cualquier idea que tuviese sobre el amor se eliminó automáticamente aquel día en que te conocí. Al volver la cabeza y verte con la mirada fija en mí, pensé que eras un sueño hecho realidad. Me diste la impresión de que tú sentiste lo mismo. Aceptaste mis brazos y pensé que nunca saldrías de ellos. Mientras bailábamos me dije que mi sueño de una chica como tú se había convertido en realidad. Sin embargo, conforme pasaba el tiempo, perdía la esperanza.

De pronto Natalie recordó la tierna pasión que le mostró al hacerle el amor la primera vez. Su corazón se enterneció. ¿Estaría diciendo la verdad?

—Luego mi sueño se tornó en pesadilla. Me causaste una herida que aún no logra cicatrizar. ¡Esa noche me volví loco! ¿Tienes idea de lo que se siente al descubrir la perfección para luego darte cuenta de que fue una ilusión solamente?

—No quise lastimarte —murmuró sin fuerzas.

—¿Crees que no lo sé? —se mostraba celoso—. Mientras yo fantaseaba como adolescente enamorado, tú pensabas en otro hombre —su rostro se endureció nuevamente—. Jamás olvidaré el momento en que pronunciaste otro nombre —su mirada echaba chispas—. Todo parecía tan bello. Nos abrazamos sin decir palabra. Ni siquiera sabía tu nombre ni tú el mío, porque no tenía importancia. Presentí que sería para toda la vida. Ya habría tiempo para las explicaciones. En ese momento solo pensé que era correcto amarnos —se frotó los ojos—. Me dolió tanto, que no pude hablar contigo. ¡De hecho, temí matarte!

Natalie tenía la vista en las flores entrelazadas de hojas y escuchaba el zumbido de una abeja que volaba de flor en flor.

—Me porté muy mal aquella noche, lo sé. No quise lastimarte, Jake, pero no puedo pedir disculpas por amar a Angus. Lo amé mucho.

—¿Amaste? —inquirió ronco, sus ojos brillaban incrédulos y brillantes.

—Fue otro mundo, otro tiempo y espacio, ya no pertenezco a ese mundo. Me di cuenta de ello.

—Podría enseñarte a amarme, Natalie, si me lo permites.

—No, todavía no decides si me odias o me amas, ¿verdad?

—¿Cómo explicarlo? Sí, quise lastimarte. Era como una enfermedad dentro de mi ser. Ni yo mismo lo comprendo. Sé que me enloquecías al grado de sufrir al verte. Por eso te convencí de

que trabajaras para mí. Necesitaba tenerte a mi lado, aunque me causaba dolor hallarte cerca.

—Fuiste cruel en todo momento —dijo mirándole ya sin ningún recelo.

—No podía evitarlo. Era como si te estuviese haciendo el amor.

—Un amor malsano, debes reconocerlo.

—Lo sé. Torciste mi amor por ti. Arruinaste mi orgullo y deseaba castigarte por eso, aunque nunca dejé de desearte. Cada vez que te tocaba, el deseo aumentaba. ¿Sabes cuánto me hiciste sufrir…?

—¡De modo que quisiste seducirme para aliviar tu orgullo destrozado!

—Quiero cualquier cosa que me puedas dar —dijo apasionado —. Cualquier cosa, así de bajo caí. Sin embargo, creo que podría enseñarte a amarme, Natalie. Dame la oportunidad. Permite que te haga olvidarlo.

—Pero si no quiero olvidarlo —dijo seria y Jake reaccionó dándose la vuelta—. Jake, te repito que mi amor por Angus sucedió en otro espacio, otro tiempo. Todo eso pasó, pero espero nunca olvidarlo. Es parte de mi ser. Me transformó en lo que soy ahora.

—Está bien. Comprendo. No necesitas repetirlo, gracias. ¡Y tú hablas de que yo te torturo! ¿Acaso no sabes lo que tú me haces?

—Deja que termine, por favor —dijo amorosa, acariciándole el brazo.

—Anda, termina ya —inclinó la cabeza.

—Lo que sentí por Angus fue muy diferente a lo que siento por ti. Pensé que te parecías a él, pero en muchos aspectos eres diferente. Angus nunca me lastimó en su vida, ni a propósito ni por accidente. Tú, en cambio, lo hiciste desde el principio —Jake se movió, pero no dijo nada—. Te propusiste maltratarme y te odié por eso. Luego me di cuenta de que no te odiaba. Empecé a amarte.

—¿Qué dices? —levantó la cabeza esperanzado.

—Estoy enamorada, Jake. Desde hace varias semanas.

Jake no esperó escuchar más. La tomó en sus brazos y empezó a besarle el cuello, las mejillas, los ojos. La acariciaba con vehemencia y casi no la dejaba respirar.

—¿Lo dices en serio?

—Cada palabra —aseguró, su boca estaba casi sobre los labios masculinos.

—¿Por qué no me lo dijiste? ¿Cuándo te diste cuenta?

—Cuando me besaste aquí en la piscina. Mucho antes de eso sabía que me atraías físicamente —lo embromaba con los ojos brillantes—. Eso sí lo sabías, ¿no?

—Sí, sabía que me corresponderías.

—Eso me molestaba. Antes que permitiera que Angus me diera el primer beso pasaron semanas. Pensé que mi comportamiento extraño de aquella noche se debía al parecido entre ambos, pero más adelante tuve que aceptar que eras *tú* a quien deseaba —notó la expresión de satisfacción en el rostro amado—. ¡No sonrías así! Estaba avergonzada. Nunca antes sentí eso por un extraño. Siempre fui bastante tímida con los hombres.

—Me da gusto saberlo —se burló.

—Pienso que tu comportamiento brutal surtía un efecto extraño en mí. Antes de ese trato duro viví medio dormida; lograste despertarme con tu venganza.

—Ese era mi propósito —murmuró—. Quise aguijonearte para que retornaras a la vida.

—Lo lograste y reconozco que aquella segunda noche estaba dispuesta a ceder, pero tú me abandonaste. Me sentí humillada —se tocó las ardientes mejillas—. ¡Fue terrible!

—Querida, perdóname —le apartó las manos del rostro y la besó con ternura—. Fue vil de mi parte, no tengo perdón.

—En verdad eres un villano —murmuró a modo de broma—. No sé cómo pude confundirte con Angus. Con el tiempo ya no pude encontrar parecido por más que buscaba. Dejé de pensar en Angus y solo tú me venías a la mente.

—¡Maravilloso! —exclamó embelesado.

—Ríete, aunque no es gracioso. Estabas en mi mente como una señal indeleble. Sentí celos de Anthea y me molestaba saber que estabas con ella.

—Sigue, querida mía. Estoy dispuesto a escucharte toda la noche.

—No me di cuenta de lo que me pasaba hasta que me besaste aquí. No tuve más remedio que aceptar la verdad y aunque amé a Angus nunca en mi vida sentí tal…

—¿Tal qué? —inquirió impaciente—. Dios mío, querida, mírame así todo el tiempo —sus cuerpos se fundieron en uno solo y Jake murmuró junto a la boca de Natalie—: Repítelo.

—Te amo.

—Mi nombre, pronuncia mi nombre. Quiero estar seguro de que sabes quién soy.

—Jake —rio amable—. Jake, te amo con locura.

—Dios mío —suspiró él—. No puedo esperar hasta que nos casemos… me he visto demasiado atormentado. ¿Si consigo la licencia para casarnos mañana, te desposarás conmigo en el curso

de tres días?

—Sí, amor —pero de inmediato gimió—. No podemos.

—¿Qué quieres decir con *no podemos?* Natalie, no puedes hacerme esto. No puedes cambiar de opinión.

—Angela —dijo suplicante.

—¿Qué tiene que ver ella? No vas a irte con ellos, eso es definitivo. Eres mía y no te dejaré ir.

—Angela no dejará que me case así. Nunca me lo perdonaría. Siempre le gustó planear las cosas, sobre todo tratándose de una boda. Lo hace muy bien.

—Mala suerte para ella. Podrá planear el primer bautizo. Nuestra boda es asunto nuestro.

—Pero… —la besó con pasión para evitar que continuara discutiendo.

—¿Quieres enloquecerme? La frustración me ha perseguido desde que nos conocimos. Nos casaremos pronto, antes que cambies de opinión. Si se lo comunicamos a alguien intentará retrasar las cosas. No esperaré más de lo necesario.

—Tus padres —gritó horrorizada.

—Comprenderán —le sonrió—. Han tenido un matrimonio feliz. Quiero que el nuestro también lo sea.

—¿No podríamos esperar unas cuantas semanas?

—No, una semana me mataría —levantó la mano donde Natalie llevaba el anillo de Angus—. Quiero que te quites esa alianza para que uses la mía.

—¿No estarás celoso?

—Intentaré no estarlo, pero si escuchas que rechino los dientes mientras duermo me tendrás paciencia.

—No tienes motivos para estar celoso, Jake —le acarició el pecho y lo miró tierna—. Si deseas una boda inmediata, así lo haremos. Deseo lo mismo que tú.

—Así lo espero ya que no existe alternativa —Natalie lo miró sofocada y se apoyó en Jake con las mejillas arreboladas. Se mantuvieron silenciosos un buen rato.

—Arpía —murmuró Jake dándole un beso en el cabello—. Por fin te atrapé. Me hiciste intolerable la vida desde que te conocí, pero te tengo al fin. ¡Ah, querida, te necesito tanto!

Natalie levantó el rostro y sus labios se unieron.

—Papito besa a mamita igual —dijo una vocecita.

—Tu padre es un valiente —murmuró Jake.

—¿No van a entrar? —preguntó Tony—. Vamos a comer algo chistoso para el almuerzo. Es español y Elizabeth dice que te gusta.

—Paella —adivinó Jake—. Tenía que ser mi madre la que guisara mi platillo favorito en este día.

—¿Qué? —inquirió curioso Tony.

—Te lo explicaré cuando crezcas —dijo mirando con amor a Natalie. Levantó al niño en su hombro y entraron riendo en la casa.

Fue muy difícil ocultar la alegría que sentían ambos. Elizabeth los miraba y sonreía comprensiva, pero con mucho tacto no dijo nada.

Cinco días después se casaron en Londres. Jake la llevó a una cabañita en Romney Marsh donde los únicos vecinos eran las aves marinas. Natalie estaba nerviosa esa primera noche. Muy en el fondo temía que nunca olvidaría su primer matrimonio y que los celos de Jake acabarían con el amor que se profesaban.

—Dios mío, te deseo tanto —le dijo su esposo después de acariciarla en la oscuridad.

—Jake, mi amor —murmuró temblorosa Natalie abandonándose a él.

Él la acarició íntimamente y ella gimió de placer. Aunque se escuchaba el murmullo del mar, un ritmo más poderoso marcaba los latidos de Natalie. La boca de Jake se deslizaba por su piel y la acariciaba con sensualidad y ternura. Las uñas de Natalie se incrustaron en la espalda de su esposo al llegar a la cúspide de su pasión.

—Jake… te amo tanto y soy tan feliz…

—Querida.

Durante unos momentos Jake se quedó tranquilo aunque respiraba agitado. Se volvieron a besar y la explosión sensual volvió a producirse al unísono.

—Eres una amante muy silenciosa —le dijo más tarde—. Solo pronunciaste mi nombre pocas veces.

—Eso te demuestra que sabía en brazos de quién estaba —bromeó, dándole un mordisco en el hombro.

—Es mejor así —murmuró, apretándola contra su pecho.

—¿Saciado, Jake?

—¿Qué? —no recordaba su amenaza y ella se la refirió.

—Lo siento, amor. Me dejaste en tal estado que no tuve más remedio que amenazarte, aunque nunca pretendí cumplir las amenazas. Te amo más allá de lo que pueden decir las palabras.

—Demuéstramelo de nuevo.

—¡Trata de evitarlo!

Antes de regresar al trabajo pasaron a ver a los padres de Jake para darles la noticia. Los padres de Natalie se enteraron cuando los

llamaron por teléfono. La madre no pareció sorprendida.

—Angela me dijo que te gustaba —dijo sin preocuparse por la precipitación con que se efectuó la boda—. Espero que seas muy feliz, cariño. ¡Que la suerte los acompañe!

Los padres de Jake tampoco se sorprendieron. Elizabeth sonrió feliz al abrazarlos.

—Me da gusto que te haya convencido —Natalie miró intrigada a Jake.

—Mamá siempre se entera de mis planes —le informó.

—Mucho antes de conocerte, sabía que Jake había hallado a la chica de sus sueños —sonrió.

—¿Eso fue lo que te dijo?

—A su manera —dijo y Jake se ruborizó, ante la risa de las dos mujeres.

—Me dijo que eras bella como un ángel y que lo estabas volviendo loco —reveló Elizabeth.

—Espero que esto signifique que por fin tendremos nietos —intercaló el padre satisfecho—. Jake tardó demasiado en dar el paso.

—Danos tiempo, papá, apenas llevamos una semana de casados.

—¿Seguirás trabajando, Natalie? —inquirió Elizabeth.

—No hemos hablado sobre eso —respondió Natalie.

—¿Deseas hacerlo? —preguntó Jake impávido.

—Eso depende de lo pronto que quieras tener familia —respondió titubeante.

—Hablaremos de eso más tarde —dijo divertido.

—Quiero tener hijos lo más pronto posible —afirmó cuando estuvieron a solas.

—¿Por qué, Jake? —sospechaba que el deseo de formar una familia se debía a que deseaba que su matrimonio fuese diferente al que tuvo ella con Angus. Pero de ser cierto, no era buena base que se valiera de los niños como arma contra algo que ya pertenecía al pasado.

—Me gustan los niños. ¿A ti no? Además tengo la oferta norteamericana.

—¿Qué oferta?

—Me la propusieron hace años, pero siempre me negué. Cuando termine esta serie, creo que aceptaré el puesto por varios años. Te será más fácil aclimatarte con hijos. Además Angela estará disponible en caso de que la necesites. También viviremos, en Nueva York.

—Sería fantástico —asintió—. Eso alegrará a mi hermana,

aunque brincará al techo al enterarse de que nos casamos sin su consentimiento.

—¡Pudieron habérmelo dicho! —dijo Angela a la mañana siguiente, cuando pasaron a visitarla—. ¡Es la primera boda que se efectúa sin parientes presentes!

—No pude esperar —explicó Jake, tranquilo, haciendo que Natalie se ruborizara aún.

—¡Egoístas, ni siquiera me lo participaron!

—Angela, lo siento —se disculpó Natalie.

Jake les dio la noticia de su inminente contrato en los Estados Unidos y Angela de inmediato, como suponían, empezó a planear dónde vivirían y en qué tipo de casa.

—Todo está muy bien, pero necesitamos un cuarto de niños —murmuró Jake.

—¡Dios santo! —exclamó examinando a Natalie—. ¿Es por eso que…?

—¡Claro que no! —replicó Natalie indignada y con las mejillas encendidas.

—Estoy seguro que no hace falta un diagrama para explicar las razones de nuestro enlace precipitado.

—Desde el momento en que te conocí supe qué tipo de hombre eres. Espero que mi hermana sepa mantenerte encadenado.

—Nunca me sentiré así. Sé cuándo obtengo algo y bueno y cómo cuidarlo.

—Ella es algo especial, cuídala, por favor.

—Cada minuto de su vida —aseguró Jake.

—Así que tuve razón, fue irresistible —le dijo Angela al encontrarse a solas con su hermana.

—Lo confieso —declaró Natalie sin rodeos.

—¿Qué siente con respecto a Angus? —Natalie sonrió porque sabía que Angela no dejaría de tocar el tema aunque fuera tan delicado.

—Al principio estaba celoso, pero ya se le pasó —Jake la había incorporado al mundo del presente y del futuro donde el recuerdo de Angus no les haría daño alguno.

—Bueno, si se pone pesado, sabes que cuentas conmigo —Natalie le refirió la conversación a Jake un poco más tarde.

—Ten cuidado —le advirtió riendo—. De lo contrario Angela se encargará de ti.

—Me estremezco de pavor. Esa hermana tuya es digna rival de diez hombres. Lo que no comprendo es cómo no llegó a ser Primer Ministro —le acarició el cabello—. ¿Quieres tener un hijo, Natalie?

—Sí —asintió—. Pero más que nada quiero estar sola contigo unos cuantos meses. ¿Te molestaría esperar?

—No necesitas preguntármelo. Tómate el tiempo que quieras, amor. Ahora que eres mía puedo esperar los demás premios que me ofrece la vida.

Natalie cayó en sus brazos y se besaron apasionadamente.

—Ámame, Jake —murmuró y Jake respondió con dulzura.

—No he hecho otra cosa desde que te conocí. Pasarán varios años antes que olvide la frustración de los meses posteriores a aquella fiesta.

—¡Vas ganando terreno! ¿Te estás dando cuenta? —le dijo provocativa.

—Perversa —murmuró antes de sellarle la boca con sus labios. La habitación empezó a oscurecerse en tanto caía la noche, pero ellos no lo notaron, absortos en su amor.

Fin